6
5

RECUENTOS

Carlos Quintana

Para Jorge

Sonrisa como un piano,
como un piano tu alma,
como un piano que toca
sinfonías de bondades.

Mirada profunda y pura,
mirada de mirar mares,
mirada de ojos morunos,
de sueños y realidades.

Valiente para el trabajo,
generoso en el abrazo,
voz llena de mil verdades.

Abierta siempre la mano,
mecánico de alegrías,
ganadero de amistades.

SONETO PARA MI HERMANO

RETRATO DE FAMILIA

EN TERAPIA

NOCHE DE REYES

AMOR SOMBRIO

GÜIJA

ÚLTIMAS PALABRAS

COLECCIÓN DE RECIBOS

POSADERAS

COMO MORIRSE COMO DIOS MANDA (D.E.P.)

TRES CUENTOS DE NAVIDAD

- CENA DE NOCHEBUENA O RIMANDO CON CINCO
- LA MALA UVA
- CARTA A LOS REYES

LOS AUTÉNTICOS REYES MAGOS

PRIMERA INFANCIA

CARTA DE DESPEDIDA

SUCESIÓN

CAGANER

EN EL CAMERINO

MADRE REFUGIADA

CAMINO DEL JUZGADO

PEPE “EL POLACO”

YO ESTOY MUERTO

RETRATO DE FAMILIA

A Jorjón

Su aspecto era tan triste que cuando le veías de inmediato sentías la necesidad de darle el pésame, sin saber muy bien por qué o quién era el finado, pero con el convencimiento de que alguien muy cercano a él había fallecido recientemente. Lo malo era su profesión; fotógrafo de bodas, bautizos y comuniones. Y claro, con ese aspecto le salían muy pocos encargos, por no decir que ninguno. Cuando algún amigo o conocido iba tener algún acontecimiento de este tipo y en un principio pensaban en él, en cuanto se acercaban a su oficina a pedir presupuesto enseguida cambiaban de opinión. Y si no lo hacían ellos era el cónyuge el que se encargaba de que así fuera.

Pero en una cena de nochebuena, cuando ya llevaban unas cuantas copas encima, fue su cuñado el que le dio la idea. Al marido de su hermana le importaba muy poco como le fuera el negocio o el estado de sus finanzas, en realidad lo hizo por meterse con él y por demostrar lo ingenioso que era, así que lo soltó como cuando soltaba una de sus ocurrencias: “Oye, tú con esa pinta que tienes, en vez de fotógrafo de bodas lo que deberías ser es fotógrafo de funerales”. En principio la gracieta le sentó como una patada en salva sea la parte y no montó el pollo por tener la fiesta en paz y por cariño a su madre y a su hermana, pero a la mañana siguiente mientras se afeitaba para volver a la tortura de la comida familiar de Navidad pensó que tal vez ese idiota no andaba tan desencaminado. Total, su negocio no podía ir peor, ya estaba al borde de la banca rota, y además no necesitaría ninguna inversión adicional. Tanto el costosísimo equipo de fotografía que ya tenía, como el cuarto oscuro de revelado y la tienda para atender al público le servían. ¡Que lo mismo daba que el acontecimiento familiar del que dejar constancia gráfica fuera por un motivo feliz o uno triste! Por probar no perdía nada.

Así que en cuanto pasaron las fiestas se puso manos a la obra. Se mandó imprimir nuevas tarjetas de visita, encargó un nuevo letrero para la fachada del negocio y publicó un anuncio en la revista “El Tanatorio Virtual (Deje a su ser querido a buen recaudo)”.

En un principio la cosa no tuvo el mayor efecto. El teléfono continuó mudo y la tienda tan desierta como siempre. Pero un buen día, justo cuando él empezaba a plantearse muy seriamente el cerrar el negocio de una vez por todas, la campana de la puerta emitió su cascabeleo característico indicando que un cliente había entrado a la zona de recepción. Salió intrigado preguntándose quién podría ser o si no se trataría de un error cuando se encontró con un varón de mediana edad, aspecto zafio con pretensiones de parecer elegante, y modales groseros y autoritarios

propios de alguien que en realidad no sabe mandar. Era el mayor de cinco hermanos, tres chicos y dos chicas, que quería encargarle el reportaje fotográfico del entierro de su padre, a celebrar al día siguiente en el pueblo más importante de la comarca. El fallecido era un modesto agricultor de la zona y el hijo se había enriquecido haciendo de intermediario en la recalificación urbanística de terrenos de uso agrario para la construcción de urbanizaciones de segundas residencias para la clase media de la capital de la provincia.

Durante el funeral todo fue bien. Él se lo planteo como si se tratara de una boda, solo que al final del pasillo de la nave principal de la iglesia en vez de una pareja feliz vestida con sus mejores galas había un ataúd de caoba con herrajes de plata. Nadie le molestó lo más mínimo mientras se movía por los pasillos laterales para hacer su trabajo, aunque eso sí, cuando a la salida del templo retrató a aquellos que se acercaban a la familia a darles el pésame más de uno le miró con mala cara, como si estuviese siendo irrespetuoso con algo sagrado o violando un instante de intimidad.

En el cementerio todo parecía ir mejor. La mayor amplitud de espacios le permitía mantenerse alejado de la comitiva y así interferir en lo mínimo en el duelo. Lo malo fue cuando llego el momento de introducir el ataúd en la tumba. Entonces su cliente paró a los operarios de la funeraria con gestos autoritarios y se puso a buscarle por todo el camposanto llamándole a voz en grito al no verle. Él se acercó al instante preguntándose que sería lo que querría aquel acémila. Cuál fue su sorpresa cuando lo que recibió fue la orden de realizar un último retrato de familia: viuda, hijos y féretro. Los vivos se dispusieron muy solemnes alrededor del difunto como si se tratara de un acontecimiento digno de ser inmortalizado. Tomó varias instantáneas para asegurarse que alguna buena saldría. No pudo evitar sonrojarse cuando a mitad de la toma alguno de los asistentes murmuró por la bajinis, pero de una manera audible, “pa-ta-ta”.

Reveló el carrete esa misma noche, no podía esperar a ver cómo había salido su primer reportaje. Cuando sacó las fotografías de la pileta de fijación y las colgó para ponerlas a secar a punto estuvo de darle un infarto. En toda la serie del retrato familiar del cementerio, justo al lado de la viuda aparecía una macha blanquecina. ¡Qué mala suerte! Justo en la instantánea en la que más se había empeñado ese zote con pretensiones. No entendía que podía haber pasado, él había puesto toda su atención, el carrete utilizado era de primera calidad y recién adquirido, y el proceso de revelado había sido común para todas las imágenes.

Se acostó con una desazón que no le permitió pegar ojo en toda la noche y a la mañana siguiente, cuando a través de la persiana del dormitorio comenzó a notar el clarear de la mañana, se vistió a toda prisa y, sin desayunar siquiera, se desplazó hasta su estudio para ver cómo había

evolucionado la mancha durante el proceso de secado. Su pasmo fue mayúsculo. Allí mismo, delante de sus ojos y sin lugar a ninguna duda, al lado de la viuda, pasando un brazo por encima de sus hombros y muy sonriente aparecía el difunto, orgulloso de posar por última vez para la posteridad rodeado de sus seres queridos.

Guardó todo el reportaje en un sobre, pero las fotos con el finado de cuerpo presente las metió en una carpeta aparte incapaz de pensar en una excusa satisfactoria que pudiera explicar lo ocurrido. Esa misma tarde se presentó el huérfano ansioso de recoger el reportaje antes de partir a la capital, probablemente para poder mostrar a conocidos y socios que no había escatimado en gastos a la hora de dar a su padre su último adiós. Le entrego el sobre junto con un álbum como obsequio, pero sin mostrar ninguna de las imágenes para así no verse obligado a dar ninguna aclaración incomoda, pero al otro le faltó tiempo para abrirlo y esparcir sobre el mostrador todo el conjunto. Sonreía complacido mientras contemplaba las imágenes una por una, pero al terminar la sonrisa se borró transformándose en una mueca de incomprensión.

- ¡Pero aquí no está el retrato de la familia al completo que le pedí en el cementerio! Sabe usted muy bien que para mí era muy importante. Sin esa foto el resto del reportaje, por muy bien que esté, no tiene ningún sentido. Es como si en una boda no saliera la novia.

Sin nada que responder abrió uno de los cajones que había en el mostrador donde había guardado la carpeta, y mientras se la alargaba no podó evitar musitar:

- Lo siento mucho, no sé qué ha podido pasar, yo...

El otro retiró las gomas con gestos bruscos y extrajo las instantáneas. Cuando las vio, la expresión de su cara se iluminó llenándose de una alegría indescriptible.

- Pero, ¡Esto es extraordinario! ¡Es usted un genio! ¡Pero si esto no tiene precio! ¡Verá usted el sorpresón que se va a llevar mi madre!

Mientras decía esto se inclinó sobre el mostrador para darle un abrazo, se sacó la cartera del bolsillo de la americana, dejó sobre el mostrador un fajo de billetes que no se tomó la molestia en contar y salió por la puerta como alma que lleva el diablo.

Lo sucedido se conoció de inmediato por toda la comarca y, desde entonces, no había funeral si su reportaje fotográfico y, por supuesto con el retrato de familia correspondiente. No le faltaba el trabajo, todo lo contrario, no había deceso que no contará con su presencia. Hasta las

familias más humildes hacían un esfuerzo por poder contar con sus servicios. Sin embargo, cuanto más aumentaba su prestigio profesional y cuanto más dinero acumulaba en el banco la expresión de tristeza de su cara se iba acentuando más y más, su cuerpo transmitía una pesadumbre insufrible y su voz estaba impregnada de una aflicción tal que, en cuanto le veías, te daban ganas de darle el pésame y un abrazo bien fuerte.

EN TERAPIA

A Beuchi (y también a Uma, *Of Course*)

Hoy se están alargando un poco más de lo habitual, no sé si es una buena o una mala señal. En cualquier caso; me impaciento, como siempre no puedo evitar ser pesimista. Por fin, como unos cinco minutos después de la hora prevista para que la sesión terminase oigo abrirse la puerta de la sala de terapia. Me pongo en pie y cuando miro en la dirección por donde deben venir aparece sólo al terapeuta.

- Buenas tardes, señor Vidal. Si no tiene inconveniente me gustaría hablar a solas un poco con usted.
- ¿Malas noticias doctor?

Mi cara debe de ser un poema reflejando la angustia que me consume porque enseguida el abandona la expresión aséptica y profesional que siempre le acompaña para esbozar un amago de sonrisa amable.

- No, no, que va, Sr. Vidal. Disculpe si le he alarmado sin motivo. Todo lo contrario. Aún no hemos llegado al fondo del problema, pero siento que ya estamos cerca. Creo que, en la próxima sesión, o como mucho en un par, ella por fin se va a terminar de abrir y entonces me será posible realizar el diagnóstico y con él podré prescribir el tratamiento más adecuado y espero que dentro de unos meses esté ya recuperada.

El terapeuta hace una pausa intencionada como para invitarme a preguntar algún detalle adicional, pero yo, incapaz de articular palabra me quedo mirándole y dejo que sean mis ojos los que pregunten en mi nombre.

- Verá, lo que quería pedirle es que tuviera usted un poco más de paciencia y que de aquí al miércoles que viene sea usted especialmente cariñoso y atento con ella. No quiero que una disputa en el hogar o un imprevisto echen por tierra el trabajo de todos estos meses y que se vuelva a encerrar en si misma haciendo inútiles los enormes esfuerzos que todos estamos haciendo.
- No se preocupe, doctor, que por mí no va a quedar. No se puede usted ni imaginar la alegría que me acaba de dar. Pensar que dentro de poco pueda haber superado todos sus males y que podamos retomar nuestra vida de siempre. No sabe lo feliz que me hace.
- Nada, nada. Mucho ánimo y procure que nada la altere. Al salir pida a la enfermera que les dé cita para la semana que viene, como siempre el miércoles a las siete.
- Muchas gracias, doctor.

¡Qué sea especialmente cariñoso con ella! ¡Qué procure que nada la altere! No sé de qué habrán tratado en estos meses de terapia, pero a veces tengo la impresión de que este tipo no se ha enterado de nada. ¿Pero aún no sabe que ella es toda mi vida?, ¡Qué sin ella para mí nada tiene sentido! Si no fuera porque es el terapeuta con más renombre de la ciudad y que parece que ya va a dar con la tecla ahora mismo buscaba a otro que la entendiera mejor.

Cuando llegamos a la calle y debido al entusiasmo me pongo andar mucho más rápido de lo habitual. La pobre con sus patitas tan cortas tiene problemas para seguir mi paso y de pronto me doy cuenta de que casi la llevo a rastras. Reduzco el paso para que ella no vaya tan forzada y esté más a gusto. Cuando llego a la plaza del museo las nuevas baldosas de granito están ardiendo debido al sol de julio, con lo que tengo la excusa perfecta para poder cogerla en brazos y así estrecharla contra mi pecho.

Durante los siguientes días procuro que esté entre algodones. Salimos a pasear solo a primera o a última hora, para así evitar imprevistos. Pero el lunes, viendo que todo marcha sobre ruedas y que no se ha producido ningún contratiempo decido que demos un paseo por el parque a media tarde. Cuando tomamos el sendero de la rosaleda veo a lo lejos al señor Martínez y a Rayo. ¡Menos mal que aún me quedaba algo de sensatez y no he cometido la imprudencia de soltarla de la correa! Y mira que he estado a punto de hacerlo para que la pobre pudiera estar un rato a su aire.

Y por fin es miércoles de nuevo. Lo bueno del tiempo es que siempre acaba pasando y, aunque haya veces que creamos que todo va a cámara lenta y que la fecha indicada nunca va a llegar, siempre termina por hacerlo. Y hoy, no sé si para compensar los nervios de la semana pasada escucho abrirse la puerta con unos minutos de antelación y esta vez aparece el doctor llevándola en brazos y esgrimiendo desde el principio una amplia sonrisa.

- Bueno, pues yo creo que ya tenemos el misterio resuelto. Para mí que nuestra señorita está enamorada. ¿Sabe usted si tiene algún amiguito especial? ¿Alguien con quien se pare a jugar por la calle o durante los paseos en el parque?

¡Y yo que pensaba que hoy iban a terminar todos nuestros males! Maldito Martínez, maldito Rayo, y maldito el día que nos los encontramos por primera vez en el mirador y nos paramos a hablar con ellos. Mira que he hecho todo lo posible por evitarlos desde que ese mamarracho me propuso que la cruzara con ese chucho con pretensiones que tiene. Pero ¿qué se habrá creído? ¿Mezclar a mi princesita con ese saco de pulgas? Ni por todo el oro del mundo. Hay sacrificios que a un hombre no se le puede pedir que haga. Lo siento mucho, pero se acabó el parque, se acabó la terapia y se acabaron las contemplaciones. Al fin y al cabo, el tiempo todo lo cura.

NOCHE DE REYES

A Melchor, Gaspar, Baltasar, Tinita y Luis.

- Pero bueno, esto sí que es clase y poderío, ¡mirad lo que nos han dejado estos!

- Joder, güisqui de 12 años e ibérico. Estos sí que saben, que con tanta burbujita me da una acidez de estómago que no veas.

- Y yo con todos esos polvorones me quedo atascado hasta pascua. Yo creo que de ahí viene el dicho de hacer la pascua. ¿Y a quién le debemos este honor? Desde luego habrá que portarse con ellos.

- A ver, déjame que consulte. Sí, aquí están. Manuel Ramírez, su mujer Teresa. Dos hijos, Manolín de 10 años y Teresita de 8.

- Vaya, en el refrigerio si lo han sido, pero en los nombres muy originales parece que no son. ¿Tenemos claros cuales son los regalos que tocan?

- Sí, sí. Identificados sin ningún género de dudas. Esto de ponerles código QR ha sido todo un hallazgo.

- Baltasar, ¿te acercas tú a por ellos a los camellos?

- De eso nada, llevo toda la manzana encargándome yo de eso, ya me toca descansar un poquito. Que el hecho de que sea negro no quiere decir que sea vuestro esclavo. Que se acerque Gaspar.

- Mira. No te quejes que sabes que no he parado en toda la noche. Qué si te ha tocado a ti ir a por los paquetes en los últimos pisos es precisamente porque te estabas escaqueando aún más de lo habitual.

- ¡Tengamos la fiesta en paz! ¡Que todos los años me la tengáis que liar! A ver si este año que tiene este doble 20 tan chulo hay suerte y podemos terminar el reparto tranquilos. Vamos a hacer una cosa…

Pero antes de que terminara la frase Baltasar ya se había apoltronado en la butaca principal del salón, casi seguro la del señor Ramírez. Con una mano sostenía un vaso de escoces y con la otra le empezaba a meter mano al jabugo.

- Menudas prisas te das. No me has dejado ni acabar la frase.

- Es que no necesito tu permiso. Tú, con eso de que eres más viejo que Matusalén, y de que se te nombra siempre el primero, te crees que eres el jefe. Pero menos humos.

- ¿Ves? ¿Cómo quieres qué no haya bronca? Si es que está provocando permanentemente.

- ¿Provocar yo? A ti sí que te gusta provocar.

- No te sigo.

- Mejor que no me sigas, que tenerte a la espalda tiene que ser peligroso.

- Mira, si hay algo que quieras decir, hazlo claramente y no te andes con rodeos, que yo nos conocemos.

- Pues eso, que ya nos conocemos, que todos sabemos que eres el único que participa en dos cabalgatas al año, y que en la de verano te gusta provocar más de la cuenta – y mientras decía esto se bebió de un trago lo que le quedaba en la copa y se sirvió otra hasta el borde.

- Ve con cuidado. Cualquier otra noche haz lo que quieras, pero justo en esta tenemos que estar al 120%.

- ¿Al 120%? ¿Ves cómo eres un jefe de pacotilla? Sueltas las típicas chorradas que dicen aquellos que todo lo que saben de coordinación de equipos de trabajo y de motivación de personal lo han aprendido en un Manual Anaya.

- Ya sabes que yo no soy como éste y no entro al trapo. En cualquier caso, no tenemos toda la noche, que aún nos queda tarea.

- Pues entonces mejor que uno de vosotros vaya ya a por los regalos, mientras tanto yo no tengo ninguna prisa y pienso seguir aquí dándome un homenaje – y le dio un nuevo ataque al jamón sin ni siquiera quitarse los guantes de gala.

- Ten cuidado luego con los paquetes, que vas a dejar el papel lleno de lamparones.

- Sí Bwana.

- Bueno venga, vamos a movernos.

- Pues ya sabéis, id bajando alguno de vosotros dos, porque lo que es este negro, de aquí no se mueve. Y mientras os decidís me voy a ir poniendo otro cacharrito.

- Gaspar, por favor, baja tú. Que, si no, no vamos a acabar en la vida.

- Joder, siempre igual. ¡Vaya dos! El uno que sí abusamos de él por la raza, y el otro que sí con su edad no puede cargar peso, y al final siempre

me toca todo a mí.

Salió dando un portazo. Baltasar, una vez acabado el jamón se quedó sentado trasegando escocés, mientras Melchor procuraba mirar para otro lado para así no tener que contemplar la sonrisa de recochineo del otro. Se quedaron en silencio hasta que Gaspar volvió a aparecer cargado con los paquetes.

- ¿Ya estás aquí? Pensé que tardarías más. Será que no te has dado cuenta de que hay un bar de ambiente en la esquina.

- Mira negrito, no me toques las pelotas.

- O si no ¿qué? ¿Qué me vas a hacer tú? Pedazo de bujarrón.

- ¡Ya está bien!, se supone que entre minorías os tendrías que apoyar.

- Tu sí que te vas a quedar en minoría en breve, vejestorio.

A Manolín le trajeron el último modelo de la Play con el Pro Evolution Soccer, a Teresita una muñeca de porcelana que era una autentica preciosidad, a doña Teresa un bolso de Loewe que debía haber costado una fortuna, y a don Manuel un juego de palos de golf en grafeno con los que iba a causar sensación en el club. Con la comida y la bebida habían triunfado, ya que no quedaban ni las raspas. Lo que no entendían es por qué estaba todo descolocado. Lámparas tiradas, adornos al retortero y el árbol de navidad tirado por los suelos. Lo más extraño era la sustancia viscosa del hierro 3. Pero lo más importante es que todos quedaron encantados con sus regalos. Don Manuel se fue corriendo al club a presumir de palos nuevos. Por lo visto a la mitad de los socios no les habían llegado los regalos. ¡Qué cosa más rara! Desde luego, como la gente no se tomara más en serio la conservación de las tradiciones estas iban a acabar desapareciendo.

AMOR SOMBRÍO

A π你

La primera vez que la vi fue leyendo una novela en un banco del parque, bajo un olmo frondoso donde me había refugiado en uno de esos primeros días de primavera donde el calor nos llega de repente y la luz del sol lo invade todo sin avisar y sin que nuestras pupilas estén aún acostumbradas a tanta luminosidad después de un largo invierno nublado. Lo que me llamó la atención de ella fue su silueta. Grácil, elegante, perfecta. Tan solo tardó unos instantes en pasar por delante de mí, pero en esos breves momentos, ni tan siquiera segundos, consiguió que me desconcentrara por completo, que perdiera el hilo de la lectura, y hasta casi que olvidará donde estaba y que estaba haciendo. Se deslizaba de una manera tan ágil, tan sutil, tan sensual, que cuando la perdí de vista enseguida me vino a la mente la melodía de "La Garota de Ipanema". Ese breve espacio de tiempo, intrascendental para la historia de la humanidad, a mí se me hizo de una eternidad maravillosa. Y en cuanto desapareció de mí campo visual me invadió una inquietud incontrolable. Incapaz ya de retomar la lectura y nervioso como un chiquillo en un día de reyes no me quedó más que levantarme y volver hacía mi piso con paso errático y como si de pronto hubiese retrocedido de nuevo hasta la adolescencia, con la mente llena de imágenes románticas. A lo largo del resto del día fui incapaz de hacer nada, tan sólo de darle mil vueltas a la cabeza a la misteriosa beldad y en qué podría hacer en caso de volver a encontrarme con ella.

Al día siguiente bendecí al sol por volver a brillar con toda su intensidad y regresé a mi banco a pretender continuar con la lectura de esa novela que hasta el día anterior me apasionaba y ahora, invadido por una nueva pasión, me parecía de lo más insípido. Volví a una hora mucho más temprana que el día anterior, para evitar que la paseante anónima se me adelantará, pero dispuesto a convertir mi asiento en garita y a hacer guardia todo el tiempo que fuera preciso hasta lograr mi objetivo de volver a verla, objetivo para mí tan estratégico como vital. Me senté en mi puesto de observación determinado a esperar todo lo que fuera preciso para alcanzar mi precioso fin, y cuando alrededor del mediodía solar la desesperanza empezaba a invadirme, ella volvió a aparecer. Nada. Fui incapaz de reaccionar o de hacer nada. Alelado me limité a contemplar su paso etéreo y fugaz bajo mis ojos. Unos segundos después, cuando ya había desaparecido y algo de sangre volvía a irrigar mi cerebro me di cuenta de lo afortunado que era. Si ella había pasado dos días seguidos por el mismo sitio, y más o menos a la misma hora, era muy posible que se tratase de un hábito o de una necesidad. Que a ella le gustase darse un paseo por ese parque en los días soleados, o que fuera su camino preferido para hacer alguno de sus desplazamientos rutinarios. En cualquier caso, eso significaba que podría revivir la experiencia todos los días y, con un

poco de suerte y si el ánimo me acompañaba, tal vez incluso hasta llegar a tener la suerte de conocerla en persona, si es que era posible usar esa expresión.

Y así fue. Durante una decena de días primaverales, de esa primavera madrileña llena de luz y calor, que es más verano que entretiempo, la experiencia se repitió. Se repitió su paso, se repitió mi embelesamiento y mi disfrute, y, lamentablemente, se repitió mi incapacidad para reaccionar y exponerme ante ella. Un buen día nació nublado, con el cielo encapotado, con nubes color cárdeno cargadas de esperanza para la tierra sedienta, pero amenazantes para los paseantes ociosos. Aun así, acudí a mi cita diaria, a sentarme impaciente en mi banco de tortura armado de aquella novela de la que había sido incapaz de avanzar una solo página y de la que ya apenas me acordaba de su trama. Esperanzado pero temeroso, sabiendo las tremendas dificultades que implicaban un día como aquel. Y efectivamente así fue. Ella no apareció y yo me hundí en la desesperanza. Impotente frente a la situación, maldiciéndome por mi inacción en los días en los que había tenido la oportunidad de abordarla, me volqué en seguir los partes meteorológicos, convirtiéndome en todo un experto en frentes atlánticos y vientos del norte y determinado a abandonar mi pasividad a la primera oportunidad que Helios y Eros me dieran.

Y así fue. En cuanto el anticiclón de las Azores volvió a cumplir con su cita habitual con la península ibérica yo, por mi parte, volví a mi parque a cumplir con mi cita informal con la silueta de mis sueños. Pero esta vez, dispuesto a cumplir con la promesa que me había hecho de salir de mí parálisis permanente. Llevaba un plan bien urdido. Armado de un mapa de la ciudad de los que dan en los puntos de información del ayuntamiento me dediqué a deambular por el paseo con expresión de estar perdido, necesitado de ayuda por parte de una buena samaritana. Cuando por fin apareció tras la curva de la rosaleda tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no precipitarme y abalanzarme sobre ella, desbaratando así toda mí estrategia. Cuando por fin llegó a mí altura la abordé y le pregunté cómo ir al punto de interés turístico que se me ocurrió más alejado de donde estábamos, para que así las explicaciones, y por tanto la conversación, durasen el mayor tiempo posible. Ella se rio, de tal forma que donde antes estaba perfilada su boca todo se llenó con la luz del sol, y con un tono que a mí me pareció más bien pícaro me respondió:

- ¿No se te ha ocurrido ninguna otra cosa? Estoy segura de que eres capaz de hacerlo muchísimo mejor.

Y antes de que me diera tiempo se marchó deslizándose de esa forma tan sutil de la que solo ella era capaz, que al contemplarla no sabías si lo que se movía era la luz del sol, la brisa, o hasta el propio suelo por el que ella avanzaba.

En un principio me quedé completamente chafado ante su respuesta, pero enseguida me di cuenta de lo mucho que significaba su reacción. En primer lugar, quería decir que ella también se había fijado en mí. Y no solo eso; se había fijado en mi interés en ella, en que estaba pendiente de ella, en que cuando pasaba era incapaz de hacer nada más que mirar embelesado su imagen. Y también quería decir que ella estaba esperando que la abordase, que la dijese algo ingenioso que la diera píe a establecer una conversación conmigo, algo interesante que justificase el esfuerzo de pararse y salirse de su rutina habitual. Y además estaba la entonación de su voz, mucho más cargada de invitación que de rechazo, incitando a arriesgar más que ordenando retroceder. Y con esos pensamientos emprendí el camino de vuelta a mi casa, elaborando mil frases ocurrentes que al pronunciarlas sonaran naturales. Soñando, elucubrando, imaginando un futuro feliz que ya sentía al alcance de mis ojos.

Solo un rato después se me ocurrió pensar en la posibilidad de que se hubiera dado cuenta de que en más de un mes no había conseguido avanzar ni una solo página, y entre dos estaciones de metro y en un vagón casi lleno no pude evitar ruborizarme.

Al día siguiente me arreglé como un pincel, apuré el afeitado hasta el extremo de irritarme la piel, y gasté medio frasco de esa colonia que hacía años que me había regalado mi hermana Marta y que nunca usaba, sin estar muy seguro de si ella fuera capaz de apreciar todos esos detalles y casi deseando al mismo tiempo de que no lo fuera. Me senté en el banco de siempre, esta vez sin libro, ¿Para qué, si las cartas ya estaban boca arriba? Mucho mejor ir a pecho descubierto, sin engaños ni protecciones, que ella viera que estaba dispuesto a apostar en una relación arriesgada. Temblando por dentro me revestí con toda la seguridad de la que era capaz de aparentar y en cuanto ella apareció dejando atrás los capullos de las primeras rosas me levanté de un salto y con un paso que pretendía ser decidido me acerqué hasta ella y le dije:

- Hola, soy Juan, y creo que eres la cosa más hermosa que el sol nos permite ver en este parque.

Su carcajada me tranquilizó y me hizo entender que iba por buen camino. Ese día hablamos poco y tan solo de trivialidades. ¡Benditas trivialidades! ¡Qué importantes son para el recién enamorado!

Los días siguientes seguí esperándola, seguimos hablando, y ahora sí que podemos decir que llegamos a tener, sin decirlo ni fijarla, una cita fija. Yo cada vez estaba más colgado con ella, y creo que los sentimientos avanzaban de una manera recíproca, hasta el punto de que, en esa ilusión propia de los romances cuando empiezan, cada vez me parecía más brillante, hasta llena de color.

Pero hablar enseguida se me quedo corto, así que un día le propuse tener una cita de verdad, ir a algún sitio juntos, dar un paseo, tal vez comer. La idea de proponerle cenar implicaba quedar por la noche y estaba por tanto automáticamente descartada hasta que no supiese los detalles de sus circunstancias. Circunstancias que por mucho que me estrujase el cerebro era incapaz de ni tan siquiera intuir. Accedió a que paseáramos juntos por las avenidas del parque. Tenía que comprender que las enormes diferencias que nos separaban la obligaban a ser cautelosa conmigo antes de exponer toda su verdad a la luz.

Y así lo hicimos. Empezamos a dar largos paseos por ese maravilloso parque y, aunque el verano ya había llegado y el sol reinaba en todo lo alto lanzando sobre nosotros sus más potentes rayos ella siempre escogía ir por el centro de las avenidas más amplias, lejos de los árboles o de los toldos que la municipalidad colocaba para que los turistas locos que se atrevían a salir a esas horas encontraran algo de refugio y no sufrieran ningún soponcio.

Lógicamente yo entendía sus motivos, así que me abstuve de proponer cambiar la hora de nuestros encuentros o el recorrido de nuestras caminatas. No quería dar ningún paso en falso que la alejara de mí, muy posiblemente de forma irreversible. Un día que nos habíamos parado a descansar en la pradera más amplia que esos jardines ofrecen, tumbados sobre un césped reseco, sufriendo los calores de las horas más duras del agosto mesetario, me atreví por fin a preguntarle por ella. Pensé que lo mejor, una vez más, era ser directo, y le confesé a bocajarro que no lograba entender que se diera un ser como ella, que no podía comprender como era posible que ella existiera sin un cuerpo solido que la proyectara, como era posible que ella fuera independiente de un cuerpo de carne y hueso. Eso sí, asegurándola que su existencia me parecía la cosa más maravillosa con la que me había topado en mi vida y de la que nunca estaría lo suficientemente agradecido a los cielos. Girándose para que la pudiera ver mejor me dijo:

- Es complicado de explicar. La ruptura de quien hasta hace poco era mi media mitad ha sido para mí muy dolorosa, aún no la he superado y aún no estoy preparada para hablar de ello. No me fuerces por favor. Intenta comprender y se paciente. Algún día, cuando mi pasado no sea más que un vago recuerdo, te lo explicaré con toda claridad, mientras tanto cuento contigo para que me des todo tu apoyo.

Y ahí quedo la cosa.

El verano fue pasando, y nosotros fuimos paseando sin pensar mucho en su paso. El otoño llegó, y con su llegada la altura del sol fue disminuyendo, y mientras lo hacía ella se iba alargando. Por un lado me alegraba, porque

al proyectarse con más amplitud podía contemplarla con más detalle, pero por otro lado me entristecía, pues era consciente que con la llegada del mal tiempo, la oscuridad del invierno, y la disminución de las horas de luz, los momentos en los que podría gozar de su compañía irían a su vez reduciéndose drásticamente. Un día la expresé mis temores y, sin dudarlo ni un momento, sin mostrar el más mínimo signo de vergüenza, me propuso la solución: trasladarse a vivir a mi casa. Así, entre las paredes de mí apartamento podríamos estar juntos todo el tiempo que quisiéramos lejos de las miradas curiosas del resto de los mortales.

Su idea me pareció brillante y su falta de reparos al proponerla la interprete como una muestra de confianza y de amor. ¡Qué estúpido fui! ¡Cómo no sospeche nada! Era tan anormal que alguien como ella quisiera compartir su vida con alguien como yo que era claro que tenía que haber algún motivo oscuro. ¡Con razón dicen que el amor es ciego! En esos días todo yo proyectaba felicidad.

Antes de mudarse me sugirió hiciera reformas en mi casa, que la llenara de focos y de alógenos, de forma que no quedará ni un solo rincón sin iluminar, pero con una disposición tan precisa que los haces de luz nunca se cruzaban. Ella misma se encargó del diseño. Y por fin, una vez terminada la obra y aumentado el contrato de luz a la máxima potencia ofrecida a particulares, se mudó a mi casa.

Los primeros días fueron de una auténtica luna de miel. Podía disfrutar de su compañía a todas horas. Todo eran risas, todo alegrías. Los focos y las lámparas trabajando con todo su esplendor las veinticuatro horas del día. Menos mal que era invierno, porque el calor que provocaban era insoportable, antes de la llegada del buen tiempo iba a tener que instalar aire acondicionado que refrescaran algo el ambiente. La factura de la luz creció de forma desmesurada, se llevaba la mitad de mi sueldo. Pero ¡qué me importaba eso a mí! Estaba con ella, era el único ser humano que podía estar con ella. Estaba lleno de gozo y eso compensaba la rareza de nuestra relación. "Es el precio que hay que pagar para ser feliz" pensaba. Y con este pensamiento estaba dispuesto a superar cualquier obstáculo que pudiera surgir. Quería estar con ella en todo momento, sin importarme el cómo, y si eso implicaba que todas las luces de la casa tuvieran que estar encendidas noche y día, eso no tenía la más mínima importancia.

Pero yo que siempre necesité bajar las persianas a conciencia para poder pegar ojo, tanta luminosidad me impedía dormir y con el tiempo empecé a sentir la mella del cansancio. En el trabajo andaba dando cabezazos y mis superiores llegaron a llamarme la atención por mi bajo rendimiento. En casa el agotamiento hacía que estuviera de mal humor y que no pudiera disfrutar de su presencia. Esto último fue lo que me llevó a aceptar su idea de que nos separásemos durante las horas de sueño. Yo me retiraría a uno

de los cuartos donde, por unas horas, podría descansar bajo una oscuridad total, y ella disfrutaría del resto de la casa con las lámparas encendidas para así no desvanecerse en ni un solo instante. Todos contentos.

Por un tiempo la idea funcionó a las mil maravillas, y aunque no pudiéramos salir juntos a cenar o ir a un cine, puedo afirmar que éramos una pareja feliz. Pero un día cuando me desperté, aún antes de abrir los ojos noté que algo iba mal. En un principio, aún medio aturdido, era incapaz de identificar el qué, pero dentro de mí notaba que una desgracia enorme había sucedido. Pasé unos minutos con miedo a descubrir que era lo que había pasado. Mientras permaneciese en la ignorancia podía seguir siendo feliz. Pero de pronto, sin proponérmelo, me di cuenta que era lo que me inquietaba. El pequeño resplandor que normalmente se colaba a través de las rendijas de la puerta no estaba allí. No pude reprimir un grito sordo y angustiado que apenas llego a salir de mi garganta y como un demente me abalancé hacía la puerta. Con los nervios no era capaz ni de activar el picaporte. Por fin lo conseguí y, cuando por fin pude abrir de un portazo el dormitorio, no vi nada. La oscuridad más absoluta lo invadía todo. Como un loco empecé a recorrer la casa dando manotazos a todos los interruptores. Nada. La llamé a gritos y tampoco hubo respuesta. Angustiado fui hasta la puerta de la callé temiendo que se hubiera marchado abandonándome, pero el cerrojo de seguridad que se activaba desde dentro estaba echado. Abrí las persianas. Escudriñé dentro de los armarios. En mi desvarío hasta miré dentro de los cajones de la cocina y de la lavadora por si me estaba gastando una broma. Nada. Era incapaz de comprender que había pasado, que era lo que podía haber sucedido. Como si un gigante me hubiese golpeado con un mazo y con todas sus fuerzas. Porque lo cierto y verdad, por muy inexplicable que fuera, es que ella no estaba allí.

Desolado me senté en una de las butacas del salón y hundiendo la cabeza entre mis manos me eché a llorar. Pensé que ese llanto sería infinito, que nunca podría parar. Pero en un momento en que conseguí reunir algo de fuerzas y me enjuagué los ojos con un pañuelo de papel la vi. Ella estaba allí, a mis pies. Donde yo me debía proyectar, allí estaba ella, donde el sol debía de dibujar mi figura, era a ella a quien mostraba. La increpé, la insulté, le dije las mayores barbaridades que solo un corazón recién roto es capaz de emitir. Pero ella no me respondió. Se limitó a repetir incansable mis movimientos, como cuando de niños jugábamos a "lo que hace la madre hace la hija".

Y así sigo. Y mientras escribo sobre el teclado estas palabras puedo contemplar sus bellos y delicados dedos deslizarse sobre las teclas al ritmo de mis palabras. Yo, que un día soñé conseguir que nunca se separase de mí bajo ningún pretexto, y ahora que está siempre pegada a mí y no tengo forma de deshacerme de ella me parece el ser más abominable con el que nadie se pudiera cruzar.

GÜIJA

Todavía no entiendo por qué acepté ir si siempre fui un descreído para esas cosas, pero El Cuervo y La Cherna se pusieron tan pesados que no me quedó más remedio. El Cuervo se había encontrado el tablero en la basura y estaba entusiasmado, quería probarlo a toda costa. Era increíble la cantidad de cosas que ese hombre sacaba rebuscando entre los desperdicios ajenos: una raqueta de tenis, revistas porno, unos calcetines de deporte... Le hice prometerme que lo iba a lavar bien antes de la sesión, pero con lo guarro que era seguro que no lo hizo y que el agua nunca llegara ni a salpicar la madera. A La Cherna imagino que lo que le animaba era la aventura nocturna y el que nos metiéramos clandestinamente en esa mansión en ruinas. Hacía tiempo que le teníamos ganas a ese palacete medio derruido. Parece ser que lo utilizó Azaña para veranear cuando fue presidente de la República, pero poco más se sabía. También se rumoreaba que durante los primeros meses de la guerra había servido como cárcel de la checa y en los últimos con el mismo propósito, pero para la Falange. Se hablaba hasta de fusilamientos. Eso no estaba claro, pero de innumerables torturas y sufrimientos seguro que ese caserón sí que había sido testigo. Por aquellos tiempos hablar de lo que había pasado unas décadas antes era poco menos que impensable, aunque no estuviera escrito en ningún lado todos sabíamos que ese era un tema tabú, y claro, que no hubiera forma de saber que pintaba aquella mansión con aspecto siniestro en las afueras de la ciudad no hacía más que aumentar nuestras ganas de husmear.

Al final, además de nosotros tres, también se apuntaron Salvita e Imarchi. A Imarchi se lo pedí yo, ya que no me fiaba nada de los otros tres descerebrados. La verdad es que ver el perfil de aquella estructura por la noche impresionaba. Su imponente torreón hexagonal en una esquina. En la otra uno un poco más pequeño y con perfil circular en la otra. Su tejado de pizarra inclinado …Nada de eso pegaba lo más mínimo con el resto de la arquitectura de Rivera del Tajo. Pero lo más misterioso era su estado ruinoso. Eso hacía que nos surgieran un montón de preguntas. No sólo quién y por qué había construido aquello, también cómo había acabado en ese estado y por qué nadie lo arreglaba si estaba clarísimo que se trataba de un edificio especial. Ante él y en una noche como aquella no era difícil de imaginar que allí era donde se había dado vida a Frankenstein o que en una de sus salas se encontraba el ataúd donde Drácula descansaba durante el día.

La entrada de la verja estaba cerrada con una gruesa cadena cerrada con un candado enorme, ambos oxidados ya hace mucho tiempo, pero La Cherna conocía un agujero en la reja justo detrás de unos arbustos. El hueco era lo suficientemente grande como para que Salvita y yo, que éramos los más menudos, nos coláramos dentro del jardín. Desde ahí y

tirando cada uno de uno de los lados de la malla conseguimos agrandar el hueco lo suficiente como para que los otros tres pasaran.

El acceso a la casa fue aún mucho más fácil. Las puertas y las ventanas estaban tapadas con maderos y tablones, pero la madera estaba ya medio podrida por lo que no deberían suponer ninguna dificultad. Nos encaminamos directamente a la puerta delantera y con un par de patadas El Cuervo y La Cherna dejaron el paso libre.

Un silencio sepulcral, un olor rancio a humedad y una oscuridad densa nos envolvieron. Mientras La Cherna, El Cuervo y Salvita avanzaban medio a ciegas Imarchi se detuvo en el umbral a buscar algo en su mochila. Yo me quedé a esperarle. Sacó una linterna potente y la encendió justo cuando Salvita iba a entrar a una habitación que carecía de suelo, La Cherna apenas tuvo tiempo de cogerle del pescuezo y así evitar que se precipitará al vacío. Nos empezamos a reír como idiotas, posiblemente a consecuencia del susto, pero también en gran parte de los nervios que llevábamos. Sin embargo, nadie propuso que volviéramos por donde habíamos venido; eso sí, Imarchi se puso en cabeza iluminando con el foco de su linterna y los demás le seguimos con un paso mucho más precavido.

Llegamos a una sala que tenía una especie de mesa de reuniones redonda con sillas alrededor y un mueble con estanterías llenas de libros polvorientos y cajoneras en la parte inferior. Nos sentamos alrededor de la mesa, El Cuervo sacó el tablero y lo colocó en el centro. Todos nos quedamos mirando aquel trozo de madera que tenía el abecedario escrito en un círculo exterior, otro círculo un poco más adentro con los números del 0 al 9 y en el interior dos cuadrados donde estaba escrito “SI” y “NO”. Ya está, eso era todo lo que el muy idiota había traído. Suspirando Imarchi volvió a abrir su mochila para rebuscar en su interior y sacar un vaso de cristal barato, de esos para tomar un chato de vino, unas velas, un cuaderno de espiral y un boli BIC rojo. Ya sabía yo que era una buena idea traerle.

- ¿Y el cuaderno?
- Para anotar lo que pase.

La Cherna encendió las velas con su mechero y las pego con su propia cera en el borde exterior de la librería, con cuidado de no quemar los libros. Imarchi colocó el vaso en el centro del tablero y todos nos sentamos muy rígidos sin preocuparnos de la capa de polvo que cubría las sillas, posando cada uno el dedo índice en el borde y cerrando los ojos. Lo sé porque yo de vez en cuando entreabría uno de los míos para asegurarme de que nadie hacía trampas.

Estuvimos así un buen rato, con los ojos cerrados y en silencio, muy formalitos, esperando que algo pasara, pero claro enseguida empezaron los

comentarios:

- ¿Seguro que es así?
- Sí, seguro, ¿es que no lo habéis visto en las películas?
- Callaos, que sí no lo que es seguro es que no se va a aparecer.
- ¿No se va a aparecer quién? ¿Un fantasma? Anda ya.
- Tu sí que eres un fantasma.
- Venga, callaos.
- A ver si hay suerte y es una fantasma tía que está buena.
- Venga joder, que ya que hemos venido vamos a seguir intentándolo un rato más, que porque cerréis la bocaza unos minutos no os va a pasar nada.

Volvimos a estar en silencio, pero el ambiente ya era más de guasa que de la mezcla entre expectación y miedo que teníamos al principio. A los pocos minutos se oyó a Salvita decir con voz cavernosa:

- Espíritu de Azaña, sí estas aquí, manifiéstate.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando La Cherna se echó un cuesco que retumbó como si hubiese caído un trueno.

Antes incluso de que estallaran las carcajadas estalló El Cuervo con un cabreo de mil demonios.

- Joder, no se puede contar con vosotros para nada. Para una cosa que os pido... Así no hay forma de hacer nada. Siempre con el cachondeo, no hacéis nada en serio. Mira que sois idiotas.

Mientras gritaba dio un puñetazo en la mesa, se puso en pie de un salto tirando hacia atrás la silla en la que estaba sentado e hizo intención de coger el tablero para volver a guardarlo en su mochila. La Cherna le cogió del brazo con ademán tranquilizador.

- Perdona tío, venga ahora si vamos en serio, venga todos callados a ver qué ocurre, venga, va.

Así que nos volvimos a sentar todos formalitos, serios y callados como consecuencia del miedo. Pero más del miedo a El Cuervo que del temor al posible espíritu. Otra vez todos con una postura rígida y con los ojos cerrados. Era tal el cabreo que se le notaba en la respiración, que esta vez ni siquiera me atreví a abrirlos de vez en cuando para ver que hacían los demás.

Cuando ya llevábamos un buen rato así y la situación se empezaba a poner aburrida y, por ese mismo motivo, insostenible, notamos en los dedos un movimiento brusco del vaso.

- Joder, no tiene ni puta gracia.
- Pues yo no he sido.
- Ni yo.

Antes de que la cosa pudiera torcerse y nos enfrascáramos en una disputa absurda fue Imarchi el que aportó otra vez un poco de sensatez al momento.

- Bueno vamos a abrir todos los ojos, ver que ha pasado y según lo que veamos decidimos.

El vaso estaba sobre la letra “V”. No había ninguna duda al respecto. Mientras Imarchi abría el cuaderno y anotaba la letra El Cuervo le dijo a Salvita.

- ¿Te crees muy gracioso? Está claro que has sido tú, está justo al ladito tuyo.
- ¡Que no! De verdad que yo no he hecho nada. No sé qué coño habrá pasado.

De nuevo fue Imarchi el que medió,

- Si hubiese sido él, habría empujado y el vaso estaría precisamente en el lado contrario. Vamos a volver a ponerlo en el centro y a ver qué pasa.

Lo volvimos a colocar en el punto de partida y a sentarnos muy formalitos, todos muy calladitos y esta vez más asustados por lo que acababa de pasar que por el cabreo de El Cuervo. De hecho, este estaba ahora más blanco de miedo que rojo de ira. El tiempo volvió a pasar lentamente sin que ocurriera nada. Y cuando ya estábamos otra vez a punto de dejarlo por aburrimiento, un nuevo movimiento nos volvió a sorprender.

- Joder, joder, joder…
- Yo no he hecho nada, de verdad.
- No, sí se ha notado claramente que se ha movido él solito.
- Sí, sí, era como si se quisiera escapar de nuestros dedos. Como si supiese donde ir y no hubiera nada ni nadie que se lo pudiese impedir.
- La “E”.
- ¿Qué?
- Que esta vez ha sido la E, respondió Imarchi con voz segura, y se escuchó como abría el cuaderno y escribía en él.

Efectivamente el vaso estaba justo encima de la “E”, sin ningún tipo de posibles dudas. Estábamos todos bastante pálidos, se habían acabado las risitas y desde luego a ninguno nos quedaban ganas de tonterías.

- Bueno, ¿qué hacemos?
- ¿Cómo que qué hacemos?, respondió Imarchi, ya que estamos aquí seguimos hasta el final a ver que está pasando.
- Joder, pues yo tengo un acojone que no veas. Sí esto es alguna broma de alguno de vosotros le voy a dar dos galletas que se va a enterar.

- Esto no es ninguna broma tío, esto está ocurriendo de verdad.
- Venga vamos de nuevo, a ver si aclaramos algo.

Vuelta a cerrar los ojos y a colocar los índices sobre el vaso. Era tal el nerviosismo que teníamos que se lo transmitíamos al cristal del vaso y parecía que este tenía el baile de San Vito. Pero esta vez todo fue mucho más rápido, entre tanto tembleque de pronto hizo un movimiento brusco y todos abrimos los ojos enseguida. La “N”. Claramente la “N”.

- Yo me piro.
- Y yo también.
- Coño Cuervo, que fue idea tuya.
- Me importa un carajo. Esto no tiene ninguna gracia. Sea lo que sea vámonos antes de que ocurra algo que no tenga remedio.
- Sí tío, vámonos ya que ya está bien.

Y nos encaminamos hacia la salida, sin que ninguno llegará a correr, pero todos con ganas de hacerlo.

Durante los siguientes días no pude dejar de darle vueltas en la cabeza a lo que había ocurrido. Me negaba a aceptar ningún fenómeno sobrenatural, pero por mucho que repasaba los acontecimientos no conseguía encontrar ninguna explicación racional a lo sucedido. Ni La Cherna, ni Salvita ni El Cuervo tenían la imaginación suficiente como para haber preparado todo aquello, y si hubiese sido Imarchi estoy convencido de que hubiera contado conmigo para reírnos aún más de los otros tres panolis. Además, fui yo mismo el que le pidió que viniera. Así que hablé con La Cherna para volver una noche a visitar el palacete siniestro. Al principio no quería saber nada del tema y tuve que terminar de convencerle con la promesa de una visita a la Taberna de El Guarreta.

Fuimos esa misma noche y entramos por el mismo hueco que hicimos en la verja la primera vez. En cuanto estuvimos en el interior del edificio encendí la linterna que esa vez llevé yo y nos dirigimos a la sala de la otra noche. Aparentemente todo estaba igual a como lo habíamos dejado. Encima de la mesa estaban el cuaderno y el bolígrafo de Imarchi. Lo primero que hice fue acercarme a ver que había escrito, en teoría en la primera hoja debían de estar escritas en rojo las letras “V” y “E”, ya que nos fuimos antes de que le diera tiempo a anotar la última y definitiva “N”.

Efectivamente, en la página por la que Imarchi había dejado abierto el cuaderno había algo escrito, pero era mucho más que dos letras, lo que allí figuraba con una caligrafía desconocida para mí era…

Ven, abrázame.

Pero no ahora, ¡cua

Decidí no contarle nada a La Cherna y cerré el cuaderno impactado por lo leído. Empezamos a buscar algo. No sabíamos bien que. Revisamos el tablero que seguía siendo el trozo de madera pringoso que El Cuervo se había encontrado. El vaso no era más que un vaso de duralex, ahora polvoriento. Miramos a fondo en las sillas y en la mesa. A esta última hasta le dimos la vuelta para comprobar que no había ningún imán o algún otro tipo de mecanismo por debajo. Nada. Mientras La Cherna volvía a colocar la mesa en su sitio, sin saber muy bien porqué y sin que se diera cuenta guarde el cuaderno en uno de los cajones que había en el mueble de la biblioteca. Algo en mi interior me decía que esas hojas ahora pertenecían a ese lugar.

Al salir nos fuimos directamente a donde El Guarreta, deseando dar carpetazo a todo aquello lo antes posible, pero teníamos el estómago tan cerrado por la impresión que no fuimos capaces más que a darle un par de tragos a los botellines de El Águila. Los champis se quedaron sin probar.

Pero seguí dándole vueltas al asunto y unos días antes de que tuviéramos que regresar a la capital a continuar con nuestros estudios decidí que lo tenía que volver a intentar, esta vez con la ayuda de Imarchi. Le conté todo lo que había hecho durante la segunda visita incluyendo lo del cuaderno. No hizo ningún comentario, se limitó a mirarme fijamente, imperturbable.

Lo primero que hice cuando llegamos a la habitación fue abrir el cajón. Allí estaba el cuaderno y, sorprendentemente, también el boli. Abrí la tapa y en la primera hoja lo que ahora estaba escrito era…

Ven, abrázame.

Pero no ahora, ¡cuando llegue el momento!

Sin duda tendremos tú y yo nuestra cita,

no te preocupes, seré puntual.

Sé que contigo será algo alegr

Se lo enseñe a Imarchi que me volvió a mirar sin decir nada, sin mover ni un músculo, completamente inalterable. Revisamos todo de arriba abajo. Sacamos los libros de las estanterías y los venteamos como si fuesen abanicos para descubrir si había algo entre las hojas. Abrimos las ventanas y miramos por fuera y por los dos lados de las contraventanas. Imarchi se subió a la mesa y miro entre la lámpara. Nada.

Antes de irnos señalé el cuaderno y le pregunté:

- ¿Qué hago con esto? Al fin y al cabo, es tuyo.

Ante su gesto encogiéndose de hombros lo cerré y lo volví a colocar en el cajón al lado de su compañero el boli BIC rojo.

Aunque ya hace años de esto nunca he conseguido olvidarlo del todo y muchas veces, en mis noches de insomnio, no he podido parar de preguntarme que fue todo aquello, que ocurrió realmente y porqué. Y hoy me encuentro en el periódico la imagen de aquel diabólico palacete. Eso sí, todo remozado y reconstruido. Parece nuevo. Si alguna vez ha habido algún fantasma entre las paredes de ese edificio seguro que alguien ya ha mandado las sábanas a la tintorería. En seguida he devorado la noticia que acompañaba a la fotografía. Resulta que Casa Pedro, el restaurante bien de Rivera del Tajo, lo opuesto a El Guarreta, a donde mi padre iba con los visitantes cuando tenía una comida de negocios, ha comprado el edificio, lo ha restaurado y ha abierto un nuevo local donde ofrece un menú degustación de alto standing. Además, se puede alquilar el edificio entero o parte de él para todo tipo de bodas o eventos de alto standing. En cuanto he terminado el artículo me he levantado, he cogido las llaves del coche y me he dirigido hacía Rivera del Tajo donde hace años que no pongo los pies. Al cruzar el rio por el nuevo puente colgante que construyeron en lugar del antiguo puente de barcas he torcido a la derecha y enseguida ha aparecido ante mí, majestuosa, la silueta de endiabla belleza siniestra de esa detestable mansión.

He aparcado más o menos a la altura de donde en su día hicimos el agujero en la verja y me he encaminado, no sin cierto resquemor interior a la escalinata de entrada, ahora restaurada con mármol de primera calidad. La maître se ha disculpado por no poder ofrecerme una mesa en el jardín, por lo visto mí visita ha coincidido con una presentación con tropecientos invitados de un nuevo modelo de una lujosa marca de relojes. Se ha puesto a andar delante mío para acompañarme hasta mí mesa, pero yo ya sabía hacía donde me llevaba, casi la podía haber guiado yo a ella. La habitación es reconocible sin lugar a ninguna duda. El mismo ventanal con sus contraventanas de madera, la misma lámpara y la misma librería. Eso sí, de la suciedad y las telarañas no queda ni rastro y los libros polvorientos que un día venteamos Imarchi y yo han sido sustituidos por una vajilla de cerámica china. En cuanto me he quedado solo me he abalanzado sobre el mueble y he abierto de un tirón el primer cajón y en medio, solitario, se encontraba el infausto cuaderno, esta vez sin la compañía de su inseparable complemento, el bolígrafo BIC rojo. Corriendo he abierto la tapa y en la primera hoja me he encontrado:

Ven, abrázame.

Pero no ahora, ¡cuando llegue el momento!

Sin duda tendremos tú y yo nuestra cita,

no te preocupes, seré puntual.

Sé que contigo será algo alegre,

así que nada de negro,

tendré que cambiar.

Tal vez algo rosa, puede que verde,

aunque acaso el blanco sea el color ideal.

Al fin y al cabo, no habrá divorcio,

estarás conmigo una eternidad.

En vez de guadaña llevaré unas flores,

en vez de descalza, zapatos de fiesta.

Y nada de túnica, si no ropa de seda,

y para ti, ese día, mí sonrisa inmortal.

No me esperes ansioso,

ni me vengas con celos,

con mucha más gente tendré que quedar.

No pasa nada, es sólo trabajo,

tan sólo contigo será personal.

Mientras tanto, saborea tus días,

haz buen uso del tiempo,

y comparte con otros

lo que sea especial.

No pienses en mí,

¡y nunca me temas!

que gracias a mí

tendrás tu final.

Me he quedado mirando aquellas palabras totalmente atontado, cómo si me hubiesen golpeado en la cabeza con un mazo. El taconeo de la

camarera aproximándose a la habitación me ha sacado de mí estupor. Sin saber muy bien porqué de un tirón he arrancado la hoja y me la he guardado en el bolsillo de lateral de chaqueta, donde suelo meter papeles sueltos y donde ya tenía una cita médica, una receta y el último recibo de la luz que aún tenía que pagar. Con un empujón de la cadera he cerrado el cajón y corriendo me he sentado en mí sitio. Me traían el primer plato del famoso menú degustación de Casa Pedro que, cómo no, estaba hecho a base de espárragos. El menú que es casi más largo que caro a mí se me ha hecho infinito. Como aquella noche en casa de El Guarreta apenas he probado bocado. Los camareros no han dejado de mirarme extrañados, no están acostumbrados a que nadie haga ascos a esos manjares e incluso la maître, en un momento dado, a dejado la recepción de los relojes y ha venido a preguntarme si todo iba bien. Hasta que no ha llegado el postre el trago se me ha hecho insufrible. Con el Fresón con Nata, uno de mis platos preferidos de niño, me han venido arcadas y a punto he estado de vomitar. Cuando por fin ha terminado el suplicio he salido andando como he podido, las piernas a penas me sostenían y cada paso me costaba un mundo. Al cerrar la puerta del coche y quedarme en soledad he sentido una mezcla simultanea de alivio y pavor. He palpado el bulto de papeles que llevaba en la americana y he dudado si sacar o no la espantosa nota. Por fin la curiosidad ha sido más fuerte que el miedo, he cerrado los ojos como hacíamos esa nefasta noche e introduciendo los dedos he sacado un papel de mi bolsillo. Cuando he vuelto a abrir los ojos para releer el contenido de la nota me he dado cuenta de que me había equivocado. En vez de la hoja que me había guardado hacía un rato he sacado la cita que tengo mañana con el oncólogo. No he sabido que hacer, me he quedado pasmado, hasta que he comprendido. He conducido hasta el Hotel Infantas, en el centro del pueblo, y he alquilado una habitación para la noche. He mandado un mensaje a mi secretaria pidiéndole que anulará todos mis compromisos y he decido que voy a pasar el día paseando por los hermosos jardines que pueblan las orillas del rio. Esta noche cenaré donde El Guarreta y mañana comeré en Casa Pedro, pero en el local de toda la vida, en el de al lado del mercado. Y volveré a disfrutar como un chaval de esta villa, donde ya de niño fui tan feliz.

ÚLTIMAS PALABRAS

Nada más abrir la puerta lo primero que escuchó fue el correr del agua del grifo de la cocina.

- Cariño, ya estoy aquí.

Como llevaba las manos ocupadas con las bolsas de todo lo que había comprado cerró la puerta de un taconazo y se dirigió al dormitorio principal a dejar los paquetes.

- Estoy más contenta, gritó. No te vas a creer el chollo que he encontrado. Un abrigo auténtico de visón por tan solo cuarenta euros. Una auténtica ganga.

Mientras chillaba dejó los bultos encima de la cama, se descalzó y colgó el abrigo en su armario.

- Casi me he tenido que pelear con una señora. Que ella lo había visto primero decía. Y a mí que me importa si lo ha visto o no lo ha visto, ¿eso cómo se puede comprobar? Lo que cuenta es que yo lo he cogido primero, eso es lo importante.

El silencio de su marido le extrañó. A él no le gustaba gritar y le molestaba mucho que ella le hablara en voz alta desde otra habitación, pero por eso mismo en cuanto ella empezaba el solía acercarse a donde ella estuviera para así terminar con el vocerío.

Se encaminó hacia la cocina sin dejar de parlotear y a medida que se acercaba pudo oír con más claridad el ruido del agua al caer en el sumidero.

- La piel huele un poco a humedad, pero no importa, yo friego el abrigo con bicarbonato y ya verás cómo se le…

El grifo estaba abierto con bastante caudal y su marido estaba tirado sobre el suelo de la cocina sin moverse. La caja de herramientas estaba a un lado y cerca de su mano había una especie de llave inglesa, pero enorme.

- ¡Cariño!

Se agachó sobre él y vio que tenía los ojos abiertos y que respiraba. Salió disparada hacia la puerta de la calle, atravesó el descansillo y llamó al timbre de los vecinos. No se molestó ni en saludar.

- Carmen, ¿está tu marido en casa?

Debía ser tal su cara que la vecina ni siquiera le preguntó que pasaba.

- Juan Carlos, ven, corre.

El vecino llegó al instante y tampoco necesitó preguntar nada. Se dirigió a la puerta de enfrente que permanecía abierta y se orientó por el ruido del

agua. Se agachó sobre el caído y sin necesidad de hacer ninguna exploración gritó:

- Carmen, rápido, llama a urgencias. Di que es de mí parte.

Se levantó y mirándola a los ojos y con voz calmada le dijo.

- Enseguida estarán aquí. Es un infarto cerebral, pero no te preocupes, en el hospital tenemos al doctor Sanromán, uno de los mejores especialistas del país.

La ambulancia no tardó ni tres minutos. Los camilleros saludaron al doctor, plegaron las patas de la camilla para colocarla a ras de suelo, con gesto firme pero cuidadoso colocaron al enfermo encima y volvieron a izar las patas. Cuando parecía que ya se marchaban con la misma rapidez con la que habían llegado el enfermero que iba en la parte posterior dijo, “Espera”, y dándose la vuelta cerró el grifo que aún estaba abierto.

Cogió el bolso con las llaves y les siguió hasta la ambulancia. Carmen, la vecina les estaba esperando allí.

- ¿Quieres que vaya con vosotros?
- No te preocupes, bastante habéis hecho ya y es la hora de la comida.
- Bueno, mañana intento pasarme. Os tratarán bien, pero di que eres amiga nuestra. Juan Carlos llamará al doctor Sanromán, y tú, cualquier cosa que necesites, nos llamas.

Entraron por urgencias como una exhalación. A ella le costaba seguirles el paso y en cuanto llegaron a una puerta una enfermera la paró y no le permitió seguir tras la camilla. A cambio la llevó hasta el mostrador de recepción para que completara los datos de la ficha de ingreso. Una vez cumplimentadas las formalidades burocráticas le indicaron que se sentara en la sala de espera, que ya la avisarían cuando hubiera alguna novedad.

El tiempo iba pasando de manera inclemente, pero ella apenas se daba cuenta. Medio anestesiada por la situación casi no era consciente de la realidad que la rodeaba. Su mente divagaba, a veces intentaba imaginarse cómo sería su vida sin su marido, otras recordaba cuando se conocieron, la época de noviazgo, los primeros años de casados, y en otros momentos se quedaba en blanco o pensaba en nimiedades de su día a día. Estaba tan abstraída que no se dio cuenta cuando la llamaron por megafonía, pero la enfermera fue tan amable que se acercó hasta ella y la devolvió a la realidad apoyando la mano suavemente en su hombro.

- Le han subido a planta, está en la habitación 513.
- ¿Cómo está? ¿Está mejor?
- El médico le dirá.
- Pero si le han subido a planta es porque estará mejor, ¿no?
- Yo no le puedo decir nada más. El médico le contará en persona.

Puede coger uno de los ascensores que hay al fondo de la sala, a la izquierda. En la quinta planta.

Cuando llegó a la habitación su marido ya estaba allí, solo, tumbado en la cama dormido, con un gotero conectado a través de una vía a su brazo izquierdo. La habitación estaba medio en penumbra, así que se sentó en el único sillón que había con el bolso sobre las rodillas y sin saber muy bien que hacer.

Al cabo de un rato apareció por allí un médico. Era muy joven e iba vestido de una manera impecable. No solo es que se notara que la ropa y los zapatos eran de calidad, es que hasta la bata blanca la llevaba inmaculada y perfectamente planchada.

Le informó de que su marido iba a morir. Lamentablemente el infarto había sido muy grave afectándole muy seriamente al cerebro y no habían podido hacer nada por él. Le habían sedado para que no sufriera, por eso presentaba ese aspecto tan tranquilo que podría hasta dar la impresión de que estaba bien, pero muy posiblemente fallecería a lo largo de la noche.

- Pero le han subido a planta, eso es algo bueno, ¿no?
- Señora, le hemos subido a planta precisamente porque ya no se podía hacer nada y para que usted se pueda despedir de él, pero por favor, no se haga ilusiones, no hay nada en nuestras manos que podamos hacer por salvarle. Si no estese segura de que lo haríamos.

Cuando el doctor se marchó se acercó a la cama y cogió su mano, pero se sentía un poco estúpida, al fin y al cabo, él ya no sentía nada. Ahí de píe estaba incomoda, le dolía la espalda y había sido un día muy largo. Pero tampoco le parecía bien sentarse en el sillón. A él únicamente le quedaban unas horas de vida, pero no sabía muy bien qué hacer.

Al final acercó el sillón a la cama y ahí sentada sí que podía coger su mano. El problema es que estaba un poco baja y no le podía ver los ojos, pero al menos escuchaba su respiración. Así, aunque él no pudiera notar nada, ella al menos le sentía cerca. De vez en cuando se levantaba y le miraba la cara. Tenía una expresión tan serena que parecía mentira que fuera a morir a lo largo de esa noche.

Se quedó adormilada y, cuando se despertó y miró en el móvil eran ya casi las cuatro. La mano de su marido seguía estando cálida y la respiración era regular. Se levantó para contemplarle un rato y casi le dio algo cuando vio que tenía los ojos abiertos. Salió corriendo hasta el cuarto de enfermeras a avisarlas para que vinieran enseguida.

- No señora, es normal, muchos tienen una última reacción antes de fallecer. Ya le ha explicado el doctor que es una cuestión de tiempo y que lamentablemente no hay nada que podamos hacer.

Regresó sollozando hasta la habitación, y cuando volvió a mirarle seguía con los ojos abiertos y parecía que veía porque cuando ella se pudo delante de él empezó a mover los labios como si quisiera hablar con ella. Se inclinó sobre él, pero emitía un susurro tan imperceptible que no podía entender nada. Le apretó la mano y le dijo:

- Cariño, no te entiendo.

Dio la impresión de que él hacía un esfuerzo para tomar aire, así que se volvió a inclinar sobre él pegando su oreja a la boca. Y entonces le pareció entender que decía:

- El grifo de la cocina gotea.

Nada más. Se dejó caer sobre el sillón y rompió a llorar. Al cabo de un rato notó como la respiración de él se hacía más profunda. Le cogió de la mano y se levantó a contemplarle. Él emitió unos estertores y dejo de respirar. Notó como un cuchillo al rojo vivo le atravesaba el alma y empezó a llorar de nuevo, esta vez de una forma tan intensa y con un dolor tan profundo que pensó que no había nada en este mundo que fuera capaz de parar ese llanto, que estaría así por siempre jamás, llorando por él. La gente la miraría por la calle, no sería capaz de volver a hablar ya que el llanto se lo impediría, posiblemente en el trabajo no la entenderían y lo tendría que dejar. Pero eso a ella en esos momentos le daba igual. Ella tan solo quería llorar.

Cuando se pudo reponer un poco se fue a la sala de enfermería a avisar. Mientras ellas se encargaban de todo y aunque no eran horas mandó un WhatsApp a Marisa, la hermana de su marido. Su cuñada se presentó a primera hora de la mañana, en cuanto se vieron se abrazaron con toda la fuerza del mundo y otra vez volvió el llanto inmenso a inundarlo todo. Después Marisa se empeñó en que fueran a la cafetería para que desayunara, que llevaba en ayunas desde primera hora del día anterior. Cuando subieron de nuevo a la habitación les estaba esperando el de la funeraria.

- ¿Quieres qué me encargue yo?
- Sí, por favor, encárgate tú de todo. Ahora mismo no soy capaz de nada.

Escuchaba hablar a su cuñada y al empleado de la empresa de pompas fúnebres como si estuviera en una nube. Los oía hablar de tipos de ataúdes, de coronas, de cuando sería la incineración y la posterior entrega de las cenizas. Los oía hablar y era consciente de todo, pero al mismo tiempo era como si ella no estuviera allí, como si fuese algo que afectara a otra persona.

Al poco tiempo apareció Carmen, su vecina. La habría avisado su marido que se habría enterado al incorporarse esa mañana a su turno en el

hospital. Como los de la funeraria tenían que empezar con los preparativos para el traslado del cadáver al tanatorio se fueron a una salita de espera que había en el extremo del pasillo. Ella era incapaz de articular palabra así que la conversación era entre Carmen y Marisa, que ya se conocían de la piscina de la urbanización. Se pusieron a charlar de lo que se habla en estos casos, de cosas banales, pero en un momento dado ella las interrumpió y preguntó:

- Carmen, ¿tú conoces a un fontanero de confianza?

Ninguna de las dos puedo evitar mirarla con cara de extrañeza, pero su vecina enseguida respondió:

- Sí mujer, pero tú ahora no te preocupes por eso.

Y ellas siguieron con su conversación intrascendente mientras ella pensaba qué si no se preocupaba por eso, ¿de qué se iba a preocupar? Qué ese grifo era en esos momentos la preocupación más grande que ella podía tener en este mundo.

COLECCIÓN DE RECIBOS

Con una sonrisa un poco idiota se quedó mirando el trozo de papel que el cajero automático le acababa de entregar. Al igual que había hecho previamente en las dos sucursales de la Caja Comarcal, había retirado diez euros de la única oficina del Banco de Crédito que había en su pueblo. El mínimo permitido. Así podía repetir la operación más veces. Con una expresión a mitad de camino entre la felicidad y la satisfacción se encaminó con paso decidido hacía su coche, un viejo SEAT aparcado a la puerta de su casa. Una de las ventajas de vivir en uno de esos lugares medio abandonados de la zona rural es que puedes aparcar donde quieras sin necesidad ni de hacer maniobras.

Se dirigió a la pedanía que había a tan solo cuatro kilómetros. Aun así, le llevo casi su buen cuarto de hora. La carretera estaba llena de curvas y baches y, aunque sin tráfico, a esas horas condujo con mucha precaución. Notaba el efecto de las tres cervezas que se había tomado para celebrar la ocasión y no quería estropear el día con el más mínimo percance.

No eran más que dos calles con media docena de casas y donde desde luego no había ninguna oficina bancaria, pero la Caja sí que tenía una máquina expendedora que, situada en la única esquina, estaba más tiempo fuera de servicio que en funcionamiento. Tuvo suerte, estaba operativa. Normal, para eso era su día. Otros diez euros y un nuevo comprobante que leyó con atención y con esa sonrisa que esa noche adornaba su cara en todo momento.

Después se dirigió a la capital comarcal. Unos quince kilómetros, pero merecía la pena. El pueblo era más grande y allí encontraría tres sucursales de la Caja y dos del Banco. Seguro que ahí sí que tendría que hacer maniobras para aparcar y también que tener cuidado por si se cruzaba con la Guardia Civil de Tráfico, no le fueran hacer una prueba de alcoholemia. Claro que él se conocía a todos los guardias y sí se lo explicaba lo más probable es que terminaran tomándose algo juntos.

Cuando termino de recorrer los cinco establecimientos, sacar los cinco billetes de diez euros con sus correspondientes cinco recibos se preguntó si merecía la pena seguir con la expedición. Aún le quedaba una oportunidad para llegar al límite máximo diario de cien euros que tenía establecido para su tarjeta de débito, pero quedaba ya menos de media hora para la medianoche y muy posiblemente cuando llegara al próximo pueblo ya habría sobrepasado la hora, a no ser que condujese endiabladamente rápido, así que decidió volver a su casa. Ya estaba bien por ese día.

Se acostó nada más llegar. Fuese el día que fuese estaban en plena cosecha y a la mañana siguiente tenía que madrugar. Pero antes de apagar la luz releyó por última vez los nueve recibos. En todos figuraba la fecha y

la hora, la cantidad retirada y el saldo que le quedaba en la cuenta de ahorro, diez euros inferior en cada ocasión. Y en los nueve recibos la frase especial de felicitación personalizada especialmente dedicada a él en ese día especial.

También había recibido correos de felicitación de la compañía de seguros donde tenía la póliza del coche y del tractor y otro del sindicato de jóvenes agricultores. Sí, sin lugar a dudas había sido un buen cumpleaños.

POSADERAS

Aquí donde me veis yo he conocido tiempos mejores, mayestáticos. Sí, ya sé que eso es lo que dice todo el mundo y que, dicho desde aquí, desde este piso humilde, rodeado de muebles baratos de plástico o resina que han sido comprados en una tienda de chinos, con las patas arregladas de aquella manera y con el cuero descolorido y ajado, es difícil de creer. Pero yo he estado en todo lo alto. O, mejor dicho, bajo todo lo alto.

Fui fabricado en Italia por uno de los mejores ebanistas del milanesado en madera de roble rojo y tapizado en cuero de primera calidad. Posteriormente fui adquirido por los señores marqueses de Cabestro durante su luna de piel y pasé muchos años de mi existencia en el palacete que dicha familia posee en los alrededores del Cuartel de Conde Duque. Allí ocupé el lugar principal en el despacho del señor Marques. Todos los días tenía el honor de acoger las nalgas de tan ilustre personaje en su jornada laboral y desde ese sitio tan destacado fui testigo de muchas reuniones que allí tuvieron lugar en aquella época tan trascendental para el país, pudiendo presenciar de todo: negocios, conspiraciones, y hasta romances. Por aquel entonces tenía el aristócrata unas ancas firmes y musculadas, fruto de muchos años de ejercicio realizado con la práctica de la equitación, la vela o el tenis. Después, a medida que pasaron los años y el tiempo del ocio se fue reduciendo; según las comidas, recepciones y cenas de trabajo fueron aumentando; sus glúteos y sus muslos fueron creciendo en grosor y en contenido graso, aunque siempre mantuvieron su porte aristocrático.

Mis primeros años de estancia en aquel despacho eran tiempos de transformación profunda para la sociedad. Nos estábamos modernizando a pasos agigantados, pasando de ser una dictadura bananera y decimonónica a un país occidental avanzado. Sobre mi asiento y mi respaldo notaba todo el peso de mi propietario reuniéndose con todo tipo de gente. Se reunía con la patronal y con los sindicatos, con partidos de izquierda y de derechas, hasta que de pronto surgió el centro y entonces también con esos. Con la iglesia y con movimientos sociales prodivorcio y proaborto. A todos les decía lo que querían oír y a cambio siempre conseguía apoyos para sus negocios, avisos de oportunidades y chollos, modificaciones de reglamentos y leyes que le favorecían exportar, importar o producir no sé qué cosas, o cancelaciones de huelgas a cambio de vacaciones pagadas a los líderes sindicales en los sitios más selectos de la costa. Lógicamente las únicas posaderas que entonces descansaban sobre mí eran las suyas. Unas posaderas recias y bien alimentadas pero que no por eso dejaban de emitir sus sudores sobre mi carísimo cuero o de expulsar sus flatulencias, especialmente después de las copiosas comidas de negocios. Pero las voces y los olores, esos me llegaban de todos. Como muchas veces las reuniones eran tensas las dos cosas eran intensas, pero

al final, con sus artimañas y sus promesas siempre conseguía llegar a un acuerdo satisfactorio y la cosa siempre se relajaba.

De todas esas voces y esos olores recuerdo especialmente los de un cardenal. El olor, en una primera impresión, era de incienso, pero a medida que la reunión avanzaba iba llegando un retrogusto de moho, de local cerrado y de sexo rancio, de ropa interior manchada de semen reseco. Y la voz meliflua, tan empalagosa que casi te producía diabetes de tan solo escucharla. Pero eso en condiciones normales, cuando el gran jerarca de la iglesia se cabreaba, y eso ocurría especialmente en cuestiones relativas al pecunio, entonces el tono meloso y aterciopelado se convertía en un auténtico vozarrón, en un trueno de esos que hacen presagiar que una zarza se va a poner a arder de forma espontánea. Aún tengo en mi memoria aquella conversación. Mi patrón, de misa diaria de toda la vida, quería que la iglesia no se pronunciara contra una fábrica de preservativos que se iba a inaugurar y en la que él tenía particular interés. Se pensaba que prometiendo el uso sus influencias en el parlamento contra la ley del divorcio que el recién nacido partido de centro iba a proponer en el parlamento sería suficiente, pero el cardenal, que tenía pinta de chupar muchas cosas, pero desde luego no el dedo, se negó rotundamente, y no cesó hasta conseguir garantías de que una pequeña parte de los beneficios de la futura empresa fueran a parar de forma discreta a la beneficencia y otra parte, no tan pequeña, a cierta cuenta corriente personal que él tenía en cierto paraíso. Fiscal, pero paraíso, que eso era lo importante. Sirva esta anécdota como ejemplo de las vivencias que tuve la suerte de presenciar en aquel despacho.

Además de las nalgas del patrón también tuve la suerte de conocer los pies de Florinda. Ella me usaba de vez en cuando como escalera ocasional para poder alcanzar las estanterías más altas de la majestuosa librería de roble que había en el despacho y así poder limpiar el polvo que se acumulaba en aquellos volúmenes. Eran los pies de Florinda de tamaño más bien diminuto. Como ella tenía la consideración de descalzarse antes de subirse sobre mi asiento pude notar su piel áspera y llena de callosidades, propia de una persona que a lo largo de su vida ha usado más alpargatas o zuecos que calzado italiano, con unos deditos tan retorcidos que parecían hechos de sarmiento.

Hasta que un día todo cambio y por primera vez pude experimentar lo que se siente bajo otras posaderas distintas. Un fin de semana la señora se quedó sola, cosa realmente rara. No es que el señor marqués se fuera de viaje sin ella, que eso sí que era posible, sí no que también marchó todo el servicio, incluyendo a Florinda. Como a media tarde puede escuchar la voz repipi y de pito de la marquesa, que venía acompañada por un varón de voz potente al que reconocí de los discursos institucionales que en esa época tan frecuentemente se escuchaban por la radio y a los que mi dueño

siempre prestaba atención por lo que le pudiera afectar y de lo que se pudiera beneficiar. Cuando por primera vez se acercaron al despacho fue en modo dueña de la casa enseñándosela a la visita. No me acuerdo qué fue lo que ella dijo sobre la estancia y la decoración de la misma, lo que sí que recuerdo perfectamente es esa voz profunda diciendo, “Así que ¿aquí es donde este cocina todo?”.

Se marcharon a recorrer el resto de la casa y a lo lejos, como por la zona del dormitorio principal oí ruidos de sabanas al desembozarse, de risas y de carreras. Noté como esas risitas y esos pasos apresurados volvían y entonces sentí como ella se sentaba sobre mí. Eran aquellas unas nalgas magras y escurridas, de poca carne, pero con una piel suave y bien cuidada, de masaje frecuente, de crema anticelulítica aplicada diariamente antes de irse a dormir. En contacto directo con mi cuero era evidente que ella estaba en ídem. Lo que no sentí fue su espalda sobre mi respaldo, posiblemente debía de estar inclinada hacia delante. Enseguida comenzaron unos ruidos de lametones y chupeteos y de pronto él emitió un gemido prolongado. Ella se levantó y fue a él al que sentí sobre mí, y pude notar su piel sobre mi piel. Era el suyo un peso regio, de alguien bien alimentado y poco trabajado, con los músculos duros propios de una persona que lo único que hace a lo largo del día es ejercicio físico en forma de ocio. Enseguida el peso se incrementó, pues ella se colocó encima, y entonces él apoyó su espalda sobre mí respaldo. Comenzaron unos embates de mil diablos que a punto estuvieron de descuajeringarme. Durante el rato que duro aquello el no dejó de gemir, de emitir sonidos guturales que recordaban bastante a los de un primate o de lanzar gritos tipo “¡Cómo me gusta”” o “¡Qué bien, qué bien! o “Así, así”. En un momento dado el fragor del encuentro fue de tal magnitud que mis patas traseras, pese a estar construidas por uno de los mejores artesanos carpinteros de Lombardía, terminaron por ceder y aquellos dos acabaron junto conmigo con sus huesos sobre el suelo alfombrado. Ella soltó un grito de horror que me hizo imaginar el chillido de una rata preñada durante el parto. Él lanzó una carcajada zafia y estruendosa que me recordó al rebuzno de un asno durante el apareamiento. Pero no por eso el cejó en el empeño, encelado en la suerte siguió acometiéndola con tal virulencia que llegué a temer que descoyuntara a la pobre marquesa. Durante todo el tiempo que ese hombre estuvo en la casa tuve la impresión de que la frase “Mí mama me mima” debía de tener un alto contenido intelectual para él.

A los pocos días de aquellos sucesos el señor marqués recibió una llamada de Casa Real anunciándole que su Majestad había decidido otorgarle el Ducado de El Ciervo por sus impagables, y de este modo pagados, servicios a la corona. Este nombramiento causó dos efectos curiosos en el aristócrata de la cornamenta, por un lado, un orgullo y una satisfacción inmensos, pues inmediatamente se puso a telefonear a todos sus amigos, conocidos, y muy especialmente a sus enemigos, pero al mismo tiempo y

de forma desconcertante, decidió deshacerse de mí. El argumento que le dio a su familia y conocidos fue que necesitaba un sillón de oficina más moderno, más ergonómico, ya que ahí pasaba muchas horas sentado y como ya no era tan joven su espalda se comenzaba a resentir. Yo no terminé de comprender el razonamiento ya que había demostrado con creces mi capacidad de soportar espaldas regias, pero evidentemente a mí nadie me pregunto.

El caso es que ese mismo día ordenaron a Florinda que se deshiciese de mí y me bajará junto a la basura, como si yo fuese una bolsa de deshechos llena de cascaras de huevo, restos de fruta o posos de café, sin acordarse de la nobleza de mí madera o la calidad de mi cuero, sin que en mi caso se tuvieran en cuenta los servicios prestados. Servicios que al señor marqués le habían valido para su ascenso hasta el ducado y que para mí iban a significar que acabará con mis maderas en el basurero.

Florinda, no sé si porque supo apreciar todas mis cualidades o empujada por la necesidad, decidió desobedecer las instrucciones y convertirse en mi nueva propietaria. Como debido a mi volumen subirme al autobús era algo impensable la pobre cargó conmigo hasta su casa, que estaba bastante alejada, en un barrio modesto de las afueras. Cómo aun nadie me había arreglado las patas traseras se daba la paradoja que cargando con tan buen asiento no me podía usar para descansar cuando se sentía sin fuerzas, teniendo que reponerse apoyándose con una mano en alguna farola o en las fachadas de los edificios, mientras que con la otra me agarraba firme, como con miedo a que alguien adivinase mi valor e intentara sustraerme.

Por fin llegamos a este piso a una hora de la noche bastante avanzada, pero el esfuerzo debió merecerle la pena porque nada más abrir la puerta exclamo con voz orgullosa “Carlos Jesús, mira lo que te traigo”.

Él me arregló con más entusiasmo que pericia, con unas manos más propias de un aparcero que de un ebanista, y me puso unos refuerzos con unas chapas de hierro que atornilló a las patas por la zona de la ruptura. El resultado era espantoso, poco adecuado para un mueble de mi categoría. Pero también fue efectivo y a partir de ese día me convertí en el asiento oficial del padre de familia de aquel hogar, dejando así algo de espacio en el poblado sofá que ocupaban Florinda y sus cuatro hijos, único asiento de aquella casa hasta mi llegada.

Carlos Jesús me usaba para todo. Para comer, para ver la televisión, o para pasar el tiempo sin hacer absolutamente nada. Eran sus nalgas enjutas y ásperas, sin un gramo de grasa, como apretadas de tanto empujar en esta vida, y su peso liviano, de persona que ha comido poco y de poca sustancia.

El día del cumpleaños del mayor, y a petición del homenajeado, se fue toda la familia a comer a uno de esos sitios de comida rápida que tanto gustan a los adolescentes, “El Rey de la Hamburguesa”, y al chicuelo, por pedir el menú infantil le regalaron una corona de cartón. El caso es que esa misma tarde, cuando los chavales salieron de casa para ir a jugar al parque o a reunirse con sus amigos, Carlos Jesús decidió probarse la corona y en seguida escuché unos gritos y unos jadeos que me recordaron a los de aquella tarde en el despacho de mi primer dueño. Al poco tiempo, y por primera vez, noté las posaderas de Florinda recostarse sobre mí. Eran las suyas unas nalgas livianas y suaves, anchas y llenas de estrías, redondeadas. Propias de una mujer que ha parido varias veces. Al poco tiempo el peso se duplicó al unirse Carlos Jesús a disfrutar de mi apoyo. Comenzaron las risas y los vaivenes, los empujes y los gemidos del tipo que yo ya conocía, las respiraciones entrecortadas. El caso es que el trabajo de Carlos Jesús, pese a la chapuza, demostró ser sólido y eficaz, pues pudieron terminar con grandes exclamaciones y sin acabar en el suelo. En cuanto recuperaron el aliento explotaron en un torrente de carcajadas llenas de felicidad y dicha. Y en ese momento yo me sentí el trono de la emperatriz del mundo en el palacio más suntuoso y grandioso que jamás el hombre haya podido imaginar.

COMO MORIRSE COMO DIOS MANDA

D.E.P.

No se oía ningún pitido de ninguna máquina controlando mis constantes vitales. Eso es cosa de las películas, en la realidad no funciona así. No sé, tal vez en el cuarto de enfermeras, pero tampoco creo. Con la cantidad de pacientes que estábamos en planta, aunque solo una mínima parte de nosotros, los más graves, estuviera monitorizada, se volverían locas. Puede que una pantalla mostrando los datos de cada enfermo de forma alternativa. En mi caso, desde luego, lo único que se escuchaba en medio del silencio de la desangelada noche eran los ronquidos profundos de mi mujer durmiendo en el sillón del acompañante. Siempre me había acusado de no dejarle pegar ojo, pero en realidad era ella la que se marcaba unas serenatas desafinadas de padre y muy señor mío. El caso es que esa noche no entiendo muy bien por qué la oía, ya que se suponía que me habían sedado a última hora de la tarde. El resto del cuerpo, efectivamente, ni lo sentía. Era incapaz de realizar ningún movimiento, de emitir palabra o de ver absolutamente nada. Que, por cierto, también se me escapa para qué me habían dejado los ojos abiertos. Pero oír, oía perfectamente. Posiblemente algún defecto en la droga que me habían suministrado. El hecho es que unos segundos después de que me inyectaran la sustancia a través de la vía el médico se empezó a dirigir a mi esposa como si yo ya no estuviera presente. Y así fue como me enteré de que me enfrentaba a la

última noche de mi vida. Sin saber a ciencia cierta en qué momento se produciría el desenlace, mi mujer se bajó a cenar a la cafetería y cuando se subió acerco el sillón a mi cama, se arrebujó con una manta que por allí había, apago las luces y se echó a dormir, dando comienzo a aquel concierto irritante e inarmónico. Lo cierto es que no se lo echó en cara, yo habría hecho lo mismo. Total, yo ya era tan solo un trozo de carne esperando lentamente a morir.

Cuando debía ser ya primera hora de la mañana y la oscuridad de la habitación debía de estar empezando a clarear a causa de los primeros y tímidos rayos del sol, se sintió el ruido del picaporte y de la puerta al abrirse y unos pasos que se acercaban de forma sigilosa, y luego, ante el obvio estado de mi mujer, una voz prudente que la llamaba. “Carmen, Carmen”, mi hermana que acababa de llegar a acompañarme es esos mis últimos momentos de vida, igual que me había acompañado siempre en los importantes, ya fueran difíciles o felices. Ante la falta de respuesta aumentó ligeramente el volumen y repitió “Carmen, Carmen”.

- Ah Marta, ¿eres tú? Disculpa, que me he quedado traspuesta un momento. Pasa, pasa. Espera que encienda la luz.

- Pobre, ¿Cómo estás?

- Pues ya ves. Menuda nochecita toledana que llevo. Bueno, no solo la nochecita, ya la tarde de ayer fue fina. Desde después de comer empezó a pedirme que le llevará al baño, que le volviera a acostar, que de nuevo tenía ganas, ... Así una y otra vez. Con el trabajo que me cuesta cargar con él y, sobre todo, ayudar a que se levante del retrete, que me cuesta la misma vida. Y total para nada, que ni en una sola de esas visitas al baño hizo nada. Hasta que de pronto empezó a gritar como un descosido y no me quedó más remedio que avisar a las enfermeras para que me ayudaran. Qué apuro, ellas haciendo lo que podían por volverle a llevarle a la cama y él no hacía más que gritar. Y cuando por fin conseguimos acostarle siguió quejándose y chillando, que le tenían que estar oyendo en toda la planta. Ya sabes lo escandaloso que es.

- ¿Y qué es lo que ha pasado? Si estaba mejor estos últimos días.

- Sí, si mejor parecía que estaba. Como no había forma de que se tranquilizará las enfermeras tuvieron que llamar al médico de guardia. Por lo que me contó, por lo visto le ha dado un trombo de caballo en la femoral. Eso es lo que le debía estar presionando y lo que él confundía con ganas de ir al baño, y claro, con uno de los esfuerzos se conoce que lo ha empujado hasta la femoral y al taponarla le ha desequilibrado todo el sistema cardiovascular.

- ¿Pero no le estaban suministrando un anticoagulante?

- Sí, pero como estaba mejorando su doctora se lo ha ido retirando poco a poco hasta que por lo visto ayer se lo retiró completamente. El caso es que el médico me dijo que ya no se podía hacer nada y a primera hora de la noche le sedaron para que no sufriera más.

- ¿Has descansado algo?

- Poco. Cuando tú has llegado me acababa de quedar dormida. Porque aunque esté sedado, no ha dejado de babear en toda la noche y tenía que estar pendiente para limpiarle, que sí no iba a poner las sábanas perdidas y luego a saber que van a pensar las de la lavandería del hospital.

- Mujer, seguro que están acostumbradas. Y, además, eso no tiene importancia en estos momentos.

- ¿Qué no tiene importancia? Sí para cinco minutos que no he estado atenta mira cómo ha puesto la almohada. Que este es mi hospital y a mí aún me quedan muchas veces por venir, y cuando vuelva seguro que se acuerdan y a saber cómo me tratan.

- Bueno, mujer, tranquila que ya estoy yo aquí para ayudarte. Y lo importante ahora es que él no sufra.

Por las pisadas diría que cada una se situó a un lado de la cama, mi mujer acercando el sillón de acompañante hasta el lateral de la cama, y mi hermana de pie en el otro costado. Imagino que cada una de ellas cogiendo cada una de mis manos.

- Fíjate que respiración tan profunda. Hasta sedado tiene que estar llamando la atención.

A esa frase solo la respondió el silencio, un silencio sepulcral que aún duró un buen rato. De pronto las dos estallaron en unos sollozos que partían al corazón. Mi hermana se acercó a Carmen que se había puesto de pie y las dos se dieron un abrazo mientras gemían y lloraban de forma desconsolada.

- Lo siento Carmen. Lo siento muchísimo.

Yo acababa de fallecer. El caso es que seguía escuchando perfectamente todo lo que ocurría a mí alrededor. Es más, yo diría que aún mejor, que con la muerte había recuperado la agudeza auditiva que había perdido a lo largo de mi vida de tanto escuchar a los Beatles a todo el volumen que primero mi madre y luego mi esposa me permitieron.

Después de un buen rato en que ninguna de las dos fue capaz de reaccionar y en el que permanecieron abrazadas y llorando, por fin escuche por primera vez la voz de mi viuda.

- ¿Te has fijado que estertor final? ¡Si casi parecía un elefante barritando! Hasta para morirse ha tenido que hacerlo llamando la atención. ¡Qué vergüenza!

- Venga mujer, tranquila. Espérate aquí un momento que voy a acercarme al cuarto de enfermeras a avisarlas. Ellas sabrán lo que hay que hacer y se encargarán de todo.

- ¿Avisarlas? Si con el escándalo que ha armado seguro que lo han escuchado perfectamente, como si estuvieran aquí mismo. Ni que lo hubiera hecho aposta para dejarme en mal lugar.

Y he de reconocer que en esos momentos se escucharon unos pasos apresurados acercarse por el pasillo y a la enfermera jefe del turno de día entrar en la habitación y dirigirse a mi mujer y decirle:

- Lo siento mucho, señora. No se preocupe que ya hemos avisado al médico. Si abandonan un momentito la habitación nosotras le haremos las primeras labores de aseo y, si nos da su permiso, llamaremos a la funeraria local.

- ¡Ay, Dios mío! ¡Qué apuro! Ahora verán que ha puesto todo perdido.

Y mientras escuchaba los pasos de mi hermana y mi mujer abandonando momentáneamente la habitación oí el roce de una tela almidonada contra las sábanas de hospital. La enfermera jefe acababa de cerrarme los ojos.

El resto de la mañana lo pasé escuchando conversaciones telefónicas en estéreo. Por un lado, mi hermana informando al resto de mis hermanos y a mis sobrinos de mi fallecimiento. Por el otro, a mi antigua esposa, contando a todas sus amigas y a todas las vecinas sobre lo mal enfermo que había sido, todo el apuro que le había hecho pasar y lo escandaloso que había sido en el momento de mi muerte.

Así seguimos hasta que llegó el de la funeraria. Debido a que la anomalía auditiva persistía aún después de mi muerte, tuve la fortuna de ser testigo de las últimas disposiciones sobre mis restos mortales en este mundo. Me desplazarían al tanatorio que había en los sótanos del mismo hospital en el que había expirado, al día siguiente sería incinerado, y mientras tanto y para mi descanso eterno mi mujer escogió un féretro de madera de caoba carísimo con el interior acolchado y forrado con un elegante terciopelo morado. No por mi comodidad, si no para que todos aquellos que se acercaran a despedirse de mí pudieran contemplar aquella elegancia. Y por supuesto, para que fuera posible, el ataúd permanecería abierto hasta el último momento. Con lo cual yo iba a ser testigo mudo de todo aquel proceso.

Durante el velatorio todos aquellos que se acercaron a presentarme sus últimos respetos y a presentar sus condolencias a mi viuda pudieron escuchar la lista completa de sus quejas sobre mi forma de morirme. Lo mal enfermo que había sido, lo mucho que me había quejado y el enorme trabajo que había dado a todo el personal sanitario, haciendo de los esfuerzos por darme sus cuidados una labor prácticamente titánica. El rastro de fluidos y de materia orgánica que había dejado por aquellas instalaciones del hospital por las que había pasado, camillas, salas de ensayo, pero sobre todo mi propia cama y el baño de la habitación. Pero principalmente la forma tan escandalosa de comportarme en el momento de mi fallecimiento y el apuro tan terrible que le había hecho pasar, hasta el punto de que no sabía si en un futuro sería capaz de volver a esas instalaciones hospitalarias a pesar de ser las que le correspondían por domicilio y de la altísima calidad de sus instalaciones y la elevada profesionalidad de todo su personal. Con el paso del tiempo y con su imaginación la lista de agravios y quejas se fue ampliando: que si me había muerto sin testar y los problemas que eso le iban a causar; que aún no había realizado la declaración de la renta de ese año y que como siempre me había encargado yo ella no tenía ni idea de esas cosas; y hasta que me había ido dejando el grifo de la cocina goteando y que a saber cómo iba a encontrar ahora ella un fontanero de confianza, con lo sinvergüenzas que eran todos ellos. Al día siguiente la lista de afrentas se amplió a mi falta de consideración por la acumulación de sangre en la nuca, que afeaba todo el trabajo de acondicionamiento que los de la funeraria habían realizado por dar a mis restos un aspecto presentable y por al ligero hedor a putrefacción que mi cuerpo empezaba a emanar sin que hubiese tenido el detalle de esperar a que todo hubiese terminado para empezar a pudrirme.

Pero no hay mal que cien años dure y por fin llegó el momento programado para mi incineración, por lo que para trasladarme hasta el horno tuvieron que proceder a cerrar el féretro. El terciopelo y el acolchado del mismo, aunque escogidos por motivos de lucimiento, en estos momentos sirvieron como un aislamiento acústico que ya quisieran para sí la mayor parte de los pubs de la ciudad, con lo que el silencio eterno me envolvió por completo y pudo notar como una paz reparadora y paradisiaca me iba invadiendo poco a poco, llegando a su punto máximo justo cuando la temperatura comenzó a elevarse de forma brusca. Desde entonces esa beatífica paz no me ha abandonado en un solo instante. Bendita paz eterna.

CENA DE NOCHEBUENA O RIMANDO CON CINCO

A Jorge,
uno de los mayores poetas que en el mundo ha habido
elaborando versos que rimen con cinco.

De todas las fiestas de Navidad mi preferida es la cena de Nochebuena. Es el momento del año en el que nos juntamos todos los hermanos y, para mí, eso es muy importante. Ellos lo saben y, por supuesto, ni uno sólo de ellos falta jamás a la cita. Siempre ha sido así y siempre va a seguir siéndolo. Todo muy tradicional. Empezamos con unos aperitivos a base de salmón ahumado y huevas de sucedáneo de caviar. De primero sopa de almendra, elaborada según la receta que mi abuela le paso a mi madre, su nuera, y que después ella nos ha pasado a nosotros. De segundo un cochinillo bien churruscadito y con la piel bien crujiente. De postre, por supuesto, turrón de jijona y polvorones y mantecados de Estepa. Y para finalizar el Amigo Invisible. Otra de las tradiciones es que mis hermanas se pongan pesadas para que se reparta antes de los aperitivos, y claro, lo que se espera es que yo me ponga dura para que se haga al finalizar la cena. Como mis hermanos literalmente no comen nada siempre sobra una barbaridad. Porque otra tradición es cocinar en cantidades industriales, aunque luego se quede casi todo intacto.

Hace unos pocos años se nos unió Flecha. Flecha es una perra salchicha que cuando la saco a pasear echa unos mojones dignos de su raza, como si su cuerpo fuera un molde perfecto de zurullos y a medida que anda por el parque va dejando unas mierdas que son réplicas perfectas de su cuerpo. Es un auténtico amor. Si te acercas te ladra, si le dices algo te gruñe, si la acaricias te enseña los dientes. Es una muy buena perra. Me da todo el cariño y la compañía que mi personalidad necesita. Y además me ayuda mucho con la cena. Mejor dicho, con las sobras de la cena. Durante unos días antes del 24 la dejo a dieta y luego se pega un atracón con las sobras que no veas. Lo que queda, que la pobre no puede con todo, lo llevo a la parroquia para la comida de Navidad que organiza una ONG de ayuda al inmigrante. Es muy gratificante saber que ese día muchos magrebíes comen como Dios manda gracias a los restos de nuestra cena.

Y hoy vamos a tener una nueva incorporación. Arturito, mi novio. Estoy un poco nerviosa porque para todos nosotros va a ser algo muy especial. Incorporar a nuestro círculo cerrado a alguien nuevo no va a ser nada fácil, pero yo creo que va a terminar encajando. Arturito, Tito, Arturo Lleida y Fainé, es el nuevo analista de inversiones de mi banco. Durante toda la vida los ahorros de la familia han estado en la Caja de Ahorros de nuestra provincia y ellos han sido siempre los que nos han asesorado en materia

financiera, pero recientemente esta ha sido adquirida por una gran banca de otra región y entonces fue cuando Tito se incorporó a la sucursal de al lado de casa. Cuando le conocí no me podía ni imaginar que pudiéramos llegar a tener una relación personal, pero a medida en que yo le iba informando del patrimonio de nuestra familia iba notaba como dentro de él surgía una atracción y un interés especial por mí.

Tito ha llegado puntual, justo a la hora que le dije. Para mí era muy importante que no llegará antes, para que así me diera tiempo sacar a mis hermanos de sus arcones y tenerlos ya sentados a la mesa. Cuando le ha abierto la puerta ha empezado muy amable desde el hall felicitando las fiestas y comentando las ganas que tenía de conocerlos a todos. Pero cuando ha pasado al comedor, primero se ha quedado pasmado, sin entender muy bien la situación, cuando la ha comprendido a punto ha estado de darle una embolia, que yo creía que se me caía desmayado ahí mismo y a ver que iba a hacer yo, y después me ha mirado con una expresión aterrorizada que más quisieran saber poner los actores de películas sobre Halloween de serie B. Así que he empezado con las presentaciones.

En la cabecera de la mesa, como no podía ser de otra forma, se sienta mi hermano mayor, Antonio. Antonio es un intelectual de tomo y lomo. Cuando va al casino del pueblo juega al ajedrez en vez de al mus, se ha leído casi toda la obra de Pérez Reverte y los domingos, sin falta, se lee la columna de opinión de Elvira Lindo. Falleció hace unos años mientras se daba un baño relajante con sales. El médico forense tuvo fácil dictaminar la causa de la muerte, ya que se le encontró haciendo uso de un consolador. En teoría era un modelo sumergible y, en cualquier caso, con una batería que no debería suponer ningún riesgo para la vida humana. El problema es que él, para alcanzar mayor consuelo, lo había conectado a una batería de una motocicleta eléctrica. Al conectar la batería del ciclomotor se rompió la estanqueidad del dispositivo y la mayor potencia de la que había dotado al artilugio resultó fatal para el pobre Antonio. Como hermano mayor que es Antonio es el encargado de trinchar el cochinillo. Cuando he terminado de hablar la cara de Tito era de un pavor indescriptible.

A su derecha se sienta mi hermano Gonzalo. Gonzalo es un activista de mucho cuidado. Está apuntado a todas las Oeneges que uno se pueda imaginar, y a todas ellas las ayuda a obtener todas las subvenciones públicas posibles y apoya sin descanso a todos los políticos de medio pelo colocados a dedo en sus órganos directivos. ¡Para realizar una buena labor es muy importante que estas organizaciones mantengan su independencia frente al gobierno! Cuando Estados Unidos declaró que el Sahara pertenecía al Reino de Marruecos acudió a Rabat a una manifestación convocada ante la Embajada Americana por la Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui. En el fragor de la manifa se vino arriba, nunca mejor

dicho, y se encaramó a la valla de la cancillería yanqui, una preciosa verja construida con lanzas tradicionales de los tuaregs. Cuando estaba en todo lo alto arengando a las masas, uno de los marines destinado a proteger la embajada empezó a tirar de él hacia adentro, mientras que un miembro de la guardia real del monarca alauita empezó a hacer lo propio, pero hacía fuera, con lo que finalmente perdió el equilibrio y, paradójicamente, terminó empalado por una de las armas tradicionales de ataque del pueblo que se suponía que él estaba defendiendo. Como segundo hermano Gonzalo es el encargado de cortar el turrón y de enfriar y de abrir el champán. En esos momentos la cara de Arturito era como si hubiera recibió un mazazo en plena cabeza.

A la izquierda de Antonio se sienta Julia. Julia es una progre ejemplar. No lee, escucha o ve más que aquello que es publicado por medios de comunicación con una línea editorial acreditada como progre desde 1939, que es el año a partir del cual la progresía española es incapaz de progresar más allá. Se compró un ático lujosísimo con vistas al mejor parque de la ciudad tan solo porque el propietario de al lado era ni más ni menos que Almodóvar. En las noches de verano se sienta en la terraza, en sus sillones de teca, a beber vino Gran Reserva con la esperanza de que su vecino haga lo propio y así poder conocerle. Nunca ha sucedido, pero una vez coincidió con él en el barrio, los dos apoyando al negocio local frente a la globalización, y sintió que la inversión en el ático había merecido la pena. Cuando el millonario propietario de la principal empresa editorial de las izquierdas del país se estaba haciendo aún más millonario gracias a las licencias que el gobierno socialista le concedió para que se lucrase a costa de la pornografía, el fútbol y los toros, mi hermana se sacó una abonó para las Ventas. Tendido 7, of course. Pero cuando la tauromaquia se convirtió en una cosa de fachas pasó a oponerse con todas sus fuerzas y a defender que el toro de lidia fuese protegido por la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Un año, junto con otras colegas animalistas, acudió a los sanfermines y saltaron al recorrido del encierro como dios las trajo al mundo, pero con el cuerpo embadurnado de pintura roja simulando sangre. Un morlaco de miura, colorao, bragao y bizco, al que el fascista del ganadero no había informado de sus derechos como persona, la empitono por vía trasera en plena Calle Estafeta, haciendo de la pintura roja un atrezo absolutamente innecesario. La imagen de Julia dando vueltas como una veleta en el cuerno izquierdo del astifino abrió todos los telediarios. La cara del heredero de los Lleida era en esos momentos de estupor. Julia es la encargada de la sopa de almendra, que como buena feminista eso de cocinar le parece una imposición del patriarcado, y como buena animalista mejor que ni se acerque a la carne o al pescado, no vaya a ser que emprenda alguna acción de boicot.

A la derecha de Gonzalo se sienta Nuria. Nuria padece de lo que podríamos llamar Talasofilia o Continentefobia. El caso es que solo puede estar en

islas. El argumento de que la masa de tierra formada por Europa, Asia y África no deja de estar rodeada de mar por todas partes y, por tanto, puede ser considerada como una isla, no la convence en absoluto. A ella las Gili le parecen una extensión de tierra inmensa. Pero el caso es que lo que podía parecer una limitación para su desarrollo profesional ha supuesto todo lo contrario y ha tenido mucho éxito montando una consultora que asesora a las empresas en cómo hacer negocios y de que tipo en las muchas islas que hay repartidas por los mares y océanos del mundo. En una de sus visitas a Santorini se ligó a un estudiante escocés de Erasmus y se fueron a un acantilado a observar desde el coche de alquiler la puesta de sol en el horizonte marino. En el fragor de la pasión alguno de los dos debió de desactivar el freno de mano y el coche se despeñó montaña abajo hasta sumergirse en el mar. En este caso la autopsia fue bastante compleja y, finalmente, determinó que la causa del fallecimiento fueron los profundos desgarros causados en el esfínter por la palanca del cambio de marchas, que fue a incrustarse en lugar tan desafortunado. Sin embargo, parece ser que llevaba tal cantidad de vino de resina en el cuerpo que no sufrió ni fue consciente de nada de lo que ocurrió y pasó de estar bebiendo de forma apasionada a sumergirse en su amada agua de mar y encontrarse con Neptuno en un santiamén. Nuria es la encargada de los canapés de salmón y de caviar, que para algo son productos del mar. La expresión de Arturo era en esos momentos una mezcla de confusión y de preocupación, y tan solo alcanzo a balbucear:

- Pero entonces, ¿las inversiones que hemos venido haciendo estos últimos meses…?
- No te preocupes, todos ellos estaban siempre tan ocupados con sus cosas que me firmaron en vida poderes para que pudiera gestionar hasta el último céntimo de su patrimonio, así que todo es absolutamente legal.

Y con esa explicación por fin he conseguido tranquilizarle y que un brillo de ilusión aparezca en sus ojos.

Hemos pasado a la cocina a terminar de preparar la cena, y ahí Arturito se ha puesto pesadísimo con el tema de mis hermanos. Que nos tenemos que deshacer de ellos, como si los pobres fuesen un estorbo o algo de lo que avergonzarse. Como me he negado y le he dicho que para mí mis hermanos son lo más importante de esta vida entonces ha propuesto alquilar un trastero industrial y que nos llevemos allí los arcones. Le he dejado bien claro que yo de ellos no me separo y que deseo seguir viviendo con ellos bajo el mismo techo por toda la eternidad. Pero él ha seguido insistiendo e insistiendo y proponiendo alternativas sin dar su brazo a torcer, con lo que me he dado cuenta de que en realidad no había comprendido nada de la situación y, lo que es aún peor, que en el fondo no me amaba. Si no es capaz de aceptar a Antonio, a Gonzalo, a Julia y a Nuria

tal y como son, es que tampoco es capaz de aceptarme a mí. Ante esta situación, lo mejor es cortar por lo sano.

Le he pedido que por favor compruebe cómo va el cochinillo y al inclinarse para abrir la puerta del horno le he hincado hasta la empuñadura el cuchillo carnicero que compró mi madre. Con cachas de madera y del tamaño de un brazo está afilado como una cuchilla de afeitar y es capaz de cortar de un solo tajo una hoja de papel que esté flotando en el aire. Lo que es seguro es que Tito ya no tendrá que operarse de almorranas en su vida. Cuando he intentado sacar el cuchillo, la hoja estaba encajada en el coxis, así que he tenido que apoyar mi antebrazo en su espalda para poder hacer más fuerza. Arturito se ha desplomado como un pelele haciendo un ruido sordo al caer. En esos momentos, la expresión de su cara era la de un auténtico lechuguino, una expresión que solo los Lleida y Fainé de pura cepa son capaces de poner. Ha empezado a sangrar como un cerdo, afortunadamente sin manchar al ídem, pero una sangre acuosa, muy líquida. Una sangre que no vale ni para morcillas.

El cochinillo estaba en su punto, bien tostadito, con una piel que al romperla con los dientes suelta todo el sabor almacenado en su grasa porcina, como a mí me gusta. Pero antes de pasar a la cena he tenido que decidir qué hacer con el panoli de los Faine, así que he realizado un experimento a ver si Flecha me podía ayudar con este ligero problema. Con el maravilloso cuchillo de mama le he cortado todo un antebrazo a raíz del codo y se lo he colocado en su escudilla, a ver qué le parecía. Con la perra encargada de estos menesteres los moritos este año están de suerte, van a tener para ellos mayor cantidad de manjar segoviano que de costumbre.

Como las tradiciones no hay que perderlas pase a lo que pase, al final de la cena hemos pasado a abrir el amigo invisible. Nuria ha sido la que le ha regalado a Tito. Le ha comprado un ábaco artesanal de la isla de Sumatra hecho de manera de sándalo. A él ha tocado regalar a Julia. Le ha comprado unos guantes hechos con piel de toro. No, decididamente Arturito no encaja en esta familia.

Cuando he vuelto a la cocina Flecha ya había dado buena cuenta de su cena y del antebrazo no quedaba ni el menor rastro, demostrándome que puedo contar con ella para lo que necesite. Sí, decididamente Flecha ya es una más de esta familia.

Al mirar al horno me he dado cuenta de que el reloj ya marcaba las 00:05. ¡Ya estábamos en Navidad! Por un momento he estado tentada de empezar a escribir a mis conocidos y compañeros de trabajo para felicitarles la fiesta, pero con todos los acontecimientos del día estaba exhausta, así que he decido acostarme. Ya tendré toda la mañana del día de mañana para mandarles mis mejores deseos para el día veinticinco.

LA MALA UVA

Para María, Margot, Pape y Javichu,
con los que espero compartir
muchas campanadas y las mejores uvas.

Nadie se acordó del incidente cuando Ramón tuvo un accidente de tráfico causado por un conductor borracho que terminó con su coche en siniestro total, o cuando Germán acertó cinco en un sorteo de la primitiva dotado con un premio mediano. Pero tampoco lo recordó nadie cuando la empresa de Ramón fue adquirida por una multinacional china y con la posterior reestructuración le degradaron, y ni siquiera nadie pensó sobre ello cuando a Germán le llamaron inesperadamente de la Universidad de Berkeley para que impartiera unas clases magistrales de escritura creativa.

Ramón es de estatura mediana, desgarbado, delgado hasta el punto de que a través de su piel se puede estudiar el esqueleto sin mayor problema. Con una nariz ganchuda que da grima verla, unos ojos siempre legañosos y una barba rala que le da aspecto de tiñoso, el pobre es más feo que un eructo. Sin prestar ninguna atención a la ropa que lleva puesta va siempre vestido de una manera destartalada, con los zapatos sucios con agujeros en las suelas y con unas gafas que hace muchos años que pasaron de moda y tienen las patillas corroídas por su propio sudor. Ramón es licenciado en Ciencias Exactas. Cuadriculado por ADN, por vocación y por formación, analiza de forma racional todos los hechos y sucesos, y como si la vida se tratara de un problema matemático todo lo intenta clasificar y justificar bajo leyes, teoremas y ecuaciones. Sin embargo, pese a esta profunda racionalidad Ramón es tremendamente supersticioso y ante cualquier suceso de mal agüero corre a tocar madera para protegerse.

Germán es bajo pero fuerte. Fanático del deporte que no deja de practicar de forma diaria, goza de una constitución musculosa. Con un perfil romano, una mirada penetrante y una barba siempre cuidada tiene el aspecto atractivo de un galán de telenovela mejicana. Siempre viste a la última, los zapatos brillantes y cuidados y unas gafas que va cambiando según la moda, ahora usa unas de pasta con colores llamativos, distintos en el frente que en las patillas. Germán es escritor, siempre se ha negado a adaptarse al horario de un trabajo ni a aceptar la jerarquía de una empresa. Nunca ha escrito una novela de gran éxito, pero se gana bien la vida a base de artículos para revistas, cursos de escritura creativa o como profesor visitante de literatura en distintas universidades. Y aunque se define a sí mismo como un espíritu libre que va allá a donde le lleve el viento, en cuestiones de azar Germán es profundamente escéptico. Lo niega con todas sus fuerzas y es un firme partidario de que “la suerte es para quien la trabaja”.

Ramón y Germán están casados con mis dos hermanas. Es decir, los dos son mis cuñados y entre sí son concuñados. Germán y Ramón coinciden en un par de cosas; no se soportan mutuamente y cada uno piensa que el otro es un auténtico cretino integral.

La pasada Nochevieja empezó como siempre. Nada más llegar Germán declaró, como hacía todos los años, que él no se iba a tomar las uvas, que era algo absurdo, que en realidad no era ninguna tradición sino que se originó un año ante el exceso de ese fruto en la vendimia, que sí la creencia de que tomar uvas al ritmo de campanas acarreaba la suerte es como cuando los salvajes bailan al ritmo de los tambores alrededor del fuego para así tener mejor caza, y entonces Ramón comenzó a decir que a ver si por ese intelectualoide de tres al cuarto todos íbamos a tener un año de mala suerte, que siempre estábamos igual y que a él, si no creía en esas cosas, que qué más le daba, que era la última vez que celebraba la nochevieja con ese snob que siempre se tenía que hacer notar, y entonces Germán le preguntó que sí también se había puesto braguitas rojas para atraer la suerte y que si no sabía que las mujeres chinas usaban ese color durante el maoísmo no por cuestiones de superstición sino por que como solo tenían un par usaban el color en el que menos se notaban las manchas de la menstruación, y entonces Ramón le decía que si es que como escritor no había alcanzado nada era por lo que tenía que satisfacer sus deseos de notoriedad dando siempre la nota en las reuniones familiares y entonces mis hermanas intervinieron pidiendo que tuviéramos la fiesta en paz y mi hermana zanjó la cuestión diciendo que mi otra hermana había ido a la mejor frutería del barrio a comprar uvas para todos y que ahora no la iba a hacer ese feo.

En lo que siempre coincidimos todos, y volvimos a coincidir ese año, es en ver el programa de Mota. Ese ya es un fijo en las Navidades de nuestra casa, como los niños de San Ildefonso o los mantecados y polvorones de Estepa. Mientras disfrutábamos de las ocurrencias de la *Vieja del Visillo* Ramón contaba sus uvas para asegurarse de que en su cuenco no faltaba ni una, no fuera a ser que…y Germán hacía como que le ignoraba tomándose un vino Gran Reserva, que había que despedir el año con clase. Y entonces empezó la segunda discusión de todos los años sobre en qué cadena ver las campanadas. Germán era partidario, como siempre, de conectar con la cadena de la Pedroche, que a pesar del frío usa trajes con muy poco tejido, mientras que, para Ramón, al igual que todos los años, la única opción posible era ver la retransmisión de la televisión pública, primero porque así lo manda la tradición, y segundo, porque es la cadena que contaba con más medios técnicos y que es por tanto el mejor programa. Entonces Germán le replicó que cómo era posible que prefiriese ver a un tipo con capa, que no se sabe muy bien si es un champiñón o el click de famobil del Conde Drácula a una tipa que está como un cañón y que encima viste como viste, que si el usar braguitas rojas apretadas le

estaba afectando a la virilidad, y Ramón le respondió que cómo pretendiendo ser un escritor con clase podía ser tan zafio y que así se explicaba que sólo escribiese vulgaridades y entonces mi hermana terminó la discusión diciendo que a mi madre le gustaba ver al tipo de la capa española y que la otra le parecía una pelandusca y sanseacabó.

El caso es que cuando estábamos en los previos y todos despistados mirando en la pantalla al aprendiz de Bela Lugosi, Germán cambió el canal y puso la retransmisión de la Pedroche con el vestido que no era vestido y que no dejaba lugar a la imaginación pero que paradójicamente la incitaba un rato largo. Mientras decía “Mira Ramón, mira, seguro que lleva unas braguitas como las tuyas”, puso el mando lo más alejado posible del otro. Mientras el interpelado hacía todo lo posible por volver al canal original, y sin que con la confusión ninguno nos diéramos cuenta, cogió una de sus uvas y la colocó en el cuenco del supersticioso.

Y en eso comenzaron las campanadas y Ramón empezó a comerse sus uvas a piñón fijo, como Induráin en la contrarreloj larga del Tour, a un ritmo constante de una por campanada, que era la única forma posible que su mente de matemático puede concebir comerse las uvas. Pero a mitad del repique, por el tacto y sin dejar de mirar la televisión empezó a darse cuenta de que algo no cuadraba. Después de la octava esa sospecha era ya una realidad, ahí había más uvas que campanadas faltaban, y cuando tan sólo quedaban dos tuvo que tomar una decisión rápida, fiarse de su método y dejar una uva en el cuenco o asumir que se había equivocado en la cuenta y comerse todas. Y optó por esta segunda opción, y al igual que el ciclista navarro hizo un cambio de ritmo para finalizar al sprint comiéndose tres uvas en el intervalo de dos sones.

Una vez acabadas las campanadas la segunda parte del ritual discurrió como siempre. Todos nos levantamos y nos abrazamos y nos besamos y nos deseamos mucha felicidad para el año entrante, y mucha salud que es realmente lo importante, y mucho dinero, que tampoco viene mal y mucho amor, claro, pero eso ya lo tenemos porque todos nos amamos mucho y toda esa serie de cosas que se vienen haciendo y diciendo en España al inicio del 1 de enero desde que en este país hubo aquel excedente de uvas. Hasta Ramón y Germán se abrazaron y se desearon lo mejor, el primero disimulando su confusión y sin contar nada sobre la sorpresa final y el segundo mirando de reojo al primero y haciendo un esfuerzo sobrehumano por contener la risa. Y los demás sin percatarnos de nada empezamos el carrusel de zapping alrededor del interminable carrusel de galas casposas de fin de año y todos abusando del champán, aunque al día siguiente más de uno fuera a tener ardor de estómago y gases un poco más abajo. Cuando una de las cadenas anuncio la conexión con Tenerife para la transmisión de las campanadas canarias, que aunque ellos sean guanches y nosotros godos no dejamos todos de ser súbditos del mismo zángano,

Germán, un poco impaciente y otro poco frustrado de que el otro no diera muestras de nada aprovechó para lanzarle una chinita. “¿Qué, Ramón? ¿Otras campanadas? Doble ración de uvas doble ración de suerte, ¿no? ¿O no dicen eso las matemáticas?”. Todos, incluido el apelado lo dejamos pasar como quien oye llover. Pero al cabo un buen rato y a causa del comecome que sentía por dentro, durante uno de esos números de magia que se repetían en todas las cadenas, todas pretendiendo ser las más originales, Ramón no pudo evitar preguntar, así, como quien no quiere la cosa:

- Oye, ¿a alguno le han tocado once uvas en su cuenco?

Y el otro reventando internamente por fin de satisfacción, intentando responder de la manera más natural posible, pero sin poder evitar un deje de retintín:

- ¿Y eso? ¿te ha pasado algo?
- Nada, que al llegar justo al final juraría que tenía una uva de más y ahora no estoy seguro de si me he tomado 12 ó 13 uvas.

Y entonces mi hermana zanjó el tema con un:

- Anda Ramón, que tonterías dices. En primer lugar, Cristina las ha contado cuando las ha lavado y las ha colocado en cada cuenco, y luego tú has vuelto a contar las de tu cuenco antes de que empezaran las campanadas. Lo que estás es cada vez más viejo. Sí ya estás así, la vejez que me espera va a ser fina.

Y en un principio ahí quedo la cosa. Si alguno de nosotros hubiese sabido o sospechado algo hubiéramos notado como Germán rebullía en su sillón. Y claro, hacer una broma que para él era el sumo del ingenio y de la gracia, que el objeto de la misma fuera su concuñado “favorito” y no poder contarlo, pues era algo que no podía ser. Así que, a los pocos minutos, mientras en la tele echaban lo único interesante de toda la noche, el estreno mundial de la última canción de Vestuta Morla, el grupo favorito de Ramón, como si hubiera estado bajo interrogatorio policial, no pudo más con su propia presión interna y Germán confesó la donación de su uva.

Y claro, se armó la marimorena. O se montó el Belén, que ambas expresiones son válidas y más en esas fechas. Yo pensaba que llegaban a las manos, que afortunadamente no, pero palabras gruesas sí que se escucharon. Y además, el trasiego del champagne y de bebidas espirituosas no ayudaron en nada en que la situación se mantuviese dentro de los límites de cierta urbanidad. Se pusieron de vuelta y media y cada uno llamó al otro lo que llevaban años pensando internamente pero que nunca habían manifestado por respeto a sus respectivas mujeres y porque ambos sabían que iban a tener que tratarse por muchos años. El caso es que la noche terminó con Ramón abandonando la casa dando un portazo que parecía que iba a echar abajo las paredes del piso de mí hermana, con

mi otra hermana llorando a moco tendido y con Germán con sentimientos encontrados. Por un lado, eufórico por haber puesto a ese lechuguino en su sitio, pero en su interior preguntándose si no había calculado mal los efectos de su broma y se había pasado tres pueblos.

El caso es que ninguno nos acordamos del incidente cuando a Ramón, la compañía de seguros del otro conductor le indemnizó con una cantidad muy superior al valor de su coche, o cuando a Germán Hacienda le abrió una inspección aleatoria y a consecuencia de la misma le impuso un multazo de padre y muy señor mío por no declarar el importe de un premio literario. Y tampoco ninguno nos acordamos de nada cuando a Ramón los nuevos jefes chinos le mantuvieron el sueldo y en el nuevo puesto resultó que tenía muchas menos responsabilidades y las tareas le satisfacían mucho más, y ni muchísimo menos pensamos en ello cuando a Germán, a causa de la novena ola del COVID, le cancelaron esas clases magistrales en la universidad californiana que le iban a proporcionar la notoriedad internacional que tanto buscaba y que le iban a suponer el aldabonazo definitivo a su carrera de escritor.

c.q.d. ☺

¡Feliz año nuevo! (Y por si acaso no os olvidéis de poneros las braguitas rojas).

CARTA A LOS REYES

A mi ahijado.
Y a sus padres,
que son quienes realmente se lo merecen.

Podían tener despachos individuales, pero les gustaba compartir espacio, así no se sentían tan solos durante los trescientos sesenta y cuatro días del año que se pasaban encerrados en la oficina y, además, podían consultarse entre ellos las dudas o problemas que pudieran surgir, que eso de repartir regalos parece un trabajo fácil pero luego, como en todos lados, surgen sus dificultades. Y eso fue precisamente lo que sucedió aquella mañana de finales de noviembre. Estaba cada uno de ellos enfrascado en sus cartas cuando Gaspar se levantó y se acercó a la mesa de Melchor, que era la que estaba más cercana a la ventana para así tener mejor luz y le dijo:

- Mira, échale un vistazo a esto, a ver qué te parece.

Después de una lectura rápida le respondió:

- Hum, ¿Qué te hace pensar que no se trata del típico bromista? No es la primera vez que un graciosillo se pasa de listo. O que unos padres que ya no saben qué hacer con el chaval creen que eso va a ayudar a que se enderece.
- No sé, hay algo en la redacción que me hace pensar que se trata de una petición sincera, además, por el estilo sí que parece que la ha escrito un niño de entre ocho y diez años, no creo que se trate de un adolescente que intenta reírse de nosotros.

Entonces Baltasar terció desde el fondo de la sala:

- ¿Qué ocurre?
- La típica carta pidiendo carbón. Carbón de verdad, no carbón dulce. Y solo pide eso. Toma, a ver qué opinas tú.

Después de leerla con atención se puso a teclear en su ordenador y después de unos pocos minutos:

- Pues sí que hay un niño de nueve años que vive en esa dirección de las afueras de Sevilla. Y estoy de acuerdo con Gaspar, la petición parece genuina.
- Entonces, ¿qué hacemos?
- Podría ser un niño con algún tipo de problemas familiares, o sicológicos, o ambos a la vez. Mucho me temo que vas a tener que acercarte para allá a estudiar la situación sobre el terreno.
- ¿Y por qué me tiene que tocar a mí?
- Porque para eso eres el destinatario de la carta. No puedes defraudar a un niño que confía en ti.
- Pues sí que he tenido suerte. Todos los niños que se las dan de originales suelen ser seguidores tuyos, que con eso de ser negrito

te encuentran más exótico, y para uno que da trabajo extra va y me toca a mí.

El caso es que al cabo de unos días y bajo la apariencia de un jubilado se transportó hasta Ciudad Expo para ver si encontraba al niño en cuestión e intentar dilucidar la petición que le había dirigido. Empezó a buscar a su remitente paseando por los jardines de la urbanización y no tardó en identificar a un posible candidato.

En una explanada había un grupo de chavales jugando al fútbol. Cuando la pelota se les escapó lejos del campo un niño que andaba por allí y al que le cayó el balón al lado, en lugar de devolver la pelota a los que estaban jugando, la dio una patada y la mandó aún más lejos. Después se acercó a un grupo que estaban jugando a las chapas. Habían trazado el recorrido sobre la arena. El interfecto se acercó arrastrando los pies y les borro la mitad del circuito. Por último, fue hasta un grupo de niñas que estaban saltando a la comba y se puso a saltar en medio de ellas haciéndolas perder el turno y enredándose con la cuerda.

Sí, no había duda. Ese era el chaval.

Así que se sentó en un banco de una esquina y se puso a dar de comer a las palomas. Y efectivamente no pasó mucho tiempo hasta que el encanto de niño fue hasta donde él estaba y empezó a pedrada limpia con todo pájaro que se acercara a picotear de las migas de pan que él tiraba.

- Pero niño, ¿por qué haces eso? ¿A ti que te han hecho?
- Anda y que se fastidien, si no son más que ratas con alas que van cagándose por todos lados.
- Pero a mí me gusta darles de comer.
- Pues fastídiese usted también.
- ¿Pero por qué tienes que ir molestando a todo el mundo? Mira que eres trasto. Eres peor que un gato rubio. ¿No ves que queda poco para las Navidades y que como sigas así no te van a traer más que carbón?
- Mira que bien, justo lo que les he pedido.
- Pero muchacho, ¿cómo le pides carbón a los reyes?
- Porque sí, porque es mejor.
- A ver que yo lo entienda, ¿cómo va a ser mejor que los reyes te traigan carbón a que te traigan todos los regalos que tú quieras?
- Porque si para que me traigan regalos un día tengo que ser bueno todo el año, no me merece la pena. Total, de los juguetes a los tres días ya ni te acuerdas. Me divierto mucho más haciendo lo que me da la gana durante todo el año que teniendo que ser bueno todo el tiempo.
- ¿Pero no quieres una bici? ¿O una Play? ¿O la camiseta del Sevilla?

El chaval se encogió de hombros y se alejó tirándoles las piedras que le habían sobrado al grupo de niñas que, aprovechando que el viejo había distraído al angelito habían retomado sus saltos.

En la noche entre el cinco y el seis de enero todo discurría de la manera habitual, pero cuando llegaron a las urbanizaciones de Mairena, por primera vez en dos mil años empezaron a ocurrir imprevistos.

A una niña, hija de un alto dirigente socialista de la autonomía, que había escrito a Melchor pidiendo un juego de química le trajeron una cocinita, y a un niño que había pedido a Baltasar la última equipación del Sevilla le trajeron una muñeca que representaba a una princesa vestida con un traje Sisi emperatriz en color rosa fucsia. Pero fue aún peor cuando a una niña que habiendo solicitado a Baltasar una colección de minerales, en lugar de estos, lo que había en el paquete era un montón de piedras normales y corrientes. Y a un chaval cuyo rey favorito era Melchor y al que había pedido una bicicleta, tan solo recibió un paquete lleno de bostas de camello. Curiosamente todos los regalos de Gaspar se ajustaban a la perfección con lo que le habían solicitado sus incondicionales, pero los otros dos reyes estaban tan perplejos con los errores de entrega que no se percataron del detalle, ni tampoco de la sonrisa socarrona que se dibujó en la cara del interfecto.

Al día siguiente, muy temprano por la mañana que es a la hora a la que se despiertan los niños en el día de reyes, se podían escuchar los gritos desesperados de una madre sevillana que decía, “Currito, haz el favor de lavarte las manos” “Curro, dile a tu hijo que se esté quieto” “Currito, ¡que no tiene maldita la gracia!” “Curro, que ya me ha tiznao de negro todas las paredes de su cuarto y del pasillo y que ahora va para el salón. Anda quítale el saco ese de una puñetera vez” “Vamos que la guasa de los reyecitos”.

LOS AUTÉNTICOS REYES MAGOS

A los auténticos Reyes Magos,
que en nuestra infancia nos trajeron toneladas de
ilusión, magia, fantasía y felicidad.

Al entrar al salón te golpeaba un ruido que invadía hasta el último de los rincones, y eso que la habitación era grande, más que grande, inmensa. El sonido ensordecedor procedía principalmente de un televisor enorme que estaba colgando en la pared principal de la sala y que a todo volumen emitía la cabalgata de la capital. Pero había otras muchas fuentes, esta vez todas humanas. La primera un grupo de ancianas sentadas en sofás, sillas y sillones alrededor de la tele. Unas no dejaban de comentar en voz alta las ocurrencias que sesudamente emitían los llamados periodistas del programa, mientras que otras pocas, llevándose la mano a la oreja, no dejaban de preguntar "¿Qué ha dicho?, ¿Qué ha dicho?". Una señora sentada en uno de los sillones principales, regordeta, con cara de torta, el pelo blanco, pero con toques violetas y con una rebeca que iba a juego con el color del pelo no dejaba de reírse de forma escandalosa ante cualquier comentario, bien fuera de la televisión o de sus compañeras. Y otra señora alta y seca, vestida de un negro impoluto, con una dentadura postiza que parecía que se le iba a escapar en cualquier momento, una nariz aguileña que dolía de solo mirarla y una mirada pelín viroja, sentada muy estirada en una silla al lado de la risueña, no hacía más que preguntarle "Encarna, ¿qué ha pasado?, Encarna, ¿de qué te ríes?"

Los hombres se arremolinaban alrededor de mesas de juego. En algunas de ellas se jugaba al mus, y estos no causaban mayor alboroto, excepto cuando acababa una vaca que entonces los que la habían conseguido y los mirones de alrededor de la mesa se carcajeaban y mofaban de los perdedores. En otras, cubiertas por una especie de tapa de mármol, se jugaba al dominó. Aquí el ruido venía producido por el golpear de las fichas sobre el tablero cuando eran depositadas por uno de los jugadores, como si en las reglas del juego se dijera que la ficha debía ser colocada en la mesa de forma violenta y si no la jugada sería anulada. Especialmente ruidoso era un anciano sentado justo detrás del sillón de las televidentes. Era este bajito y enjuto, con una cara con más arrugas que surcos tienen los campos de Castilla. Con pantalón de pana verde, una camisa a cuadros de franela, y una rebeca de color vino tinto con sendas coderas en las mangas. El hombre parecía poca cosa, más bien endeble, pero golpeaba las fichas sobre el tablero de una forma tan impetuosa que en cada uno de sus turnos parecía que iba a partir la losa. Se notaba cuando era el turno de Jacinto porque, a pesar de la televisión y de la tertulia de las señoras de

alrededor, a pesar de las carcajadas de Encarna, a pesar del recochineo de las mesas de mus y de los mirones correspondientes, el choque de su ficha contra la piedra sonaba como un aldabonazo en mitad de la noche.

Sin embargo, en uno de los rincones de la sala, sentado en un sillón orejero, se encontraba sentado un hombre en la más absoluta de las concentraciones. Don Julián vestía de forma implacable con un traje de paño gris marengo, una camisa blanca y una corbata color azul marino casi negro. El pelo blanco y abundante peinado hacia atrás, unos ojos de una azul tan claro que parecían hechos de agua coralina, unas manos firmes y una expresión recia como solo la puede tener un castellano viejo. Delante de él había una mesita baja llena de pequeños recortes de periódico. Con las piernas cruzadas sostenía uno de aquellos recortes y, a través de sus gafas de presbicia de montura dorada, lo escrutaba como si en él estuviera contenida la verdad universal. Parecía mentira que en medio de aquel alboroto que recordaba más a una verbena que a una sala de estudio alguien pudiera lograr tal nivel de concentración. A pesar de su edad la mano sostenía de forma firme el retal de papel y estaba absorto sin prestar la menor atención a todo aquel guirigay enfrascado en la tarea de resolver el problema de ajedrez que aquel pequeño trozo de diario le planteaba.

Entró en la sala una monja batiendo palmas de forma ostentosa para conseguir captar la atención de los jubilados ordenándoles “A cenar, a cenar”. Era bajita y delgada, con el pelo corto y rizado color zanahoria, una sonrisa que te iluminaba el alma y unos ojos que a pesar de estar agotados de tanto contemplar pobreza y de estar hundidos en arrugas por haber estado siempre mirando como ayudar a los demás, eran los ojos más bellos del mundo, ya que eran los ojos de la bondad. Todos, sin excepción, la llamaban Trini. Pero ese uso del diminutivo y la ausencia de tratamiento de cortesía no eran una falta de respeto, todo lo contrario, eran una muestra del cariño que despertaba en todo el mundo y un reconocimiento a su trabajo y abnegación.

En el comedor se sentaban en mesas redondas de diez comensales. No había asientos asignados ni ninguna norma sobre como sentarse, pero todos terminaban por ocupar siempre el mismo sitio en todas las comidas. Jacinto y Amparo compartían mesa con Don Julián. Cuando este se sentó por primera vez en con ellos todos los de la mesa echaron pestes internamente de que ese “cenizo”, entre todos los sitios disponibles del comedor, se hubiera ido a sentar precisamente en “su” mesa, pero la verdad es que, aunque fuera un tipo silencioso que no participaba en las conversaciones, lo que sí que era, era educado. Pedía las cosas por favor y siempre daba las gracias, nunca empezaba a comer hasta que todos estuvieran servidos y siempre estaba pendiente de alcanzar el agua, la sal o el pan a las señoras. A Don Julián le gustaba esta mesa porque al estar

en uno de los rincones del comedor era casi como estar en una casilla de torre, una de las más protegidas y seguras de todo el tablero.

Durante la cena la conversación giró sobre la llegada esa noche de los reyes y en lo que les iban a traer a cada uno. Como en muchas otras cosas los ancianos parecían haber regresado a la infancia y estaban nerviosos como niños pequeños. Don Julián, absorto en una apertura propia que estaba desarrollando no participaba en la conversación, hasta que Encarna, casi sintiendo lástima por él al verle tan aislado le preguntó:

- Y usted Don Julián, ¿Qué es lo que se ha pedido?

A lo que el circunspecto caballero respondió:

- Vamos Doña Encarna, que ya somos mayorcitos para creer en esas tonterías.

Por lo que Jacinto se vio obligado a salir en defensa de la dama sentenciando:

- Con esa actitud está claro que no le van a traer ni carbón.

Lo que provocó la carcajada cascabelera de la señora, más por verse protegida por un caballero que por la manida ocurrencia.

De postre les pusieron Roscón de Reyes relleno de trufa. Don Julián, por supuesto ni lo tocó, y cuando Trini se acercó a la mesa a ver cómo iba todo le preguntó si no le gustaba, a lo que él respondió:

- Sor Trinidad, ha de saber usted que en mi casa el roscón se comía solo en la merienda del día 6, y que yo pienso seguir manteniendo esa costumbre. Esta moda de empezar a comer roscón ya a principios de diciembre es algo que sinceramente no entiendo. Comerlo a todas horas le quita por completo el significado.

A altas horas de la noche, cuando el silencio envolvía todo y las carcajadas de Encarna y los golpetazos de Jacinto eran inimaginables, tres desconocidos cuchicheaban en uno de los recodos de la calle, procurando alejarse lo más posible de las luces.

- Bueno, por donde entramos, yo no he visto ningún sitio por el que podamos colarnos.
- Yo tampoco. La entrada del almacén, que normalmente es la que se dejan abierta, este año está cerrada. Y la puerta de la terraza tiene la persiana bajada.
- Mirad, esta habitación de la esquina es la única que no ha mandado carta. Posiblemente esté vacía. Es un primer piso, da al parque y no tiene cerca ninguna farola. Podríamos forzar la ventana y colarnos por ahí.

Pero cuando accedieron al dormitorio se dieron cuenta por los ronquidos que había una persona durmiendo en la cama. Se miraron sin decir nada,

encogiéndose de hombros como diciéndose, “ya tiene mal arreglo”, y decidieron sin necesidad de intercambiar palabra alguna de seguir con su tarea, saliendo al pasillo de la forma más sigilosa posible cargando con unos sacos que llevaban llenos de paquetes.

A su vuelta al cabo de un rato, ya sin carga, el durmiente seguía roncando de forma plácida. Cuando el de más edad se prestaba a abandonar la habitación y ya pasaba su pierna derecha por encima del alfeizar el segundo de ellos le golpeó por detrás para llamar su atención y, cuando el primero de ellos se volvió, señaló a la persona acostada. El interpelado hizo una mueca como queriendo decir que no sabía muy bien que hacer. En eso el tercero de los desconocidos paseó su mirada por la habitación y reparó en la mesa de la esquina donde había un montón de recortes de periódico, levantó la palma de su mano vacía, como pidiéndoles que esperaran un momento y se puso a rebuscar en el fondo de su saco aparentemente ya vacío. No pasaron más de un par de minutos cuando sacó un bulto que tenía forma como de libro de tamaño medio. Se acercó hasta el escritorio y dejó allí el paquete, encima de los papelajos.

A la mañana siguiente en el comedor, aún más pronto que de costumbre, el bullicio era aún mayor que en la víspera. Todos enseñaban a todos los regalos recibidos sin que ninguno prestara ninguna atención a nadie. A casi todos les habían traído prendas de abrigo, que los reyes además de ser magos son sabios y saben que al pie de la sierra los inviernos son duros y a partir de cierta edad es mejor abrigarse de más que luego lamentarse. Encarna mostraba a la de la nariz aguileña un foulard precioso de color violeta que iba a juego con el color de su pelo y riéndose presumía de lo bien que le quedaba, mientras que Jacinto había sido uno de los más afortunados. Vistiendo una rebeca nueva color burdeos enseñaba a sus compañeros de timba un dominó de elegantes fichas hechas con materiales sintéticos que simulaban ébano y marfil, y con unos remaches que iban a suponer una auténtica prueba a la dureza de cualquier tapa de mármol.

Don Julián sentado en su sitio tenía ante sí un tazón de café ya vacío y un plato con los restos escasos de un buen trozo de roscón que ese día les habían puesto de desayuno. Como siempre, sin interesarse por nada ni nadie y totalmente abstraído en sus estudios hacía caso omiso de lo que acontecía a su alrededor. Con la excitación del momento aún nadie había reparado que ese día en vez de sostener trozos de periódico en la mano sostenía una maquinita electrónica.

Cuando Trini se acercó a dar los buenos días y vio que en el plato apenas quedaban unas migajas le dijo:

- Buenos días, don Julián, veo que hoy se ha levantado con apetito.

¿Le ha gustado el roscón?

- Buenos días, sor Trinidad. Riquísimo. Sin relleno, con fruta escarchada y costras de azúcar. Y se notaba el sabor del agua de azahar. Igualito que el que se compraba en mi casa.

Y entonces Don Julián se levantó y dándole un beso en la mejilla, emocionado le dijo a la monja:

- Muchas gracias, Trini.

Y se volvió a sentar aparentando que se concentraba en su maquinita para disimilar unos ojos humedecidos.

Trini, sin saber que hacer ni que decir se dio la vuelta y se marchó pensando “Decididamente este gachó está cada vez más majareta. Espero que no sea un principio de Alzheimer, que entonces sí que vamos a ir apañaos”.

PRIMERA INFANCIA

La primera vez que lo sintió fue en una noche de verano con un intenso viento del sur, y lo primero que pensó es que se estaba equivocando, o que su olfato le estaba jugando una mala pasada. El olor le llegó mezclado con otros de humo y de carne, y eso fue lo que le hizo tener muchas dudas sobre si sí o si no, y que a la mañana siguiente ni se acordará. La segunda vez fue a media mañana en un día sin ni siquiera una ligera brisa. El aroma le llego de forma intensa y clara y no le cupo ninguna duda: por primera vez estaba oliendo a alguien de su misma especie. Su estupor fue total. Nunca se había encontrado con ninguno y ni siquiera recordaba a sus padres, pues habían fallecido siendo ella aún muy pequeña, hasta el punto de que se había terminado por convencer de que ella era el único ejemplar que había en toda la tierra.

Se acercó de forma sigilosa ocultándose entre los matorrales, y aunque iba contra viento se embadurnó de barro y estiércol para que no pudiera detectarla hasta que ella no estuviera segura de que no suponía amenaza alguna. A medida que se aproximaba el olor le iba llegando con más intensidad y, así mismo, le empezaron a llegar de forma clara los sonidos que producía y una especie de gruñidos que emitía. Cuando estuvo segura de que lo tenía enfrente aparto con precaución el ramaje del arbusto tras el que se escondía y, efectivamente, allí estaba él. Sí, sin lugar a dudas era de su misma especie, y también sin ninguna duda se trataba de una macho, y al igual que ella era poco más que un cachorro. Él también se mantenía erguido, para desplazarse caminaba sobre sus dos piernas y

estaba dotado de dos manos con las que podía agarrar objetos. Era un poco más alto que ella, pero debía tener más o menos el mismo número de estaciones. De piel morena y casi sin pelo en el resto del cuerpo de la cabeza le crecía una melena larga y enmarañada, se conoce que aún no había aprendido a desenredarla. El cuerpo era musculoso y fibroso y tenía una cicatriz profunda y fea en uno de los costados, como si un jabalí le hubiese rajado con uno de sus colmillos.

Al principio se quedó perpleja. No esperaba encontrarse a nadie como ella. Hasta tal punto se había acostumbrado a estar sola en este mundo que ni siquiera en su imaginación se había planteado la posibilidad de que no fuera así. A continuación notó que le invadía una inmensa alegría y a punto estuvo de salir corriendo hacía él y anunciarle la buena noticia de que él tampoco estaba solo. Pero la prudencia y la cautela que la acompañaban siempre la detuvieron antes de delatarse. Por algo había sobrevivido rodeada de animales salvajes y de alimañas. Cierto que era de su misma especie, pero no por eso quedaba descartado que fuera peligroso. Así que decidió vigilarle y observarle hasta estar segura de que descubrirse ante él no le iba a suponer ningún riesgo.

Durante unos días estuvo siguiéndole para así ver y analizar sus costumbres. Al igual que ella, era recolector e iba recogiendo la fruta que había en los arbustos o la que se caía de los árboles y, también como ella, había aprendido que si se tenía hambre no había que esperar a que la fruta cayera al suelo producto de la madurez, sino que gracias a un palo largo y golpeándola también se podía provocar la caída. Al igual que ella era carroñero, y se aprovechaba de los cadáveres de los animales que morían para arrancarles la piel para abrigarse y trozos de carne para alimentarse. Pero él además era cazador. Había afilado el extremo de una rama larga y delgada y lanzándola con gran destreza a pequeños animales como conejos o ardillas muchas veces conseguía acertarles y hacerse con ellos. Sin embargo, él no dormía en una cueva como ella, sino en una pequeña explanada. No sé podía imaginar cómo, pero aparentemente había aprendido a manejar el fuego. Juntaba ramas y por la noche lo encendía a su gusto golpeando dos piedras. Era algo mágico. Esa hoguera le permitía dormir caliente a pesar de hacerlo al aire libre y, al mismo tiempo, ahuyentar a las fieras, por lo que podía dormir de un tirón sin preocuparse de sí estas le iban a atacar o no. Lo más extraño es que también lo usaba para hacer una especie de magia con la carne que arrancaba de los animales muertos o con la de aquellos que él mismo cazaba. La insertaba en ramas puntiagudas y la colocaba un rato sobre las llamas esperando a que estas cambiaran de olor y color, y era entonces cuando se la comía. Ese aroma que emitían esos trozos de gacela o de conejo era lo que la primera vez que le había olfateado la había confundido. Por otro lado, en cuestiones de agua estaba mucho más atrasado que ella. Aún no disponía de recipientes para transportar el agua y bebérsela posteriormente cuando

tuviera sed, ni que estaba mucho más sabrosa si bebías aguas arriba y no en el mismo sitio donde te bañabas.

Un día, cuando estaba convencida de que al ser de la misma especie no sería agresivo con ella, se decidió a mostrarse ante él. Pensó que lo mejor era acercarse despacio, de frente en una explanada amplia, para que así él no se sintiese atacado o no se sobresaltara e hiciese algo raro, pero en contra del viento, para que su olor no le previniera con excesiva antelación.

Así lo hizo una mañana en un amplio claro del bosque en la que él se encontraba arrancando los despojos que quedaban del cadáver de un antílope que los grandes felinos habían cazado y despiezado a primera hora del alba. Ella anduvo todo lo despacio que pudo, controlando su impaciencia. A lo lejos ya pudo observar que, cuando él se dio cuenta de su presencia se quedó completamente inmóvil, como paralizado, observándola. Posiblemente estaba alerta por si ella suponía una amenaza. Pero cuando estuvo más cerca y por fin pudo contemplar sus facciones se dio cuenta de que no era así, que lo que ocurría es que él estaba absorto por su aparición y que el potencial peligro que ella podía haber supuesto ni se le había pasado por la cabeza. En ese momento si ella hubiese querido podría haber acabado con él fácilmente. Pero algo en su interior le decía que ese era el mayor error que podría cometer, que juntos estarían muchísimo mejor. Ya estaba cansada de tanta soledad.

Cuando estaba tan solo a unos pocos metros de él, se paró. Tenía que dejarle tiempo para que reaccionara. Durante unos minutos se quedaron así, frente a frente, mirándose el uno al otro en actitud absolutamente estática, parecía que podrían estar así toda la eternidad. De improvisto él empezó a correr alrededor de ella emitiendo una especie de sonidos guturales que venían a ser algo así como “nî”, “nî”, y así una y otra vez como un auténtico demente. Así un rato largo que parecía que no iba a terminar nunca. Pero en un momento dado se acercó, la cogió de la mano y empezó a tirar de ella en dirección hacia donde ella sabía que esas noches estaba su campamento. Al poco la soltó y, también corriendo, retrocedió de nuevo hasta los restos del antílope del que se había olvidado con su aparición. De forma apresurada arrancó toda la carne que pudo y que podía acarrear y volviendo hasta donde la había dejado empezó a gritar “aaie”, “aaie”, y darle empujones en dirección a donde él dormía. Ella entendió que él quería que le acompañara hasta su lugar y, cuando empezó a andar en esa dirección él pareció tranquilizarse, aunque por el camino todavía le daba algún ligero empujón mientras seguía gruñendo eso de “aaie, aaie”.

Esa noche él realizó para ella el ritual de ofrecer a los dioses la carne conseguida a través del proceso de purificarla con el fuego. Encendió la hoguera invocando a la magia golpeando dos piedras y, cuando surgieron

las llamas las señalo y dijo “Agni”, como diciéndole que cuando ella quisiera pedirle que creara fuego no tenía más que repetir esos sonidos. La verdad es que estaba deliciosa, un sabor completamente nuevo que si no llega ser por él ella jamás habría podido llegar a descubrir. Y lo que era aún mejor, después de la ofrenda la carne se masticaba y se tragaba muchísimo mejor, sin necesidad de rumiarla indefinidamente hasta que estuviera lo suficientemente blanda como para deglutirla.

Al día siguiente él la llevó hasta el claro del río que utilizaba para bañarse y beber. Cuando llegaron él señaló la corriente y dijo “Ibai”. Estaba bien eso de contar con unos sonidos básicos que les permitiera transmitir al otro lo que quería o necesitaba. No recordaba haber visto a ninguna otra especie que usara con ese fin los sonidos que emitían. Para transmitir el peligro por la aparición de un depredador, sí, pero de esta forma, no. Cuando llegaron a la orilla ella le detuvo y levantando la mano le hizo gestos indicándole que esperase. Se bañó y aseó en la parte alta del remanso y después salía y se dirigía a la parte alta y hacía gestos como de beber, para que él comprendiera que era bueno tomar el agua de la zona limpia. Repitió la operación varias veces hasta que él comprendió y la imitó.

Luego fueron a buscar fruta. Él la llevo hasta una zona del bosque donde había una gran cantidad de arbustos con grosellas en el punto de madurez justo para ser recogidas y comidas. Empezaron a comerlas a dos carrillos, de forma golosa, como si fuera lo más exquisito del mundo, mientras lo hacían se empezaron a reír como locos. Entre risa y risa y con la boca llena él no dejaba de repetir “guô”, “guô”. Cuando ya estaban satisfechos aún quedaba una buena cantidad de fruta en los arbustos, y entonces empezaron a cogerlas a puñados y a restregárselas jugando, poniéndose perdidos y tiñéndose la piel de morado. Las risas se convirtieron en carcajadas. Entre risa y juego pudieron demostrarse el uno al otro sus habilidades en la lucha. A ninguno de los dos le faltaban capacidades en ese aspecto, no por nada ambos habían conseguido sobrevivir en la más absoluta soledad en un ambienta tan hostil.

De vuelta a la explanada donde estaban acampados pasaron por un árbol frutal asombroso. Ella no había visto nada tan bello en su vida. El árbol era imponente. Aunque no era el más alto de aquella jungla sí que era majestuoso y delante de él uno no podía por menos que sentirse intimidado. Estaba cargado de una fruta hermosa que ella no conocía, y, lo más extraño es que todas parecían en un punto perfecto de maduración, sin que ninguna pareciese verde y al mismo tiempo no había ninguna que hubiera caído al suelo. El árbol emitía una especie de resplandor, pero al mismo tiempo cada fruta individual estaba dotada de su propio brillo. Ella se sintió conmovida ante tanta belleza y esplendor y se paró a contemplarlo con más detenimiento. Aunque venía saciada del atracón de moras sintió un impulso imparable de probar esa fruta divina, pero cuando

hizo el intento de coger a lanza que él llevaba consigo a fin de varear el árbol, él la apartó, y con una expresión entre seria y temerosa, señalando el cielo con la punta de la lanza y mientras movía la cabeza de un lado a otro repetía con voz asustada, “All-ah”, “All-ah”.

Él la cogió de la mano y empezó a tirar de ella en dirección al campamento alejándola de esa maravilla. Ella no podía dejar de seguir contemplando aquel portento que la atraía de una forma casi magnética, por lo que llevaba la cabeza vuelta y no se fijaba por donde pisaba. En una de esas a punto estuvo de caerse al pisar sin querer un palo que por allí había tirado. Pero el palo no era tal, ya que ante el pisotón se removió, levanto su cabeza, emitiendo un “shhhhhhhhhhh” sacó su legua bífida y la lanzó una tarascada. Afortunadamente él iba tirando de ella de forma firme, por lo que el intento de mordisco de aquel animal viperino se quedó corto. De cualquier forma, notó como un escalofrío recorría su columna, aunque sin saber muy bien por qué prefirió no alertar a su compañero que en su fijación por alejarse de allí de la manera más rápida posible no se percató del incidente.

Al cabo de estar un tiempo conviviendo con él y agradecida por todo lo que la había enseñado y por lo que había compartido con ella sintió la necesidad de hacer lo propio. Le llevo hasta su cueva y le enseño el hábito de dormir a cubierto. La primera noche encendieron la hoguera dentro de la gruta, pero enseguida esta se llenó de humo y a punto estuvieron de morir asfixiados. El segundo día fue a ella la que se le ocurrió la posibilidad de prender el fuego en el exterior de la boca de la gruta. De esta forma podían hacer la ofrenda de la purificación de la comida a los dioses y al mismo tiempo dormir abrigados sin sentir los vientos nocturnos y tener la protección de las llamas ante la amenaza de las bestias.

Los siguientes días fue a ella a la que le toco enseñarle a él los lugares donde había arbustos y árboles frutales, las zonas donde los depredadores solían dejar los restos de sus presas, y los remansos del río que había en esa zona y donde se podían bañar con tranquilidad. También le enseño como podían coger agua en cáscaras de coco o en trozos de madera con forma abombada y así transportarla hasta la cueva, lo que les ahorraba desplazamientos hasta el río, que siempre implicaba el riesgo de tropezarse con una fiera y tener un incidente desagradable y, además, eso también les permitía poder saciar la sed en mitad de la noche o poder beber mientras comían, lo que facilitaba tragar los trozos de carne.

Y así, complementándose el uno al otro hicieron que las condiciones de vida de ambos mejoraran considerablemente. En las estaciones calurosas dormían al aire libre y en las frías o en las noches de lluvia se refugiaban en la cueva protegidos por la hoguera. El saber dominar el fuego les convertía en seres superiores frente al resto de los animales. Estos se lo

reconocían en cierta forma intentando alejarse lo más posible de los dos bípedos. Ella también se sentía de alguna manera superior frente a las otras especies. No era solo el manejo del fuego o el hecho de saber desplazarse sobre dos patas. Había multitud de cosas. El saber usar las manos para agarrar cosas, el saber construir las lanzas o a hacer uso de las cáscaras de coco o de trozos de tronco. Pero sobre todo el reírse juntos y el emitir sonidos para transmitirse necesidades, peligros o estados de ánimo.

En una ocasión en que dormían en la cueva y en la que dejaron la hoguera encendida para ahuyentar a las fieras se despertaron sobresaltados estornudando casi sin poder respirar. Un viento fuerte empujaba el humo hacia el interior, hacía un calor terrible y un resplandor iluminaba todo como si estuvieran en pleno día. Gateando se acercaron a la boca de su guarida y pudieron contemplar el mayor incendio que jamás hubieran podido imaginar. Algo terrible debían de haber hecho para que los dioses se enfurecieran con ellos de aquella manera. Lo peor era la sensación de impotencia, el fuego era tan devastador que si intentaban salir corrían el riesgo de morir abrasados. Así estuvieron varios días hasta que finalmente los dioses se apiadaron de ellos y mandaron una lluvia que extinguió aquel infierno. Para aquel entonces un hambre y una sed tremendas les devoraba las entrañas. Lo primero que hicieron fue acercarse hasta el río para saciar su sed. En el camino pudieron contemplar el efecto terrible de la destrucción. Todas las plantas estaban calcinadas, no había ningún animal a la vista, todos habían huido y, aquellos que no lo habían conseguido por no ser suficientemente rápidos o padecer alguna enfermedad, sus cadáveres no eran más que trozos de carbón de los que se pudiera sacar algún alimento o provecho. Lo más impactante era el silencio absoluto. Esa jungla siempre tan llena de ruidos producidos por la infinidad de especies animales que la habitaban ahora permanecía completamente muda, despojada por completo de todos sus habitantes. Otra cosa terrible era el olor a quemado que penetraba hasta lo más profundo de sus pulmones. Donde antes había vida ahora solo se podía encontrar desolación.

Una vez satisfecha su sed empezaron a buscar comida. Nada, no había absolutamente nada. Encontraron algunos cadáveres que no estaban totalmente quemados, pero los buitres ya habían dado buena cuenta de los pocos restos aprovechables. El río arrastraba los restos de algunos que habían intentado refugiarse en sus aguas huyendo de las ramas, pero el estado de putrefacción era tal que les era imposible hincarles el diente. Por la noche se vieron forzados a volver a su gruta con el estómago tan vació como estaba esa mañana cuando la habían abandonado.

A los días siguientes continuaron con su búsqueda de comida, pero con el mismo éxito que el primer día. Lo peor es que la extenuación les iba invadiendo por lo que su radio de acción iba disminuyendo en vez de ir aumentando y claro, siempre se topaban con los mismos restos asquerosos

e inutilizables. ¿Cuándo volverían el resto de los animales? ¿Cuándo volverían a crecer las plantas y ofrecerles sus frutos? Tal y como la debilidad se iba ensañando con ellos muy probablemente no fuera a tiempo para que ellos se salvaran.

Un día ella tenía tan pocas fuerzas que no pudo ni levantarse, tan solo podía permanecer tumbada y la mayor parte del tiempo dormitando. Al principio él permaneció a su lado, pero en una de las veces en los que recuperó el sentido noto que él ya no estaba allí. Muy posiblemente su instinto de supervivencia había hecho que abandonara al animal enfermo y débil de la manada. En su interior ella se alegró por él, cuando se sintió débil había intentado decírselo, pero no había tenido energía ni para gruñir. Cayó en un sopor profundo, posiblemente el último. Esa sería la única forma de que esos calambrazos terribles y dolorosos que la corroían las entrañas desaparecieran.

Pero finalmente algo la zarandeó y se despertó. Él estaba allí, había vuelto. En la cáscara de un coco había agua y enfrente de ella había un pequeño montón de aquella fruta brillante y mágica que vieron aquel día. ¡Claro! ¡El árbol sagrado había sobrevivido al fuego devastador! Los dioses no podían permitir que la fuente de su comida se quemara. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? La fruta estaba tan hermosa y viva como cuando colgaba de las ramas del árbol, como si el hecho de haberla arrancado no la hubiera alterado lo más mínimo. Mientras le decía, “Guô, achaa, jan, jan”, él la acerco una para que la probara. Un sabor placentero y jugoso inundó primero su boca y luego todo su ser. Jamás había probado nada tan sabroso. Es más, su imaginación jamás hubiera sido capaz de soñar con algo así. Con razón los dioses se reservaban esa fruta exclusivamente para ellos. Inmediatamente notó como la vida volvía a su ser. Él cogió el coco para que pudiera beber un trago de agua y, cuando se inclinó para volver a colocar el coco en el suelo con cuidado de no derramar su contenido, la cicatriz que él tenía en el costado y que tanto le había llamado la atención la primera vez que se encontraron cara a cara quedó delante de sus ojos. Ese feo costurón en el cuerpo del joven le hizo recordar a aquella serpiente que sin querer había pisado el día que la mostró el árbol divino. Y entonces supo que los dioses no les perdonarían la osadía de haberles robado su comida favorita. Al igual que aquel día frente al reptil, un escalofrío helador y terrorífico la recorrió la espalda. Sin duda los dioses se lo harían pagar y les castigarían. Ese era el precio que tendrían que pagar por haber sobrevivido al infierno.

CARTA DE DESPEDIDA

Bueno, ya solo le quedaba escribir la carta, pero primero tenía que decidir a quien se la iba a dirigir. No era lo mismo que se la escribiera a su mujer, o a sus hermanos, o que fuera impersonal. Esa era una decisión importante, al fin y al cabo, era lo último que iba a hacer, sobre ella iban a hablar mucho en los próximos días sus familiares, los compañeros de trabajo y sus conocidos, y seguro que el contenido iba a ser recordado. Ya está, iría dirigida a su mujer, “Querida Natalia,”. No, mejor sin lo de querida, Natalia a secas, que esa hija de puta viera claramente el desprecio absoluto que había llegado a sentir por ella, que fuera consciente de que ella era la culpable de que hubiera llegado a dar ese paso, que no la cupiera ninguna duda y así los remordimientos la martirizaran durante el resto de su vida. Claro que, tal vez hasta le daba una alegría. Teniendo en cuenta que de un plumazo se iba a quedar con todo su patrimonio, iba a recibir una pensión de viudedad y se iba a librar de él, para ella no era mal negocio. Pero por eso tenía que ir dirigida a ella, para que, si el arrepentimiento no la torturaba, por lo menos los vecinos y los amigos supieran el pedazo de bicho que era y quedara estigmatizada para el resto de sus días. Pero lo tenía que hacer de una manera impecable. Que la redacción fuera elegante y cuidada. Que se viera que lo hacía empujado por como ella le había amargado la vida, tenía que estar escrita sutilmente, que pareciera que le estaba dando las gracias por haber compartido la vida con él, pero que entre líneas, sin que pareciese que era esa su intención, se notara como esa bruja le había machacado.

Pero ¿y su hija? ¿Cómo iba a irse de este mundo sin despedirse de su hija? No, eso no podía ser, quedaría como un desalmado. No, de eso nada. La carta tenía que ir dirigida a su hija. Escribiría una carta enternecedora que conmoviese hasta a las personas con el corazón de piedra. Claro que, entonces, la otra arpía se iba a ir de rositas. Sí escribía una carta a su hija y deslizaba reproches a la madre entonces la gente iba a creer que era una mala persona, ¿qué clase de padre hacía eso? Sí escribía a su hija, y no había ninguna otra posibilidad, entonces sí que tendría que ser tremendamente sutil, y no estaba seguro de ser capaz de eso, y mucho menos con el estado anímico en el que se encontraba.

Otra opción era escribir al juez. Eso es, dirigiría la carta al juez donde aprovecharía para expresar el amor a su hija y para reprochar a la otra toda la hiel que le había hecho tragar. Pero ¿no iba a quedar eso muy peliculero? ¿No iba a dar la impresión de que en el fondo lo que tenía eran ganas de llamar la atención? No tenía muy claro si escribir algo impersonal a un simple funcionario, porque un juez no deja de ser un empleado del estado, era lo último que quería hacer en esta vida. Además, tendría que

ser algo aséptico, frío, y eso era lo opuesto a como era él y a como quería que le recordaran.

Otra cosa a resolver era, ¿cómo escribía la carta? ¿Escribía una nota en el ordenador y dejaba este encendido? Eso no tenía clase, no era elegante. ¿Lo mandaba por WhatsApp a sus contactos? Pero ¿a qué contactos? ¿Solo a algunos elegidos cuidadosamente? ¿O a toda la lista de contactos del móvil? No, que las redes sociales son muy peligrosas y seguro que acababa por convertirse en el hazmerreír de todo el mundo. Posiblemente se acabarían cachondeando de él hasta en la China. No, tenía que ser algo escrito sobre papel y además de su puño y letra. Con clase, con elegancia. Hay que saberse ir con dignidad. Pero en esos momentos no tenía papel de carta en la casa, hacía años que no escribía ninguna y claro, tenía cuadernos de espiral, una de esas libretas de notas de tapas negras y banda elástica que una vez su hermana le había regalado, y un par de agendas sin tocar del año de la pana. Podía arrancar una hoja de cualquiera de ellas, pero la idea le desagradaba, siempre la había molestado arrancar hojas de los cuadernos, por mucho cuidado con que lo hicieras siempre quedaban restos feos en la hoja y en el blog que le incomodaban. Además, una carta tenía que ir escrita en papel de carta y con pluma o lápiz. Sobres si tenía, hace unos años se compró un taco de sobres de papel de seda para así poder entregar los donativos en las bodas en las que los novios preferían dinero en vez de regalos, que era cada vez más frecuente. Algo limpio y práctico que les venía mejor a los novios y simplificaba el trámite a los invitados.

Así que salió a la calle a comprar el papel de carta. Iría a la papelería de la esquina, la de Conchita, la de toda la vida. Por el camino decidiría lo del destinatario. Ese iba a ser su último paseo, así que tenía que disfrutarlo. Pese a ser invierno hacía un día precioso, soleado y resplandeciente. El sol le iba dando en la cara y era como si los rayos de luz le fueran acariciando la piel. Un lujazo. En la papelería tuvo que esperar un rato. No le importó, total, no tenía prisa, podría esperar toda la vida. Conchita se quedó un poco asombrada ante la petición, hacía mucho que nadie le pedía nada así y a mano no lo tenía, tuvo que ir al almacén en la parte de atrás a buscarlo y le costó dar con él. Normal, siempre había sido una inútil. Aún se acordaba de que fue a ella misma a quien le encargaron las tarjetas de visita que Natalia y él se hicieron justo después de casarse y la muy torpe escribió su apellido con acento, cuando en la nota del encargo estaba sin él. La muy tonta se había atrevido a corregirle, como si él no supiera escribir su propio apellido. Y encima se quejó cuando le dijo que tenía que repetirlas. Pero bueno, el caso es que en esta ocasión le dio un papel de primera calidad y, además, no era el momento de hacerse mala sangre. No se iba a ir al otro barrio cabreado por la torpeza de hace años de una inepta. En el camino de vuelta se le ocurrió la solución, escribiría dos cartas: una a su hija llena de amor paternal demostrando lo grandísima

persona que era y la gran pérdida que iba a suponer para la comunidad su marcha, y otra al señor juez, donde podría permitirse el lujo de echar las culpas tanto a su mujer como a su jefe. Les pondría a los dos a caer de un guindo, así mataba dos pájaros de un tiro. Y nunca mejor dicho, menudo par de pajarracos de mal agüero eran esos dos.

Nada más llegar a su casa se puso a escribir. Al final opto por escribir a lápiz, siempre le pareció más elegante y además tenía la ventaja de que la mina no manchaba. Con las estilográficas, por muy buenas que fueran, por mucha calidad que tuviera la tinta y por mucho cuidado que pusiera, siempre terminaba con los dedos perdidos y con algún manchurrón en el papel. Empezó con la de su hija, que para esa necesitaba estar tranquilo. Le salió una carta muy emotiva, siempre se le habían dado bien los textos sentimentaloides. Cuando la terminó hasta él mismo se emocionó. Y después la del señor juez. Joder, ¡que a gusto se quedó! Puso a ese par de bichos de vuelta y media, y eso que se contuvo para que no diese la impresión de que se estaba ensañando. A efectos legales no iba a valer de mucho, al fin y al cabo, no denunciaba ningún delito y ni tan siquiera serviría para que el juez desheredará a la arpía, pero en la familia se recordaría para siempre y cada vez que alguien hablara de ella o de él, seguro que la cartita saldría a colación. La parte de su jefe serviría para que sus compañeros se divirtieran durante unos días en las charlas de la máquina de café y, quien sabe, tal vez desde el consejo le degradarían, que esas cosas nunca les gustan a los grandes gerifaltes. Y si no le degradaban al menos sí que serviría de impedimento para futuros ascensos.

Con una sensación de satisfacción por haber resuelto tan bien el asunto de las misivas fue hasta el cajón de las herramientas a buscar la cuerda que tenía allí guardada desde hacía unos días. Mientras hacía el nudo corredizo no podía dejar de recordar los dos textos. Los dos le gustaban, pero el dirigido a su señoría le encantaba. Le había quedado de dulce, poniendo los puntos sobre las íes, sin caer en la zafiedad había puesto negro sobre blanco lo que ese par de mierdas, cada uno por su lado y en su ámbito habían hecho para llevarle hasta ese punto. Pero bueno, ya pronto terminaría todo. Total, a él ya plin, lo que pasase después para él sería indiferente. Pero para que las cartas tuvieran sentido tenía que dar ese último paso. Lo sentía por su hija. Pobrecita, se le partía el alma pensando en ella. Pero en esta vida, y hasta en esta muerte, para todo hay que pagar un precio.

Se subió a una silla y ató con un nudo fijo el extremo suelto de la cuerda a la lámpara del salón que Natalia había heredado de su madre, se pasó el nudo corredizo por la cabeza y se lo ajusto al cuello como si fuera una corbata puesta a la inversa. Se puso muy estirado, muy rígido en la silla y haciendo fuerza con las piernas la empujo hacia atrás alejándola lo más

posible de sí. Calló con fuerza, noto como la cuerda se apretaba contra su cuello y como al hacerlo le quemaba la piel e inmediatamente un frenazo en seco y el inicio de un balanceo. La cuerda le iba asfixiando y apenas podía tomar aire, a este paso el proceso iba a durar poco. Pero ¿Dónde estaba la silla? ¿Por qué había tenido que empujarla alejándola tanto de él? Ahora no había nada que pudiera hacer, solo notar espantado como la vida se le iba escapando poco a poco con cada bocanada de aire.

Y de pronto cayó envuelto en un estrépito y en una nube de yeso. Sintió un dolor terrible en las piernas y en la espalda y oyó el ruido metálico de la lámpara al golpear con el suelo. No estaba muerto, de eso estaba seguro, pero no podía moverse. ¿Se habría quedado paralítico? No, paralítico no debía haberse quedado porque sentía el dolor. Era tan intenso que le impedía hacer ningún movimiento, se debía haber roto algún hueso de las piernas. Eso debía ser. Intentó gritar, pero no pudo emitir sonido alguno, la cuerda estaba apretada con tanta fuerza que apenas le dejaba inspirar un hilillo de aire. Además, si intentaba chillar el roce de la maroma contra la quemadura en su cuello le producía un dolor intensísimo. Así que lo único que le quedaba era esperar a que llegara alguien, su situación no era tan desesperada, tan solo tenía que estarse quieto y tarde o temprano su mujer o su hija volverían a casa y llamarían a una ambulancia que le ayudaría. Como mucho unos días de hospital y estaría recuperado.

Empezó a pasar el tiempo y cada minuto le parecía una eternidad. La quemazón del cuello era horrorosa, pero peor aún era el dolor que le llegaba desde la espalda y especialmente desde las piernas, probablemente se había roto varios huesos en ambas. De estar tumbado sobre las baldosas empezó a sentir frío, mucho frío. ¿Dónde estaba su mujer? Ya hacía tiempo que debería haber pasado la hora en que normalmente llegaba a casa. Precisamente hoy tenía que retrasarse. Por Dios, ¡qué llegase de una vez y le ayudase!

Entonces oyó abrirse la puerta de la calle y el sonido inconfundible de sus pasos sobre los tacones. Escuchó como se dirigía al dormitorio e intentó llamar su atención, únicamente le salieron una especie de gemidos, “Naaaa, Naa…”. Esperó. Por Dios, ¿Por qué no venía? ¿Es que no iba a encontrarle nunca?

Y por fin los pasos se aproximaron al salón y entraron en el cuarto. Ya debería haberle visto. ¿Por qué no gritaba? ¿Por qué no hacía nada? Escuchó claramente el rasgarse un papel. Las cartas, se había olvidado completamente de las cartas. No pasaron más de un par de minutos y entonces el segundo rasguido abriendo el segundo sobre. Y al poco tiempo la oyó decir:

- Cielo, ven a casa, creo que tu padre te necesita.

- …
- No, no es urgente. Termina primero lo que estés haciendo. Él te espera, seguro que no se va a ir a ningún lado.

Así que estaba tan cabreada que no iba a ayudarle, iba a dejarle ahí tirado esperando que su hija volviera a casa a saber a qué hora. Ni en esos momentos y en esas circunstancias esa hijadeputa se iba a compadecer de él.

Pasaron unos minutos y la volvió a escuchar hablar:

- Hola, cariño.
- …
- Sí, ya sé que nos acabamos de ver, pero no te vas a creer lo que se le ha ocurrido hacer el subnormal de tu subordinado.
- …

Y así siguió un rato largo, hasta que termino de hablar y la escuchó como se acercaba a la cocina, como descorchaba una botella de vino y como se servía una copa.

SUCESIÓN

La única luz que había en la habitación era un potente foco dirigido hacía el sillón en el que se sentaba a leer. Así era como le gustaba; todo a oscuras y un potente haz iluminando el libro que sostenía en sus manos. Le ayudaba a concentrarse, a sumergirse de pleno en la lectura. Apenas se distinguía su perfil o cuanto le rodeaba, tan solo se percibía un hombre alto con unas manos seguras y viriles sujetando un grueso tomo. El foco sí le iluminaba la parte superior del cuerpo por lo que se podía ver claramente que vestía un traje de raya diplomática de buen paño y mejor corte, una camisa de un blanco inmaculado y con puños de doble vuelta para gemelos, una corbata de seda italiana con un discreto estampado, y alrededor del cuello una gruesa cadena de oro que dejaba caer sobre el pecho un carnero del mismo metal. La luz también permitía ver la parte inferior de la cara con una barbilla bien definida revestida por una barba canosa bien cuidada, una boca acostumbrada a dar órdenes y el final de una nariz afilada. El resto de los rasgos se difuminaban en la penumbra, pero en lo alto de la cabeza era imposible no percibir la silueta inconfundible de una corona. Sobre el regazo, entre el cuerpo y el libro reposaba un bastón de mando que en la parte superior estaba rematado por una bola de cristal. La habitación olía a cuero y a materiales nobles, y el silencio y la oscuridad dotaban a la sala de una atmosfera solemne, casi majestuosa.

Nadie en palacio entendía esa liturgia de lectura en la que le gustaba sumergirse todos los sábados por la noche, y la que menos la entendía era su mujer. Al principio había intentado explicárselo con mucha paciencia y con los ejemplos más sencillos que había sido capaz de encontrar, pero sin ningún éxito. A ella eso de la tradición le pillaba muy de refilón, en algo tenía que notarse que no era más que una plebeya. Pero bueno, no importaba, ya cuando la escogió entre sus súbditas y al no tener el mismo origen regio sabía que ese tipo de incomprensiones se darían en un momento u otro. Sin embargo, en todo lo referente al protocolo, era sorprendente lo bien que la pobre se había adaptado. Era admirable lo rápido que se había acostumbrado y lo bien que hacía que el servicio se comportara de la manera adecuada sin permitir en ningún momento ningún tipo de cercanía. Y no solo con ellos, que ese era dentro de lo que cabe terreno fácil, también con los miembros de la aristocracia y de la diplomacia, o con los miembros de la clase política con los que se veían obligados a tratar en los distintos actos. Familiaridades ninguna, que una cosa era ser una democracia y otra muy distinta traspasar ciertos límites. Que se empieza con un trato cercano y al final, sin que te des cuenta, se acaba desmoronando el mito de la institución, y él no estaba dispuesto a de pronto tener que salir corriendo y acabar viviendo en una jaula de oro en un paraíso bancario o en una satrapía. Que el oro estaba muy bien y a toda la familia, incluyendo a la plebeya, les gustaba mucho. Pero en forma de lingotes, no de barrotes.

Para él esos momentos eran de suma importancia. Podría parecer todo un acto de vanidad o de inmadurez, pero era todo lo contrario. El peso de la corona en realidad le hacía sentir todo el peso de la institución. Asir el cetro le transmitía la responsabilidad que tenía hacia sus vasallos y el deber que había contraído con ellos para dotarles de un marco político estable que les permitiera vivir en libertad mientras el país podía gozar de una prosperidad económica y de un prestigio internacional. La insignia de la orden de caballería colgando sobre su cuello le conectaba con sus antecesores que, con su valor, su esfuerzo, y a veces hasta con su sangre, habían contribuido a desarrollar esos reinos e imperios de los que había surgido la Europa actual. No, no era ningún capricho. Portar esos símbolos de forma periódica en el silencio de la noche palaciega era una forma de recordarse a sí mismo sus obligaciones y su compromiso para con su pueblo. En realidad, eso era lo que había heredado, no una corona, un reino, o unas cuantas cuentas corrientes en diversos países paradisiacos. La prueba de que la herencia comportaba más sacrificios que ventajas era que incluso para disfrutar de esos objetos que habían pertenecido a su familia durante siglos, el jefe de su Casa había tenido que dar muchas explicaciones y garantías a los responsables de Patrimonio Nacional para que le permitieran su uso semanal, y, aun así, los muy canallas habían puesto mil y un impedimentos. Pero ¿acaso esa corona no era suya?, ¿acaso no le habían coronado, a él, delante de las cortes generales reunidas en sesión extraordinaria y frente al presidente de gobierno, el jefe del Estado Mayor los presidentes del Tribunal Constitucional y del Consejo General del Poder General? Que la joya perteneciera a patrimonio no era más que un tecnicismo legal y una triquiñuela para aparentar maneras democráticas. Luego bien que se mostraban serviles. Por supuesto que dejar esos tesoros en manos de otro cualquiera supondría una temeridad, pero él, él había nacido para portarlos, sin él esos objetos, por mucha simbología que contuvieran, perdían todo su significado y no se convertían más que en vulgares joyas que cualquier orfebre podría crear. Pero claro, eso era algo que ni su esposa, por la que no corría sangre azul por sus venas, ni el jefe de su Casa, que por muy monárquico que fuera no dejaba de ser un vulgar funcionario, podrían entender. Porque no era una cuestión de entender, era una cuestión de sentir desde lo más profundo del ser, era algo que tan solo estaba a su alcance, y al de su hija.

La lectura de aquellos gruesos tomos, mientras que para la gente común podría constituir un placer, pero él no era más que otra obligación pues tenía que estar preparado para mantener una conversación al máximo nivel con otros dignatarios y personalidades. Muchos tenían la imagen equivocada que su vida no era más que una sucesión de placeres y divertimentos. El asistir continuamente a cenas de gala, el tener que competir en regatas internacionales en elegantes clubs de vela al mando del timón de los veleros más sofisticados, el tener que viajar alrededor del

mundo de palacio en palacio a bordo de aviones puestos a su disposición, en realidad eran para él tremendos sacrificios. Por ejemplo, en esta noche de sábado, en vez de estar por ahí con sus amigotes él se encontraba en aquella sala de palacio enfrascado en la lectura de aquel mamotreto con las obras completas de Quino para así, cuando dentro de unos días presidiera la entrega de los premios “Pérez Galdós” a las letras latinoamericanas poder luego departir con toda aquella caterva de intelectuales con los que se vería obligado a hablar durante el transcurso de una interminable cena de no sé cuántos manjares.

En la soledad sepulcral de la noche, cuando más concentrado estaba en la lectura de la obra del intelectual argentino, notó como un escalofrío que, comenzando en lo más alto de la cruz que coronaba la corona que portaba, le recorrió como un rayo todo el espinazo hasta llegar al hueso sacro, provocándole un espasmo muy real.

Ahí, en esa misma sala, había una presencia. No le cabía la menor duda. ¿Sería tal vez Don Rodrigo que, orgulloso de su obra y de lo mucho que estaba haciendo por realzar el antiguo reino asturiano, cuna de sus actuales dominios, se le aparecía para agradecerle todos sus desvelos? ¿O puede qué se tratara del segundo de sus homónimos que de manera catolicísima rigió los destinos del sacro imperio católico y que venía a reconocerle todos sus esfuerzos por continuar con su obra? De momento el ente no se manifestaba, pero él estaba seguro de qué algo o alguien le estaba haciendo compañía. Armándose del valor que había aprendido a desarrollar para poder enfrentarse de higos a brevas a su esposa, con voz profunda se dirigió al ser inquiriéndole:

- Si deseas algo, por favor dime, y si está en mi mano cuenta con ello.

Y una voz aguda, de una juventud que no hace mucho que ha abandonado la adolescencia le saludo.

- Buenas noches papi, con esta oscuridad y este silencio no sabía si estabas despierto. Anda que, menudo mamotreto te estás endilgando.

Al escuchar la voz de su hija mayor sintió una mezcla de alivio y de cabreo. De alivio al comprobar que no se trataba de un ánima del más allá, y de cabreo por las horas intempestivas en que la joven venía a importunarle.

- Buenas noches. A menudas horas llegas, luego los escoltas se me quejan de que les haces trasnochar en exceso y de que así no pueden conciliar su vida familiar. ¿De dónde vienes? ¿No te habrás mezclado en exceso con la plebe? Ya sabes que contemporizar un poco está bien, pero en pequeñas cantidades, que, si no, pones en riesgo tu seguridad, y como heredera que eres eso no es aceptable.

- Tranqui papi, que hemos estado toda la noche en el chalé de La Moraleja de Borja Mari. Éramos bastantes, pero todos de buena familia.

- ¿Cómo de buena? ¿Todos de La Moraleja o de La Finca?

- Bueno, había un par de Somosaguas.

- Hija mía, ten cuidado, que empiezas por relacionarte con gente de Somosaguas, luego pasas a tratar a gente de Chamberí o de Moncloa, y a saber con qué tipo de chusma acabas tratando.

- Vale papuchi, te prometo que tendré más cuidado, pero no era de eso de lo que quería hablarte.

- ¿Tiene que ser ahora? ¿No puede esperar a mañana?

- Jope, es que por el día no hay forma de pillarte a solas sin que esté delante mamá, y esto es un tema importante que me gustaría contarte a ti primero.

Últimamente desde la Jefatura de su Casa le venían insistiendo en que era muy importante que hiciera un esfuerzo por empatizar lo más posible con la gente, que eso le haría ser percibido como un rey cercano, y a eso se dedicaba, empatizando a diestra y siniestra con gente por la que no sentía ninguna cercanía, pero en esta ocasión, y recordado el carácter de su esposa, empatizó rápidamente y sin ningún esfuerzo con su heredera.

- Está bien hija, cuéntame. Ya le pediré a mi gabinete que me haga un resumen de esta obra. De todas formas, es demasiado sesuda para que la asimile yo solo sin la orientación filosófica correspondiente.

La niña dio un par de pasos y se acercó hasta los bordes del foco de luz donde él se encontraba.

- Verás papa, es que he conocido a alguien con quien tengo una relación estable, y me gustaría que lo supieras antes de que se haga público en los medios de comunicación.

- Ah, muy bien hija mía. Me tendrás que dar los datos para que el CNI haga la investigación correspondiente.

- Ni se os ocurra papi, como Luzhia se entere de que el CNI la investiga se va a enfadar muchísimo. Capaz es de liarla en su canal de Tiktok.

- ¿Cómo has dicho? ¿Lucía? ¿Y quién es Lucía? ¿La madre de tu chico?

- No papi, no. Luzhia. Con z y h intercalada. Y no es la madre de nadie, es el nombre de mi pareja.

La falta de luz impidió que la niña contemplará el gesto de inmensa perplejidad que se reflejó en el rostro del padre, pero se lo pudo imaginar en el balbuceo que se apoderó de su voz.

- ¿Có…? ¿Có…? ¿Cómo dices? ¿Lu…? ¿Lu…? ¿Luzhi…zhia?

- Sí, eso es. Luzhia.

- Pero, pero entonces, entonces sois…

La larga experiencia diplomática que había adquirido a través con su participación es innumerables cumbres internacionales con otros Jefes de Estado le hizo comprender, antes de pronunciarla, que la palabra que iba a utilizar tal vez no fuera la más apropiada, así que en el último momento la cambió por otra más aceptable.

- ¿…lesbianas?

- Uy, no, que va papi. Que anticuado estás. No, Luzhia es líquida.

- ¿Qué es qué?

Cada vez estaba más estupefacto. Decididamente la conversación se le estaba escapando de las manos.

- Líquida, papi. Líquida.

- Ah, vale. Entiendo.

Respondió sin en realidad entender nada de lo que su hija le estaba contando. No sabía si seguir preguntando o de si dar por terminada la conversación en ese punto. Mucho se temía que cuanto más supiera sobre aquel asunto las cosas irían aún a peor. Desde luego lo que no se podía imaginar era como la situación podría mejorar. Pero era su responsabilidad de padre y de Jefe de Estado, así que armándose de todo el valor que adquirió en su paso por las distintas academias militares decidió continuar para llegar hasta el fondo de ese asunto, fuera ese el que fuera.

- Entonces, tú, tú… ¿Tú eres sólida?

- Ay papuchi, que gracioso eres. A veces se me olvida del sentido del humor tan agudo que tienes. Con razón todo el mundo se muere de ganas de que les toque en tu mesa en las bodas reales. No papa, no. Yo soy bi.

- ¿Bi qué?

- Ay, papi, ¡déjalo ya! Ya sabes, bi. Y viendo que el otro no añadía nada más añadió. Bi, ¡bisexual!

Ya no se pudo contener más y se levantó de un salto. El movimiento fue tan brusco que provocó que su tocado se cayera y rebotando sobre las espesas alfombras que cubrían el suelo del salón produjera un amortiguado sonido a lata, con la tensión causada por una conversación tan incómoda ya se había olvidado de que en ese momento su egregia cabeza estaba coronada. Dando grandes zancadas por el cuarto no pudo evitar alzar también la voz, cosa realmente rara en él.

- Pero ¡Qué disparate! ¡Cómo va a ser bisexual la próxima reina del país! ¡Eso no es posible! Es más, es imposible.

- Anda, ¿cómo va a ser imposible? Pero si hoy en día es la cosa más normal del mundo. Además, si lo piensas bien es mucho más adecuado. Así podré satisfacer a todos mis súbditos sin discriminar a ninguno por razón de género.

- ¿Y para eso te mandamos a uno de los internados internacionales más caros del mundo a costa del presupuesto? ¡Que hay que ver cómo nos pusieron! Si lo llegamos a saber te mandamos a un instituto cualquiera de una barriada humilde. Que sepas que a punto estuvimos de matricularte en uno del Barrio Salamanca, pero tu madre no quería que te mezclaras tanto con la clase trabajadora, pensaba que podía ser perjudicial para tu formación y que la opción internacional era mucho más adecuada de cara a las relaciones futuras que tendrás con la élite mundial y las principales familias del orbe.

- Sí lo del internado os lo agradezco muchísimo. Allí fue donde me abrieron los ojos. Había una princesa saudí, Alina, que era una auténtica maga usando el consolador. Aún me pongo húmeda cada vez que pienso en ella.

- Hija mía, me alegro mucho de que te acuerdes con tanto cariño de tus amigas y precisamente para eso te mandamos a ese colegio, para que establecieras relaciones con las familias que lideran el mundo y que siempre nos han proporcionado buenos recursos y que nos han acogido en tiempos de dificultad, pero llorar por echar de menos a una amiga del instituto me parece un exceso de sensiblería. Además, sí tanto necesitabas consuelo ¿por qué no acudiste a tu confesor?

- Tienes razón papi, no creo que ninguna de nosotras se pueda olvidar nunca de esas primeras relaciones que mantuvimos. Pero con el padre O’Brian jamás se me hubiera ocurrido. No estoy segura, pero creo que él prefería otro tipo de pecadores.

Una vez más se le despertó su instinto marinero desarrollado en infinitas horas de regata y algo en su interior le aconsejo que era mejor virar el rumbo de la conversación hacía aguas más tranquilas.

- Y esa tal Luzhia, ¿A qué se dedica? ¿Cómo se gana la vida?

- Luzhia, papi, sin el “esa tal”, que queda como despectivo. Y es influencer.

- ¿Influ qué?

- Influencer papi. In-flu-en-cer, dijo resaltando cada sílaba al ver la cara de incomprensión de su progenitor.

- ¿Y eso de influencer, ¿qué es?, sí es que puede saberse.

- Pues eso, influencer. Que cuelgan cosas en las redes sociales y con eso influyen a la gente y crean tendencia. Y con eso ganan dinero.

- ¿Y cómo ganan dinero por poner cosas en las redes sociales?

- Ay papi, cuando te bloqueas es que no puedo contigo. Pues eso, las marcas les pagan para que creen tendencia a favor de unos productos determinados.

- No sé, eso de que les paguen las marcas… ya verás como, a costa de la influencer algún periodista tendencioso nos acusa de tráfico de influencias. Acuérdate de por la que pasamos a causa del tito, hay que aprender de los errores del pasado. Porque la verdad es que a mí eso de influencer me suena raro.

- Anda papi, pero si hoy en día es de lo más in. El influencer de hoy en día viene a ser como el periodista del siglo XXI. ¡Hay que modernizarse! No sería la primera de la familia, la prima ya se dedica a ello. Además, tampoco tiene porque haber ningún problema. Mami también trabajaba en la tele cuando os conocisteis y cuando os casasteis empezó a vivir del cuento haciendo como que apoya causas solidarias.

Ante la mención de la boda volvió a reanudar sus idas y venidas a lo largo de la sala, y sin saber muy bien cómo abordar el tema se aclaró primero la garganta emitiendo un par de carraspeos para ganar así un poco de tiempo.

- Bueno, sobre eso de la boda, no termino de verlo claro. En primer lugar, y si no me equivoco, las declaraciones del Papa actual a favor del matrimonio homosexual se refieren siempre fuera del marco de la iglesia, nunca en una ceremonia católica, y, en segundo lugar, eso de que las dos recorráis el pasillo de una catedral gótica vestidas de blanco, sería un poco confuso, las cámaras no sabrían a quién enfocar y el público no distinguiría quién es la heredera, y eso es lo más importante. Aunque he de reconocer que tal vez sí que sea una muy buena oportunidad para conseguir el apoyo para la institución de tus amigas las influencers esas.

Y envalentonado por lo bien que le empezaban a fluir las ideas una vez que habían dejado atrás el espinoso tema sexual y habían comenzado a tratar asuntos de protocolo, en los que se sentía mucho más cómodo, así que se atrevió a improvisar:

- Claro, que tal vez tú te podrías casar con el traje de oficial de la marina real. Es con diferencia el más elegante del de los tres ejércitos y eso evitaría que hubiera dos novias vestidas de blanco una al lado de la otra.

- Decididamente papi, estás perdidísimo. Yo creía que estabas más familiarizado con la realidad de hoy en día del país. Claro que, no me extraña, entre el marcaje de mami y el encerrarte en esta biblioteca a leerte estos mamotretos intelectuales. De recorrer pasillos de catedrales ni hablar. Queremos celebrar una ceremonia simbólica, sin ningún valor religioso ni civil, en una cala de una isla perdida.

- ¿Cómo que ceremonia simbólica? ¿Y cómo que en una cala de una isla perdida? Si no lo formalizáis entonces tu pareja no podrá ser reina consorte. Y casaros tenéis que casaros por la iglesia, que para eso se dejaron tus antepasados la sangre en la reconquista. ¡Qué no se te olvide que por algo descendemos de los reyes más católicos que jamás ha tenido reino alguno! Aunque lo de la cala, a eso hay que darle una vuelta, tal vez eso no sea tan mala idea. Eso sí que sería el marco incomparable para tu traje de oficial de la marina y al mismo tiempo apoyamos el turismo, que es una de las principales fuentes de riqueza del país. Pero de una isla perdida ni hablar, tendría que ser en las cercanías del palacio de verano y así le cargamos todos los gastos a patrimonio y de paso les devuelvo la pelota por lo estrictos que se ponen en que use la corona cada vez que me apetezca. ¡A ver si aprenden que con el rey no se juega!

- Eso de por la iglesia católica, ¿por qué? ¿No es tu reino un país aconfesional? Pues nosotros, como primera familia del mismo, deberíamos dar ejemplo de esa aconfesionalidad. Y lo de regularizar la unión, por supuesto, a ver si te crees que mi novia va a ser la primera pareja de un miembro de la familia real que renuncie a vivir del presupuesto, que Luzhia puede ser cualquier cosa, pero tonta desde luego no es. Para eso está el registro de parejas de hecho. Pues nos registramos y punto. A ver si por ser la heredera también voy a salir perjudicada en eso. Estoy dispuesta a ser la primera a sacrificarme por mi país, pero discriminaciones, ninguna. En esto también quiero que demos ejemplo. Piénsalo como una muestra clara de modernización de la institución. Y da gracias, que en un principio nos habíamos planteado celebrar una ceremonia budista.

- Pues mira lo de la ceremonia budista no es tan mala idea. Esa sí que es una posibilidad interesante. Así podríamos invitar al Dalái Lama. Qué entre su túnica y tu uniforme de gala iban a salir unas fotografías que iban a

hacer que los primos de Londres se murieran de envidia, con lo engreídos que son.

- Mira, lo de ir vestida con el traje de oficial de marina, no te lo he dicho antes para no quitarte la ilusión de golpe, pero que sepas que estamos pensando en una boda natural. Lo más ecológica posible.

- ¿Natural? ¿Ecológica? Pero entonces, ¿no habrá jamón? Verás como nos van a poner por no promocionar la gastronomía nacional.

- No papi, no. No me refiero a eso. Por supuesto que todos los productos serán orgánicos, y claro que espero que haya abundancia de jamón y queso que por supuesto tendrán que donar de bóbilis bóbilis los principales productores nacionales de esos manjares. Aunque tanto Luzhia como yo seamos veganas, ese sacrificio sí que estamos dispuestas a realizarlo por el bien del país. Me refiero a que será una boda nudista.

La referencia a una posible boda nudista le hizo palidecer. Por un momento se imaginó al tito Charles y a su actual mujer tal y como Dios les trajo al mundo y casi le da algo. Pero cuando lo pensó un poco más fue aún mucho peor, porque enseguida se dio cuenta de que con una boda donde una de las contrayentes, con unos hábitos sexuales más que sospechosos, y todas sus amigas completamente desnudas en una cala, mantener a su padre en el exilio iba a ser una misión imposible. Esa sí que iba a ser una cacería y no la de Botsuana. Tan solo de imaginarlo le entraron unos sudores fríos. Esto había que cortarlo por lo sano.

- Mira, deja ya de decir insensateces. Tú te casas por lo católico, en la catedral que designen los de patrimonio, y vestida como un merengue. Lo más que te permito es que, si no quieres, el elegido no tiene por qué tener sangre azul, siempre que el CNI de su visto bueno. Si quieres que sea Borja Mari. Pues Borja Mari. Pero sí no, que sepas que estoy dispuesto a desheredarte.

- Me da igual, aunque me desheredes pienso seguir siendo reina.

- ¿A sí? ¿Y cómo es eso posible?

- Pues mira igual que tú, que renunciaste a la herencia del abu y ahí estás, luciendo corona.

- No te permito esas impertinencias. El respeto a las tradiciones es algo fundamental para mantener el prestigio de la institución.

- Pues como te opongas la pensamos liar parda en las redes sociales. Tu veto a nuestras tendencias sexuales va a sentar fatal en muchos sectores de la población. Vas a quedar como un carca, vamos a ver cómo le sienta eso a la institución. Además, seguro que la ministra de Igualdad nos apoya.

- ¿Me estás amenazando?

- No papi. Tan sólo quiero que seas razonable. Nosotras también estamos dispuestas a hacer concesiones. Que sepas que si, al igual que hizo el abu, quieres hacer uso del derecho de pernada, Luzhia está dispuesta a pasar por eso si tú lo impones como condición, para que veas que no tenemos nada en contra de las tradiciones per se.

- No me nombres al abuelo, no me lo nombres. ¿No sabes que no se nombra la soga en casa del ahorcado? ¿Pero qué te han enseñado tus preceptores?

Agotado por la conversación y viéndose cada vez más acorralado decidió dar fin a la misma antes de adquirir algún compromiso con su hija por el que luego su mujer le montará una escena.

- Mira, lo mejor es que todo esto lo hables con tu madre mañana. Que para esas cosas de bodas os entendéis mucho mejor entre mujeres.

La joven se dio la vuelta y mientras salía de la habitación las gruesas alfombras silenciaban el sonido de sus pasos. Lo que si se pudo oír, y bien claro, fue el último de sus comentarios.

- No, sí ya me lo había avisado Luzhia, que no perdiera el tiempo contigo. Qué para qué, que donde hay patrón no manda reyezuelo.

Todavía le costó un rato recuperarse una vez que su hija se hubo marchado. Cuando lo hizo se acercó al mullido butacón y volvió a sentarse retomando la lectura del grueso volumen. Pero no conseguía concentrarse, le faltaba algo. Y entonces recordó que la corona había salido rodando a las primeras de cambio ante el primer disparate. Se acercó a recogerla, pero al tacto noto algo raro. Acercándola al foco de luz para examinarla detenidamente comprobó que con el golpe de la caída a la joya se le habían producido algunos desconchones. ¡La que iban a montar los de patrimonio! Ahora, ¿Cómo lo explicaba? Fijo que no se la volvían a dejar. Un momento, había algo que no le cuadraba. Mirando con atención y raspando con la uña del índice pudo comprobar que, ¡aquello no era más que hojalata normal y corriente recubierta con pan de oro!

En mitad de la silenciosa y solitaria noche, en los terrenos del antiguo terreno de caza de la no menos antigua familia real se escuchó un grito desgarrador que decía:

“Hijosdeputaaaaaaa”

El chillido fue tan espeluznante que todos los innumerables animales con cornamenta que habitaban el viejo coto real donde estaba construido al

actual palacio residencia se estremecieron hasta lo más profundo de su ser.

CAGANER

Para mí cuñá.

Yo sé que es una obsesión que raya la enfermedad, pero lo cierto es que no puedo evitarlo, es superior a mis fuerzas. Me digo a mí mismo “Roberto, esto está mal, esto no deberías hacerlo”, pero el caso es que cuando me levanto por la mañana lo primero que hago es ir al retrete a sentarme a pensar un rato y, una vez que he terminado, primero me lavo las manos y luego tiro de la cadena, y cuando hago esto último me quedo como hipnotizado contemplando como la cascada de agua hace girar mis pensamientos hasta que finalmente se los lleva cañerías abajo. Suelen ser consistentes y sólidos, he de confesar que funciono bastante bien de vientre y, por eso, por unos instantes se quedan girando como auténticos troncos atrapados en los remolinos de un río, como si se resistieran a ser engullidos. El caso es que si a lo largo del día tengo otra vez necesidad de ir al baño no siento ese impulso hipnótico de quedarme mirando, es tan solo con la deposición de primera hora de la mañana, como si el día no empezará hasta no cumplir ese ritual, como esas instituciones en las que la primera actividad del día ha de ser, obligatoria e inexorablemente, el izado de bandera.

Esta mañana, una vez satisfechas las necesidades fisiológicas y cumplido con el protocolo me he planteado en que orden realizar las tareas del día. Hoy comienzo las vacaciones de Navidad y por la tarde llegan mi hermano y mi cuñada para pasar unos días, así que toca limpieza general del apartamento en el que vivo en el barrio de Palos. Pero también tengo que poner el nacimiento, y así, de buenas a primeras no sé por dónde empezar. Si primero monto el Belén luego me molestará a la hora de hacer limpieza, pero si lo hago al revés posiblemente vuelva a manchar lo ya limpiado.

Como el apartamento es pequeño, apenas un dormitorio y un baño y el salón con cocina americana, seguro que tendré tiempo para todo, así que decido seguir el orden lógico y comenzar por la decoración navideña y dejar las labores de aseo para por la tarde, que como llegan a Atocha en el AVE de las 7, aunque la estación está al lado del piso, yo creo que habré terminado para cuando llamen al telefonillo. Pero, en cualquier caso, lo primero es salir a hacer la compra. De productos de limpieza voy bien servido, que de uno podrán decir muchas cosas, pero lo que nunca podrán decir es que soy un guarro. De comida y bebida son imprescindibles las cervezas para mi hermano y el rioja para mi cuñada, buen jamón y buen queso para el tapeo, y para el desayuno naranjas para hacer zumo, nescafé para mi hermano, y pan de pueblo, mantequilla con sal y mermelada de naranjas amargas para las tostadas. Más no hace falta, que la cena de Nochebuena y la comida de Navidad serán en casa de mis hermanas, cada día en la de una, y para el resto ya tomaremos algo por los bares del barrio

que de eso está bien surtido, por ejemplo las Bodegas Rosell, que es uno de los preferidos de mi hermana Ángeles y donde siempre hay un ambientazo y se come de muerte. Para el nacimiento me hará falta el serrín, el musgo artificial, el papel de embalar azul y marrón, y la anilina blanca y verde. Para simular el río usaré el papel de plata que tengo para guardar comida en el frigo, las luces las de todos los años, y como figuritas la colección de caganers que he ido haciendo a lo largo del tiempo, cada navidad uno nuevo. Para todos los personajes representados en el nacimiento uso uno de ellos, me da igual que sean pastores, lavanderas, reyes magos, ángeles, Herodes, San José o la Virgen. En todos los casos, caganer al canto. El único papel sin asignar es el del niño, ahí coloco una cuna vacía. Eso sí, mis caganers representan pastores o pastoras vestidos y caracterizados a la manera de los belenes napolitanos de toda la vida, esas modernidades de cantantes de rock o famosillos de televisión, nada de nada. Como mucho unos pocos vestidos de payeses, que no dejan de ser campesinos humildes. Pero esa es la máxima concesión que estoy dispuesto a admitir. Hace unos años mi cuñada me regaló uno de un jugador camerunés que jugaba en el Barça y lo siento mucho, pero no lo pongo. No pinta nada. Siempre que vienen por navidades me da miedo de que lo eche en falta y me suelte alguna indirecta, pero he de reconocer que siempre ha sido muy discreta y nunca me ha dicho nada, hasta el punto de que he llegado a creer que ni se acuerda de que me lo regaló.

Algunos se creen que dejo el hueco del niño Jesús por respeto, pero la verdad es que lo hago porque nunca he encontrado una figurita que se ajuste al papel. Muchas veces he estado tentado de poner a un antiguo presidente de la Generalitat Catalana, que como era muy bajito y calvo podría dar el pego, pero no me termina de convencer, es que tiene cara de viejo y, como político que era, siempre le representan vestido con traje y corbata, y claro, no me convence. Tal vez si estuviera en pelota picada…

El belén lo he montado en la mesa de despacho que tengo en el salón-comedor-cocina. Ocupa gran parte de la habitación, que es en la que voy a dormir yo, en el sofá, pero no importa, son tan solo unos días y lo importante es que los pasemos juntos. Aunque no lo he podido hacer muy grande me ha quedado apañao. De todas formas, no sé cómo lo hago, por mucho que esfuerzo que le pongo nunca consigo que me quede igual que el que hacíamos con mi padre. En primera línea pongo las figuritas más grandes y al fondo las más pequeñas, y así consigo cierta sensación de profundidad. Como Virgen María, como lavandera y como molinera utilizó unas caganers mujeres que encontré en un mercadillo navideño de Tarragona donde fui con Marta a pasar el puente de diciembre. No sabía que fuera tan bonita, creo que fue Luis el que me comentó que era patrimonio de la humanidad y la verdad que con el AVE te plantas en un santiamén, merece mucho la pena. El caso es que fue allí cuando descubrí que también hay caganers mujeres, hasta en eso ha llegado la igualdad, en

Madrid nunca las había visto. Estoy siempre hablando de las figuritas tradicionales, claro, que en plan moderno por supuesto que las hay representando a Hilary Clinton o a Mafalda. Este año han sacado uno de Rosalía. El que no he visto ha sido uno de Ayuso, la verdad es que sería un puntazo. El caso es que cuando vi aquellas pastorcillas en cuclillas haciendo sus necesidades enseguida me hice con ellas. Sin lavandera y sin molinera puede pasar un Belén, pero sin virgen no hay manera. Y poner a un varón con toda la barba en ese papel es demasiado provocativo hasta para mí. Como reyes magos uso tres defecantes blancos. Negrito y vestido de forma tradicional sí que no he encontrado. Hasta el último momento he estado dudando si poner al jugador del Barça, pero al final no lo he hecho. No porque sea del Barça, que a mí eso del fútbol me trae sin cuidado, si no por ser futbolista, que eso en un nacimiento queda como en un cristo dos pistolas. El lugar del niño lo he tenido que dejar vacío. Como aún estamos antes del supuesto nacimiento eso ahora no importa. Hay mucha gente que deja el pesebre vacío hasta el veinticinco, pero una vez llegado el día de Navidad va a quedar un poco raro, pero bueno, ya estoy acostumbrado. Por algo se le llama “el misterio”.

He terminado de montarlo justo a la hora del almuerzo y ya no me daba tiempo a prepararme nada de comer. Además, no era plan de ponerse a cocinar que, aunque tengo un extractor de humos de primera, con la cocina americana se les podía pegar a los pastorcillos tufo a comida. Y por si fuera poco estaba cansado y por la tarde aún me esperaba un buen tute. Así que me he acercado hasta “el Soria” a tomarme un bocata de calamares.

A la vuelta no me ha dado tiempo ni a echarme la siesta, y eso que para mí eso sí que es sagrado. Pero me he puesto enseguida con la limpieza. Como el apartamento es chico el polvo lo he pasado rápido. Con el aspirador he tardado un poco más para asegurarme de que en la sala no quedaba nada de serrín, musgo artificial o de la harina que he usado para simular la nieve. Es increíble por los rincones que se meten este tipo de cosas. Yo pensaba que con poner atención alrededor del lugar de donde lo había montado sería suficiente, pero qué va, aparecían restos ocres, verdes y blancos todas partes. Y eso que al aplicarlos tuve mucho cuidado, pero daba la impresión de que los había esparcido a conciencia por toda la habitación. Después he cambiado las sábanas a la cama y les he preparado un juego de toallas limpias para cada uno. Y lo que más tiempo me ha llevado a sido el baño. Que, aunque seamos familia ahí sí que hay que emplearse a conciencia. El lavabo, el sillón de pensar por dentro y por fuera y el plato de ducha. Y bien de lejía, que huela mucho a limpio, que eso siempre les gusta a los invitados, les da confianza. Justo acababa de colgar el delantal y me estaba lavando las manos cuando ha sonado el telefonillo. Eran ellos a la hora prevista. Es un gustazo la puntualidad del

AVE, y como hasta casa se viene desde la estación dando un paseo no hay posibilidad de encontrarse con un atasco.

Venían sonrientes, con ganas de pasar las fiestas. Ahora, al hacer el viaje en tren llegan mucho más descansados. Cuando venían en coche llegaban derrengados, que son muchas horas, pero claro, al mudarme al centro el aparcamiento les supone un problema y aunque el billete de los dos les salé más caro que la gasolina les merece la pena poder despreocuparse del automóvil una vez aquí. Movernos lo podemos hacer en metro e incluso andando, que al fin y al cabo el centro de Madrid no deja de ser un pañuelo.

En cuanto han dejado en el cuarto el maletón que traían para los dos mi cuñada me ha dado un regalito que me traían. “Toma cuñao, que como el pasado puente hemos estado en Bruselas con Paco y Marioli nos hemos acordado de ti y te hemos traído esto”. Aunque el paquete era pequeño la envoltura traía casi más celo que papel, así que me ha costado abrirlo, y cuando lo he hecho me he encontrado con una reproducción a pequeña escala del Manneken Pis. Justo del tamaño que tendría que tener el niño Jesús para estar a juego con el resto de las figuritas del belén. No sé ni cuantas veces le he dado las gracias, sin yo esperarlo me ha resuelto el problema del hueco de la figura central. Así que enseguida lo he colocado sobre el pesebre. Debe ser el primer niño Jesús que está de pie sobre su cuna, pero teniendo en cuenta que el resto de las figuras están todas agachadas a mí me parece el remate perfecto. Después de todos se supone que los pastorcillos están ahí adorando al niño, y además tiene su lógica que en un reino de cagones el meón sea el rey. Cuando se han ido al cuarto a deshacer la maleta he aprovechado para subirme en una silla y sacar del altillo donde guardo las cosas de poco uso la figura del caganer camerunés para colocarla como uno de los tres reyes magos, colocando al blanquito que ocupaba su lugar entre el círculo de pastores payeses. Tampoco es tan importante tener un rey mago vestido del Barça, ¿acaso no son magos? No sé si se habrán dado cuenta, para mí que sí, porque cuando íbamos camino del ascensor para bajar a tomar una caña mi cuñada me ha guiñado un ojo, como si fuese un gesto de complicidad, y en ese momento en particular no venía muy a cuento.

EN EL CAMERINO

Nada más cerrar la puerta apoyó su espalda en ella y allí se quedó recostada sintiendo la madera contra su piel. Abrió las palmas de la mano en toda su extensión y también las colocó sobre la hoja. Escuchaba perfectamente los gritos, silbidos y aplausos del público, pero también a través de su carne apoyada en la puerta le llegaba toda la vibración que había en esos momentos en el estadio. De esta forma todo el estrés acumulado a lo largo de las dos horas largas de concierto le iba abandonando al mismo tiempo que el público abandonaba el local. Era su momento. Era un placer casi sexual. Como cuando el vapor va abandonando la olla haciendo girar y pitar a la válvula, pero poco a poco reduciendo la velocidad de giro y el tono del silbido hasta que pasa toda la excitación y esa falta de adrenalina que hasta hace pocos segundos inundaba sus neuronas, paradójicamente ahora es lo que le proporciona placer. Le encantaba, era lo que más le gustaba de actuar en directo, mucho más que el contacto con sus fans, más que los aplausos, más que el ritmo repetitivo e hipnótico del woofer que, al igual que un martillo pilón te machaca con los sonidos más graves del bajo y del bombo hasta que llega al centro mismo de tu ser y te deja con la sensibilidad en carne viva, expuesta a todo tipo de emociones.

Pero esta vez no la dejaron disfrutar de su momento hasta el final, hasta que todo el vapor hubiera abandonado la olla. Mira que su equipo sabía perfectamente que no había que molestarla en esos instantes, que quería y necesitaba estar sola. Pero cuando aún se podía escuchar a los más rezagados de su público abandonando el estadio tarareando sus canciones noto un puño fuerte y recio golpeando el otro lado de la hoja de una forma tan enérgica que hizo que su cabeza rebotara en la madera, e inmediatamente el vozarrón de Maguila, su guardaespaldas, preguntando

- Valeria, ¿estás presentable?

Joder, ¿qué coño quería decir con presentable? Sí no la había dado tiempo ni a ducharse y ponerse encima un albornoz. Si aún estaba empapada en su propio sudor y vestida con el último de los trajes del vestuario de la actuación, que sexy, provocativo y moderno era un rato largo, pero cómodo, lo que se dice cómodo, pues no lo era mucho, que de ajustado que era le apretaba hasta el píloro. Esperaba que no fuera por unos periodistas. No, por eso no podía ser, Maguila sabía muy bien que por eso se podía ganar una bronca bien gorda, debía de ser por algo importante.

- Joder, Magui, que no me has dado tiempo ni a ducharme, ¿de qué se trata?
- Son doña Leonor y don Ricardo.

Joder, los Rupérez, la cacatúa y el baboso. Hacía tiempo que ni se acordaba de ellos, ¿qué carajo habían ido a hacer allí? Cómo tardaba en contestar, el

guardaespaldas con una voz ya un poco más insegura y temiendo haber metido la pata, añadió:

- Los Rupérez. Dicen que son como unos padres para ti, que son tus padres españoles.

¿Sus padres? ¿Ese par de vejestorios mezquinos? ¡Qué más quisieran! Si para ella volverles a ver era como si la sacaran las muelas sin anestesia, una de las últimas cosas que le apetecía hacer en esta vida. Pero si algo era la hija de su madre, era educada. Que si no les trataba bien ese par de harpías eran muy capaces de llamarla a Callao a quejarse y a abochornar a la pobre. Así que, echando mano de las pocas fuerzas que había recuperado en esos breves instantes que había podido estar sola recostada contra la puerta, se dio la vuelta y, pintando en su cara una sonrisa mezcla de ilusión y de alegría, giro el picaporte para abrir de golpe.

El cuerpazo de Maguila prácticamente tapaba todo el pasillo y apenas dejaba ver a los dos vejestorios que, en cuanto se abrió la puerta, empezaron a hacer unos esfuerzos casi sobrehumanos para pasar entre el escaso hueco que había entre la inmensidad de las carnes del guardaespaldas y las paredes del pasillo.

Estaban igual. Igual de asquerosos. Pero mucho más viejos. Ella con esa nariz ganchuda que parecía que estaba hecha para ir aspirando el suelo según andaba, esas gafas de culo de vaso y esa sonrisa que de tan falsa que era parecía de plástico. Él con ese pelo pajizo, más que blanco, descolorido, con esa piel que se le caía a cachos, que parecía que tuviera caspa por todo el cuerpo y las orejas coloradas, que parecían permanentemente desolladas, como si todos los días fueran su cumpleaños y toda la brigada paracaidista le acabara de felicitar.

Lo más chocante eran como iban vestidos. Él con un traje gris marengo, unos zapatos negros de cordones, y una corbata de tonos discretos que se veía bien buena, probablemente de seda italiana. Ella con un traje de chaqueta y falda de tonos morados y unos botones de pedrería, una estela de visón sintético, unos zapatos de medio tacón, y unas medias gruesas antilujuriosas que la debían estar haciendo sudar la gota gorda. Le hubiera gustado haberlos visto entre el público, que con la ropa que llevaba alguna de las que iban a verla muchas veces no había tela ni para hacer un bikini. Sus fans tenían que haber flipado. Si hasta para un concierto en el Auditorio iban vestidos viejunos.

Los dos sonrientes, muy sonrientes, como si verla fuera la mayor alegría que les pudiera dar la vida.

- ¡Valeria! ¡Bonita! ¡Qué alegría!

Con esa voz tan desagradable que parecía más el graznido de un grajo que el sonido emitido por una garganta humana.

- ¡Doña Leonor! ¡Don Ricardo! ¡Qué sorpresa! Pero ¿qué hacen ustedes aquí?

Fue ella la encargada de responder a esa pregunta, que en presencia de su mujer él apenas se atrevía a abrir la boca si no era para asentir, alabar o confirmar cualquier cosa que esta dijera.

- Pues ya ves guapa, que este vio un cartel en la parada del autobús anunciando tu concierto y claro, ¿cómo íbamos a perdérnoslo? Teníamos que estar aquí, apoyándote, como hemos hecho siempre. Y en cuanto ha terminado pues nada, nos hemos venido para acá a saludarte y a darte un par de besos.

¿Apoyarla? Pero sí siempre le estaban diciendo que eso del cante no eran más que los sueños de Juanita la Fantástica y que lo mejor que podía hacer era olvidarse de ello. Si hasta la llegaron a prohibir canturrear en el piso mientras pasaba el polvo o cocinaba diciendo que esa era una casa decente y que qué iban a pensar los vecinos. Si cuando pidió un par de días libres para aquel concurso de talentos de la tele se los negaron alegando que cómo se las iban a apañar ellos sin ella.

Afortunadamente estuvieron solos poco tiempo, enseguida Magui abrió la puerta acompañando a varios periodistas, el de “Rockdelux”, la de “Top 40”, y la última becaria de “El Dominical”. El guardaespaldas, al saber que ya había gente en el camerino esta vez no se molestó ni en llamar a la puerta. Es más, al salir la dejó abierta, en unos pocos minutos el camerino se iba a convertir en una casa de locos. Pero Doña Leonor siguió con su cantilena.

- Y es que no sabes lo contentos que estamos por ti y lo orgullosos que estamos de tu éxito. Pero no solo nosotros, todo el mundo en el barrio. Estamos tan contentos de que uno de los nuestros haya triunfado. Es como si hubiéramos triunfado todos.

¿Uno de los suyos? Pero si nunca la tragaron. Si siempre la miraban por encima del hombro. En el casino, cuando iba a llevar un mensaje a don Ricardo, siempre la hacían esperar fuera, daba igual que cayeran chuzos de punta o que hiciera un frío siberiano, que las chicas de servicio no podían pasar. Y las amigas de ella eran aún peor, que cuando iban a la casa a tomar el té con pastas le iban pidiendo las cosas una a una y así tenía que dar mil paseos hasta la cocina. Que si ahora una servilleta, y luego un vaso de agua, y después la sacarina, y así un auténtico rosario de peticiones que cuando finalmente se iban estaba derrengadita perdida. Y nunca un por favor o un gracias, y siempre mirándola por encima del hombro. Y en el edificio nada de usar el ascensor, que era para los señores, que las asistentas tenían que subir por las escaleras, aunque viniera del mercado cargada como una mula y el ascensor estuviera desocupado, no fuera a ser que de pronto lo necesitara uno de los propietarios y que claro, no iban a esperar a que a ella le diera la gana dejarlo libre.

Llegó otro grupo de periodistas. Esta vez reconoció a un par de críticos musicales de periódicos de tirada nacional y a otros dos de programas nocturnos de radio. Todos la miraban sin comprender que estaba haciendo con ese par de vejestorios. El de “Rockdelux” y la de “Top 40” empezaban a impacientarse e intentaban meterse entre ella y los Rupérez. A la becaria le pesaba la inexperiencia y aún no se atrevía a inmiscuirse. Pero doña Leonor continuaba impasible, como si solo estuvieran ellos tres y dispusieran de todo el tiempo del mundo. Ella no sabía cómo indicarles que era su obligación profesional atender a aquellos señores, pero no quería hacer nada para importunar a aquel matrimonio tan inoportuno, que fue su propia madre la que le consiguió colocarla en aquella casa y no quería que le fueran con el cuento de que no les había tratado con corrección.

- Y que sepas que tenemos recortados todos las entrevistas y los artículos que salen sobre ti en los periódicos. A las visitas siempre se los enseñamos y les contamos que eres casi una hija para nosotros, nuestra hija peruana, que te acogimos cuando llegaste a Madrid a labrarte tu futuro. El disco no nos le hemos podido comprar porque por lo visto hoy en día eso se hace a través de un ordenador o una Tablet o algo así.

¿Qué la acogieron? Claro que la acogieron, para ponerla a trabajar como una mula a cambio de una miseria. Que cuando se enteró de lo que cobraban sus compatriotas que también servían en otras casas del barrio le dijeron que es que su salario era inferior porque ellos eran una muy buena familia y que tenía que estar agradecida. También decían que es que la comida que le daban era de primera, cuando en realidad en esa casa tan solo se comía legumbres viudas a las que para dar sabor llevaban usando el mismo hueso de jamón desde hace años, que de tanto hervirlo el pobre se estaba quedando transparente.

Los periodistas se estaban empezando a impacientar y a arremolinarse alrededor de tan desigual trío. Más de uno tendría prisa para hacerla las preguntas de rigor para poder redactar la crónica y mandarla al periódico o a la emisora de turno. Menos mal que ahí Maguila si estuvo listo y empezó a sacar el buffet para calmarles. De momento, el ibérico y la priva les tendrían entretenidos un rato.

Por fin, el baboso de don Ricardo, sin poder separar la mirada del top de licra sudado, reunió el valor suficiente para abrir la boca delante de su sargento y balbucir

- Y que vestuario tan variado que llevas. Ahí que ver que bien te queda y que guapa estás.

¿Guapa? Claro que para ese asqueroso estaba guapa, aunque hubiese salido vestida de monja clarisa la hubiera encontrado guapa. Si todavía se acordaba como procuraba cruzarse siempre con ella por el pasillo

para arrimarla cebolleta. Que tener el más mínimo roce con ese Tutankamón viviente a ella le daba un asco que creía que iba a vomitar. Y como cuando su señora salía buscaba cualquier excusa para ir hasta su dormitorio y abrir la puerta sin llamar para ver si la pillaba cambiándose. Y mientras se duchaba menos mal que se acordaba siempre de echar el pestillo, que si doña Leonor no estaba en casa él no dejaba de intentarlo y ella podía sentir desde dentro como el repugnante de él forcejeaba con el picaporte. Y como la acechaba para ver si en sus tareas se tenía que agachar y así mirarla el escote. Que llegó a pensar que le iba a provocar un estrabismo crónico.

En eso empezaron a llegar los del club de fans. Entre todos lo que llegaron en seguida reconoció a la presidenta, que como top llevaba un pañuelo medio suelto que no dejaba lugar para que la imaginación fantaseara con la forma de sus pechos, ya que los enseñaba generosamente, y al tesorero, que llevaba los pantalones abrochados a medio muslo y una camiseta ajustada que parecía que iba a reventar de lo apretada que le quedaba en ese pecho inflado por el consumo continuado de esteroides.

La cacatúa retomó el hilo de la conversación.

- Y tu madre, ¿qué tal por Callao? Con lo que tienes que estar ganando seguro que la has podido retirar y comprarla un buen piso, que ese era el sueño de su vida. Pero vamos, que por lo que cuentan seguro que aun así a ti te tiene que quedar un buen pellizco. Que dicen por la tele que te has comprado una casa en Miami enfrente de la de Alejandro Sanz.

¿Su madre? ¿Qué le importaría a esa señora su madre? Sí cuando se juntaba con doña Sofía, su amiga íntima y para la que trabajaba su pobre mama, podía escuchar cómo se reían de ella. La mucama, la indita, la panchita, que auténticos esfuerzos tenía que hacer para contenerse y no tirarse encima de ese par de brujas a arañarles la cara y a tirarles de los moños resecos de laca que gastaban. ¿Y esa alusión al dinero? ¿A cuento de que venía? ¿Qué le importaría a ese espantapájaros lo que ella ganaba o dejaba de ganar?

Al fondo del camerino empezaba a haber movimiento. El tesorero del club de fans estaba preparando unas rayitas. Don Ricardo no se había dado ni cuenta, claro, absorto como estaba a los vaivenes del pecho de la presidenta, pero la otra, esa claro que se había dado cuenta, a esa y a su mirada de buitre no se les escapaba nada. Empezó a poner cara de no estar a gusto. Esa cara que ponía cuando algo la desagradaba, esa expresión que prácticamente era su expresión habitual y que ella conocía muy bien, cara como de acabar de oler un cuesco en mal estado.

Pero antes de irse le dio tiempo a añadir.

- No has extrañado un poco que no nos avisaras de que actuabas en la ciudad y de que no nos invitaras. Pero bueno, eso es lo de menos, ahora que nos hemos reencontrado no tenemos que perder otra vez el contacto. Que tenemos muchas cosas de que hablar, que ya sabes que para nosotros eres como una hija. No te molestamos más que vemos que tienes invitados.

Y se dio media vuelta y se marchó arrastrando al marido que, absorto en mirar los pechos turgentes de la presidenta era incapaz de dar un paso por sí mismo.

Al verlos marchar de la habitación sí que sintió, por fin, como todo el vapor acumulado abandonaba de golpe la olla a presión. Pero algo tenía que hacer. Por sus fans y por los periodistas, que no se dijera. Así que se acercó hasta la bandejita de plata que sujetaba el tesorero y de una tacada aspiró de golpe las dos rayas más hermosas que allí había, una por narina, para continuación girarse, agarrar a la presidenta para plantarla un buen morreo mientras la magreaba los desbordantes pechos bamboleantes. Así estos dos verían fortalecida su posición en el club y los reporteros tendrían algo picante que incluir en sus crónicas a cambio de la molesta espera, no fuera a ser que por una vez se vieran obligados a escribir de música. Eso sí, antes de que el producto esnifado afectara a su entendimiento, mentalmente se apuntó que al día siguiente tenía que hablar sin falta con su apoderado para comprar sin demora el edificio en el que había vivido en esta ciudad cuando llegó para servir. A la prensa le iba a encantar la historia de la inmigrante que llegó con una mano delante y otra detrás y terminaba comprando el lugar donde había comenzado su andadura. Lamentablemente los actuales inquilinos tendrían que buscarse otro lugar para vivir. No importa, sería por su bien. Seguro que en una buena residencia estarían perfectamente atendidos. Ella tendría un montón de gente a su servicio, entre los que posiblemente habría algunas mujeres con las que él, sin duda, babearía. Pero en este caso estaría justificado por la edad.

MADRE REFUGIADA

A punto estuvo de embestir por detrás al coche que tenía delante, no se había dado ni cuenta de que el semáforo estaba en rojo y que los coches estaban parados. Y es que tenía la cabeza en otra cosa, estaba dándole vueltas una y otra vez a como había encontrado a su madre y era incapaz de concentrarse en la conducción, y en ese momento fue consciente de que en esas condiciones era un peligro para otros conductores y para él mismo. La pobre había dado un bajón considerable desde la semana pasada. La vista la tenía cada vez peor, la menor claridad la molestaba y a consecuencia de eso tenía la casa siempre en penumbra. Pero es que, para empeorar la situación, la artrosis que le había aparecido en la rodilla, además de provocarle unos dolores insoportables hacía que moverse fuera toda una aventura. Cierto que había comenzado a usar el andador, pero cada vez que se levantaba del sillón era una maniobra de riesgo extremo. Iba a terminar cayéndose y a romperse una cadera y entonces sí que iba a ser todo un problemón. Ella, a pesar de que él se había ofrecido en varias ocasiones a correr con los gastos, se negaba a contratar a una cuidadora, decía que ya no tenía edad de aprender a convivir con una desconocida. Además de ese motivo, él estaba convencido de que otra razón poderosa era que ella no se fiaba. Toda su vida había sido una desconfiada y con la edad ese defecto, y muchos otros, se le había acentuado. Seguro que temía que la persona que metiera en casa la iba a sisar o a tratarla mal. La única posibilidad era llevarla a vivir con ellos. Su mujer y su madre nunca se habían llevado demasiado bien, pero tampoco se llevaban mal. Era una relación cordial dentro de los límites de la urbanidad, las dos eran conscientes de que la otra era muy importante para él y eso hacía que ambas se mantuvieran dentro de unos límites de cordialidad razonables a pesar de no sentir una simpatía mutua. Cierto que el piso era pequeño, pero desde que su hija Rosa se había visto obligada a irse a vivir a Shanghái, ya que aquí apenas había opciones para desarrollar una carrera científica decente, el segundo dormitorio estaba vació y apenas lo usaban. Al tener un solo baño para tres personas quedaba un poco justo, pero con un poco de organización y de buena voluntad por todas las partes no tenía por qué ser motivo de disputa. Él, como salía de la oficina a las tres, se encargaría de ella por las tardes. Ella, por el contrario, tenía turno de 3 a 9 de la tarde, por lo que la podría cuidar por la mañana y así no tendrían que incurrir en un gasto extra por contratar a una cuidadora. Las dos mujeres se quedarían solas en la casa todas las mañanas, pero al fin y al cabo su madre no iba a molestar mucho, ya que se quedaría quietecita en el sofá escuchando la radio, le encantaba el programa de Federico, por lo que no iba a dar mucho trabajo. A su mujer ese locutor la exasperaba, ya que le consideraba un facha empedernido, pero siempre podría convencer a su madre de que usara auriculares. A la pobre tenerlos puestos mucho tiempo le molestaba en las orejas, pero seguro que aceptaba.

Al llegar a su casa se puso a preparar la cena para que así estuviera lista para cuando su esposa llegara del trabajo. Dejo la ensalada lista, a falta de echarle el aceite y el vinagre, mejor aliñarla en el último momento. Mientras cortaba el tomate y el aguacate se puso a darle vueltas a como plantear el tema. Como todas las noches, llegaría cansada, pero mejor arrancarse sin muchas dilaciones que se conocía y luego iba dejando las cosas de un día para otro y al final el problema se quedaba sin resolver. A la ensalada le echó rulo de queso de cabra y nueces, que eran dos de los ingredientes preferidos de su mujer. Las nueces machacadas en trozos pequeñitos, pero sin llegar a hacerlas polvo, que quedaran más bien como miguitas para que así, al masticar, se notara algo crujientito, que era como a ella le gustaba.

Cuando calculó que apenas quedaban unos minutos para que llegará encendió la vitro y puso a calentar un chorroncito de aceite en la plancha. Justó acababa de echar los filetes de lenguado a hacerse y de poner en marcha la campana de humos cuando ella entró por la puerta. Y entró parloteando, como siempre. Desde que empezaron a vivir juntos ella tenía la manía de, nada más verle, contarle todos los problemas que había tenido en el trabajo. Siempre las cosas malas, nunca las buenas. Así él tenía que cargar con los problemas de los dos. Pero con el ruido del extractor no pudo entender nada de lo que ella decía. Eso a ella le daba igual, ella soltaba sus cosas y así se quedaba tranquila. Mientras el pescado terminaba de hacerse puso los platos y los cubiertos en la mesa de la cocina, sacó el agua, cortó el pan, y terminó de aliñar la ensalada. Cuando los filetes estuvieron hechos los llevó a la mesa. Ella se había ido al dormitorio a descalzarse y a ponerse cómoda, mientras volvía dejó la campana en funcionamiento para que luego el piso no apestara, que el pescado cantaba un montón y ella tenía un olfato muy sensible.

Cuando por fin vino, apagó el extractor y empezaron a comer en silencio. Antes de contarle lo que le preocupaba pensó que era mejor mostrar un poco de empatía para que estuviera de buen humor y con una actitud positiva, así que le preguntó:

- Cariño, ¿qué me contabas antes? Que con el ruido del extractor no he podido entender lo que me decías.
- Que esta mañana me ha llamado don Baldomero. Por lo de los niños.
- ¿Don Baldomero? ¿El párroco? ¿Qué es eso de los niños?
- Pues claro, el párroco. ¿Quién va a ser si no? ¿Cuántos Baldomeros conoces? Lo de los niños. Si lo estuvimos hablando el otro día, ¿ya no te acuerdas? Cada vez estás peor, si ya empiezas a olvidarte de cosas aviados vamos. Me agotas.
- Lo siento cielo, pero no me acuerdo, hay un problema que me tiene muy preocupado.

Parecía mentira que después de tantos años aún no la conociera, esperaba que al mencionar sus problemas ella mostrara interés por los mismos, pero ni caso, se limitó a poner cara de desesperación y continuó con lo suyo.

- Lo de los niños de la guerra. La parroquia ha estado hablando con una de las oenegés que los está trayendo desde allí en autobús y les está ayudando para encontrarles casas de acogida.
- Bueno, verás, justo en estos momentos…
- Por supuesto le he dicho que puede contar con nosotros.
- Mujer, me podías haber preguntado antes.
- Pero si lo estuvimos hablando el otro día. ¿No te irás ahora a echar para atrás? Además, pobrecitos, con los horrores que tienen que estar viviendo. Metidos en un sótano todo el día para protegerse de los bombardeos de esos canallas. Sin poder salir a tomar el aire y a jugar con sus amiguitos. Su casa destruida y su padre en la guerra, que a saber si le van a volver a ver algún día. Don Baldomero me dice que nos tocaría una niña sola, Olena, que quiere decir Helena y que tiene solo ocho añitos. Su madre falleció en los primeros días de bombardeos y ahora mismo a la pobre la están cuidando unos vecinos. Y si al padre le matan en el frente la pobrecita se va a quedar solita en este mundo. Don Baldomero me dice que en ese caso tal vez la podríamos adoptar. Mario, no nos podemos ahora echar para atrás. Esa niña nos necesita. Que eso que haces tú de realizar donaciones todos los meses está muy bien, pero con eso no basta. Con el apoyo económico no es suficiente, ahora es el momento de actuar. Limitarnos a dar dinero sin hacer nada es como pagar por tener la conciencia tranquila.

El permaneció en silencio, un silencio que ella lo interpretó como administrativo y por tanto como una conformidad, así que al cabo de unos minutos en los que ninguno emitió ninguna palabra ella zanjó el asunto añadiendo.

- Don Baldomero me ha dicho que el autobús llegará el sábado alrededor del mediodía. Que ya me llamará para decirme a la hora exacta en la que tenemos que estar en la parroquia para hacernos cargo de la niña. Estos días aprovecha para sacar tus cosas y las de Rosa del cuarto y llevarlas al trastero. La niña viene tan solo con lo puesto, pero claro, tendremos que comprarle su ropita, juguetes, y el material escolar que nos digan en el colegio del barrio. La pobrecita tiene derecho a tener su espacio propio, además, así se sentirá bien acogida, querida, como una más de la familia, y no que está de paso.

El día siguiente y de camino al trabajo otra vez volvió a conducir como un autómata grogui y llegó a la oficina, sin ningún percance, de milagro. A ver qué hacía con su pobre madre. Ahora con lo de la niña era impensable plantear lo de que se viniera a vivir con ellos, no quedaba más remedio que

pensar en alguna alternativa, porque con su pensión de viuda como mucho tendría para meter a una interna sin papeles, pero no para una persona especializada en cuidado de ancianos.

A media mañana, en el trabajo, se pasó a hablar con David, de contabilidad, que el año pasado había tenido un problema similar. Fue una charla muy productiva, barajaron varias posibilidades: alquilar la casa de su madre, pero eso era algo que ella se iba a negar, meter a un extraño en su piso de toda la vida, impensable; venderla en nuda propiedad, no habría que meter a nadie, pero el problema era más o menos el mismo, seguro que ella se iba a negar a deshacerse del inmueble aunque tuviera todo el derecho del mundo a seguir viviendo en él; y finalmente David le habló de la hipoteca inversa para personas mayores, eso tal vez sí que podría funcionar, así sí que tendrían liquidez, su madre seguiría siendo la propietaria de la casa y no habría que meter a ningún extraño a vivir en la misma.

Por la tarde se puso a buscar residencias de ancianos con buenos especialistas en el cuidado de los mismos. Pero ¡qué precios! Totalmente inasumibles, volvió pensar que no había solución, con esas tarifas el dinero que iban a obtener del banco no les iba a durar prácticamente nada, que él esperaba que a su madre aún le quedaran muchos años de vida. Otra vez fue David el que le orientó en la dirección adecuada aconsejándole que buscara fuera de la capital. Efectivamente, en las provincias limítrofes los precios descendían considerablemente. Total, a su madre eso le daba un poco lo mismo, si ella apenas iba a salir de la residencia. De hecho, casi mejor, en un pueblo pequeño disfrutaría de más tranquilidad y de un aire más puro. Él sería el más perjudicado, ya que cada vez que quisiera acercarse a verla tendría que hacer bastantes kilómetros y eso le llevaría tiempo. Pero bueno, si dejaba el club ciclista con el que salía a hacer rutas todos los miércoles y sábados y cambiando los kilómetros de bicicleta por kilómetros de coche y la compañía de sus colegas de las dos ruedas por la de su madre, era factible.

El resto de la semana estuvo liadísimo. Entre vaciar el cuarto para cuando llegara Olena y llevar todos sus trastos y lo que Rosa había dejado al trastero, visitar la residencia, y convencer a su madre, no le quedó ni un minuto libre. El sábado, aunque estaba agotado tuvo que darse un madrugón de padre y muy señor mío y acercarse a buscarla para llevarla hasta la residencia, que a mediodía tenía que estar de vuelta. En cuanto les atendió el personal de recepción se tuvo que marchar. Se fue con la sensación de dejar a su madre tirada de cualquier forma, como si fuese una carga de la que estaba deseando deshacerse, pero es que tenía que llegar a tiempo para ir con su mujer a la parroquia a recoger a la chiquilla.

Desde su casa hasta la iglesia del barrio fueron andando. Durante todo el camino su mujer le fue dando la tabarra, que sí iban a llegar tarde, que parece mentira, que nunca se esforzaba por las cosas que eran importantes para ella, que pobre niña cómo llegará y a todos los demás les estuviera esperando alguien y a ella no… Afortunadamente justo cuando llegaron estaba el autobús saliendo de la rotonda que había enfrente del templo. Madre de dios, la que había ahí montada, entre las familias de acogida de los niños refugiados, los medios de comunicación, la gente de la ONG, pancartas de bienvenida, globos, ¡si hasta había una banda de música! El autobús paró justo delante de don Baldomero y en el momento en el que los niños empezaron a descender la banda inició con mucho brío a tocar el himno de su país de procedencia, como si de la interpretación de esa marcha militar dependiera el desenlace de aquella guerra lejana. Los pobres salían del autocar con caras de agotamiento, de susto, pero también de alegría, de ilusión y de curiosidad. Al bajar les colocaron entre el autobús y la muchedumbre y aún tuvieron que esperar un rato a que la concejala de Servicios Sociales y el presidente de la ONG soltaran sendos discursos de los que los niños no entendieron ni una palabra y a los que las familias de acogida no prestaron ninguna atención comidos por la impaciencia de encontrarse con los chavales, pero que los medios de comunicación grabaron para después emitir las frases más rimbombantes en el telediario.

Una vez terminada la parte institucional Don Baldomero sacó una lista de la que iba recitando el nombre del niño refugiado y el nombre de la familia de acogida, todo el proceso le recordó un poco a una entrega de premios en un sorteo en la caseta municipal durante la feria de la patrona. Pero en vez de una pata de jamón o de un lote de latas de conserva lo que se entregaba era a un chaval con mucho miedo a lo desconocido y que había dejado a su familia a miles de kilómetros y en medio de un conflicto bélico, sin saber muy bien si la volvería a ver con vida.

Olena traía la delgadez del hambre, tenía el pelo rubio como el trigo antes de la siega, y unos ojos azules que, de tan azules, parecían hechos de agua coralina. No hablaba ni una palabra de español, pero por la expresividad de su cara ni falta que le hacía. Vestía unos vaqueros desgastados, unas zapatillas con la suela medio despegada y un jersey con agujeros en los codos, todo ello con tanta mierda que ni metiendo las prendas en lejía se iba a poder sacar provecho de ellas. También traía una mochila en cuyo interior solo llevaba un cuento infantil en su idioma, un pijama de felpa desgastado y una muñeca desnuda y destartalada. Eso y unos churretes que la oscurecían la piel y unos velones que le colgaban de su naricilla respingona era todo lo que había traído y lo que constituía su escaso equipaje.

De camino a casa pararon en una pizzería a comer, que no habían tenido tiempo de preparar nada, y que, aunque no sabían nada de los gustos de Olena ni de la gastronomía de su país de procedencia, de lo que sí que estaban seguros es de que la pizza les gusta a todos los niños de este planeta.

Cuando por fin llegaron al piso y la enseñaron su cuarto la niña puso ojos como platos. Nadie hubiera podido pensar que unos ojos tan chiquitines pudieran agrandarse tanto y alcanzar ese tamaño. Se abalanzó sobre el armario y sobre la primera balda colocó su única posesión, su pijamita de felpa. Tampoco es que el armario fuera muy grande, pero ocupado tan solo por esa única prenda parecía de una inmensidad sobrecogedora.

Esa misma tarde su mujer se la llevó al centro comercial, que desde luego la chiquilla necesitaba de todo, así que él tuvo algo de tiempo de descansar un rato. Por fin, cuando ya estaba oscureciendo volvieron las dos cargadas de paquetes. Enseguida la niña empezó a abrirlos todos y, mientras hablaba una jeringonza que él era incapaz de comprender le iba mostrando todas y cada una de las cosas que habían comprado. Mientras la chiquilla parloteaba sin cesar iba haciendo mil y una muecas. Y entonces, aunque su madre los tenía negros carbón y Olena azul coral, a él le dio la impresión de que estaba mirando los mismos ojos. Que, aunque eran unos ojos completamente distintos, las dos mujeres los tenían llenos de ilusión, cariño y bondad. Sí no había ninguna duda, el brillo de los ojos de esas dos mujeres, una apenas una niña y la otra ya una anciana, era absoluta y completamente idéntico. La expresividad que transmitían era tal que sus dueñas podrían hablar a través de ellos, sin necesidad de articular palabra, la inocencia de los mismos, que desde ellos se podía uno asomar hasta las almas de sus respectivas propietarias, la mirada llena de vida que tenían las dos, aunque una estuviera enfrentándose al final de la misma y la otra apenas comenzándola. Así que, de pronto fue consciente de que, de alguna forma, al lado de Olena él siempre iba a tener algo de su madre consigo.

CAMINO DEL JUZGADO

Llevaba toda la mañana nervioso perdido, dando vueltas por la zapatería como un oso cabreado en su jaula y sin prestar la menor atención, y lo que es más extraño, sin apenas enrollarse con los pocos clientes que habían entrado desde que abrió. Primero fue la Petra buscando unas botas de trabajo para su marido, y al no encontrar del número que estaba buscando ni se molestó en proponerle que las podía encargar al distribuidor. Luego fue doña Pura, que como siempre entró con cualquier excusa, hoy unas zapatillas para estar en casa, pero que en realidad lo que buscaba era cotillear todo lo que pudiera, y claro, al no darle él bola se fue rumiando que algo raro pasaba. Seguro que ahora mismo andaba husmeando por ahí a ver que encontraba. Si hasta Enrique lo notó cuando pasó a buscarle a media mañana para tomar el cafelito en el bar de la esquina, que fue con él para así estar acompañado y poder evadirse por un rato, pero que ni se tomó, como todos los días, su medio mollete con tomate, ni se enteró de nada de lo que el otro le contaba, hasta el punto de que Enrique, que tonto no era y que le conocía desde que ambos nacieron con pocas semanas de diferencia, le dijo eso de “Macho, a ti te pasa algo”, y que se mosqueó aún más cuando él le respondió con lo primero que se le ocurrió, que si estaba preocupado con la huelga de transportistas no fuera a ser que se quedara sin género en la tienda. Tenía que reconocerse a sí mismo que no había sido más que una estupidez, que en un comercio de zapatos de un pequeño pueblo agrícola eso era más que improbable, ni que fuera un puesto de pescado en MercaMadrid.

El caso es que la noche anterior había tenido una bronca tremenda con Encarni y al final ella terminó la discusión afirmando que no aguantaba más y que al día siguiente se iba a acercar hasta los juzgados de la capital comarcal para presentar la solicitud de divorcio. Ella había salido a primera hora de la mañana, desde el sofá del salón donde él había dormido la había escuchado sacar el coche de la cochera. El caso es que hacía un tiempo de perros, jarreando a todo meter y con una visibilidad nula, no era día para andar circulando por esas carreteras dejadas de la mano de Dios. No era la primera discusión entre ellos ni tampoco la primera vez que ella sacaba a colación el tema del divorcio, pero al final siempre se las habían arreglado para salir adelante. Ella sabía muy bien que él, como católico convencido y practicante que era creía en la indisolubilidad del sacramento del matrimonio y nunca aceptaría la ruptura del mismo, aunque evidentemente esta solo se produjera a nivel legal.

A pesar de que los nervios le estaban haciendo pasar un auténtico infierno él no había intentado ponerse en contacto con ella en toda la mañana, no fuera a ser que eso tan solo serviría para enfadarla aún más, y era precisamente lo que tenía que evitar. Que se calmase. Que en cuanto se le pasase la rabieta seguro que se olvidaba de esa tontería de los papeles y el

juzgado. Total ¿qué ganaba ella con romper ese matrimonio? Cierto que desde hacía un tiempo no hacían más que tener peleas, cualquier mínima cosa servía como chispa para que se armara la bronca y empezaran a discutir para terminar gritándose y llamándose de todo. Pero él estaba convencido de que entre ambos serían capaces de convivir de una forma civilizada, que para eso los dos eran personas con cierta cultura y sensibilidad. En el pueblo estaban sus dos hijos, sus padres y todos sus amigos. Ella no abandonaría todo eso, nunca se alejaría de aquello que para ella era fundamental. Y mientras siguiera residiendo y trabajando allí no tenía sentido pensar en que rehiciera su vida con otro hombre, si a los pocos que aún quedaban los conocía desde que era niña. Por tanto, ¿Qué ganaba ella divorciándose? Y en el caso de hacerlo, ella sabía que a él le perjudicaba gravemente. Hacía tan sólo unos meses en los que él había conseguido ver realizado el sueño de su vida, ser nombrado Presidente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías, y con un escándalo de esa magnitud a él no le quedaría otra opción que dimitir del cargo al que siempre había aspirado, y más teniendo en cuenta que Vicente Hermoso, hermano mayor de la Cofradía del Santo Sepulcro, estaba deseando que le nombraran para el puesto, como muy bien había demostrado en las últimas elecciones, en las que no tuvo el menor escrúpulo en difundir rumores por todos lados poniendo en duda la religiosidad de su mujer. Desde que de niño su padre le había hecho hermano de la Cofradía del Santísimo Cristo Redentor y Nuestra Señora de la Misericordia ahí había estado toda su vida, que menos costalero había sido de todo, penitente, capataz, mayordomo, y finalmente hermano mayor, como su padre y como su abuelo. Pero el ser nombrado presidente del consejo local significaba que no solo los suyos le reconocían su piedad, su dedicación, su amor y sus desvelos por la Semana Santa, sino que toda la comunidad religiosa de la localidad lo hacía.

A última hora de la mañana, cuando ya se estaba planteando echar el cierre para irse a comer, vio a Rufino y a Toño, la pareja de municipales, cruzar la plaza arrastrando el paso, como si no quisieran llegar a su destino. Desde que les divisó a lo lejos le dio un mal pálpito, esos no traían buenas noticias. A medida que se acercaban estaba cada vez más claro que se dirigían a su tienda, no a la de Enrique ni al bar de la esquina. Y según se iban aproximando podía ver que la expresión de sus caras era, sin ninguna duda, una expresión de circunstancias. Tenía tanto miedo que no se acercó ni a abrirles la puerta, se quedó al fondo de la tienda paralizado, y cuando ellos lo hicieron sonó la campanilla electrónica que había instalado para que le avisara si entraba algún cliente mientras él estaba en el almacén. Y antes de que el sonido electrónico cesara los dos se quitaron las gorras de forma respetuosa, lo que sin duda era una muy mala señal.

Tras un breve, pero intenso silencio, fue Rufino el que tuvo el coraje de tomar la palabra.

- Ramiro, lo siento muchísimo.

La expresión de los dos agentes, aún más que las palabras, no dejaba lugar a ninguna duda, así que se echó a llorar con desconsuelo dejando caer al suelo los zapatos que en ese momento llevaba en la mano.

Nadie decía nada, él era incapaz de dejar de sollozar, y así estuvieron unos minutos hasta que esta vez fue Toño el que añadió.

- Fue esta mañana, en la carretera de la capital comarcal, cuando intentó adelantar a un tractor. Con la lluvia que caía no había ninguna visibilidad y no vio un camión que venía de frente. Pisó el freno a fondo, pero el suelo estaba embarrado y ella iba muy rápido. El camionero no pudo hacer nada por esquivarla y acabó debajo del tráiler.

Toño, impresionado por su llanto, calló, como si temiese que con cada nueva palabra le estuviera infligiendo aún más dolor. A los pocos segundos, sin poder aguantar ese desagarro, Rufino terminó con el informe.

- La que nos ha llamado ha sido la Guardia Civil del Juzgado. El juez ya ha levantado el cadáver y está ahora en la morgue del Hospital Provincial. Lamentablemente tienes que acercarte a cumplimentar unas formalidades.

Otra vez su llanto desconsolado y el silencio de los agentes, Los tres allí, de pie, él con las manos en la cara intentando enjuagarse los ojos, ellos sujetando sus gorras. Tras unos minutos, sin saber muy bien que hacer para terminar con aquella situación, los dos municipales se saltaron el procedimiento oficial y se acercaron hasta él a darle un abrazo. Al fin y al cabo, y por muy policías de servicio que los otros dos fueran, los tres se conocían de toda la vida. Con Toño había sido hasta compañero de colegio. “Lo siento mucho” le dijo mientras le abrazaba. Rufino no dijo nada, se limitó a palmearle la espalda. Hay veces que no se encuentran palabras o que estas ni tan siquiera hacen falta.

Según salieron por la puerta entró Enrique por la misma para ver qué pasaba. Por la cara de los agentes y por su estado enseguida lo supuso sin necesidad de que nadie le contara nada. Los dos amigos se fundieron en un abrazo para el que todos los adjetivos se quedan cortos. Y cuando estaba en los brazos de su amigo del alma, de su compañero de colegio, de su hermano cofrade, fue cuando se dio cuenta de lo poco que le habían contado los agentes y que él no les había preguntado nada. Y entre las preguntas que no había hecho, entre las cosas que no sabía de todo este drama, había un detalle esencial. El accidente, ¿había sido camino del juzgado? ¿O a la vuelta del mismo? Ese dato era determinante para saber si su vida iba a cambiar, o si iba a cambiar totalmente. Si iba a perder a su mujer, o si también iba a perder la segunda cosa que más le importaba en este mundo, porque si su mujer había llegado a entregar la solicitud, la

comidilla del inicio de la ruptura de su vínculo matrimonial iba a recorrer la localidad como la pólvora.

Conocía a Encarni de toda la vida, apenas se llevaban unos meses y sus familias vivián en la misma calle, así que habían aprendido a gatear, a andar, a jugar y a hablar juntos. Juntos habían ido al colegio y al instituto, y se habían hecho novios al inicio de la adolescencia. Tan solo se habían separado cuando ella marchó a la universidad a estudiar Derecho y él había permanecido en el pueblo y había comenzado a trabajar en el negocio familiar. Fue en esa época cuando su madre, al darse cuenta de que la relación continuaba, empezó a presionarle para que él rompiera. Al principio alegaba que con la distancia y siendo los dos tan jóvenes no era bueno que continuaran, que Encarni debía de estar conociendo a un montón de gente nueva e interesante en la gran ciudad. Pero ella cada quince días volvía al pueblo a pasar el fin de semana y enseguida, sin apenas darse cuenta, pasó el primer año. Al segundo año su madre cambió de táctica y fue directamente al grano. Que con las opiniones tan distintas que los dos tenían no podían seguir juntos. Él tan creyente, tan practicante, y ella atea perdida, eso no era posible. El tan tradicional y ella tan moderna, el tan conservador y ella tan roja. Que en todas las parejas había diferencias, pero no tan abismales. Después del segundo curso su madre por fin desistió. Al final del cuarto año ella obtuvo la licenciatura con muy buenas notas, era una estudiante brillante. Seguro que su madre tenía la esperanza de que al terminar los estudios Encarni buscase trabajo en algún despacho o empresa que estuviera lejos, pero no fue así. Ella volvió y empezó a trabajar en una asociación de orientación a la mujer que se acababa de crear financiada por Diputación. Así que al poco tiempo decidieron casarse. Para él era fundamental hacerlo por la iglesia, únicamente por lo civil era impensable. A ella le daba igual, así que un sábado de septiembre recorrieron el pasillo de la nave central de la iglesia del pueblo para que el párroco, amigo de él de toda la vida, les impartiera el santo sacramento. Él siguió con sus tareas en la cofradía, y ella cada vez más activa en la asociación apoyando todo tipo de actividades destinadas a conseguir la emancipación y la igualdad de la mujer. El viernes santo él salía con el desfile procesional y ella se quedaba en casa cuidando de los niños, y cuando los pasos recorrían su calle ella les sacaba al balcón para que le vieran pasar. El 8 de marzo era él el que se encargaba de cuidar a los chiquillos, pero él no salía a ver el paso de la manifestación, que los niños eran muy pequeños e influenciables.

Enrique se ofreció a llevarle al hospital, que él no estaba en condiciones de nada. A mitad de camino pasaron por lo que debía haber sido el lugar del accidente. Unos trabajadores de mantenimiento de carreteras estaban limpiando los últimos restos y ya todo estaba prácticamente en orden, por lo que no era posible adivinar cuál era el sentido en el que circulaba su esposa. Estuvo tentado de pedirle a Enrique que parará para preguntar a

los operarios, pero se mordió la lengua porque no hubiera sabido como explicar a su amigo por qué esa duda le estaba corroyendo las entrañas. Unos kilómetros un poco más adelante se encontraron con un rosario de coches que circulaban muy lento, iban detrás de un camión hecho polvo que era arrastrado por un camión grúa inmenso. Por esa carreterucha y con ese tiempo iban a paso procesional. Estaba claro que debía de ser el camión del accidente, ese era el único camino lógico por el que podían sacar a esa mole, por lo que encontrarse con ese montón de hierros arrastrados por ese armatoste no le daba ninguna pista sobre si su mujer había llegado o no al juzgado.

En recepción del hospital Enrique preguntó por el departamento forense. Bajaron hasta el sótano y allí les estaba esperando una pareja de la Guardia Civil. Les avisaron de que el cuerpo estaba en muy mal estado y se disculparon, en su nombre y en el del juez, por tener que cumplir con el procedimiento de identificación del cadáver a pesar de que estaban prácticamente seguros de que se trataba de su mujer. Su amigo preguntó a los guardias si él era una persona válida para cumplir con el trámite legal y así ahorrarle el mal trago, pero, aunque la respuesta fue afirmativa él quiso ver por última vez a Encarni, a su Encarni, por muy doloroso que aquello pudiera ser. Los dos pasaron a la sala donde había una serie de compuertas metálicas cada una con su asa. Un operario abrió una de ellas, y sin emitir ningún ruido y dejando escapar una oleada de aire helado deslizó hacia afuera una bandeja de acero inoxidable que portaba una bolsa negra de material sintético. Era como un porta-trajes, pero un poco más estrecha y bastante más alargada. Con las manos enfundadas en guantes de látex el funcionario descorrió la cremallera dejando a la vista la cara desfigurada de su esposa. Aunque estaba irreconocible para él estaba claro que se trataba de ella. Ni un choque devastador, ni el incendio de un vehículo pueden borrar de un golpe ni de una llamarada esa cara amada que ha estado a tu lado toda tu vida. Enrique le agarro fuerte del brazo, tal vez temiendo que se fuera a derrumbar del impacto. Pero él lo único que sintió fue un vacío inmenso en el alma.

En la entrada de la morgue aún les estaban esperando la pareja de la Guardia Civil para que firmara unos formularios. Cuando ya se iban y a punto estaban de abandonar la sala el guardia de mayor graduación le llamó de vuelta:

- Señor Estévez, un momento por favor.

- ¿Ocurre algo?

El agente se acercó hasta ellos con paso rápido y le entrego un pequeño sobre.

- Disculpe, los objetos personales de la difunta.

Lo abrió y dejo caer sobre su mano el par de pendientes que ese día llevaba puestos su esposa junto con su alianza de bodas con los nombres de los dos y la fecha de la misma grabados en el interior, regalo de bodas de su amiga Montse. Al menos la llevaba en el momento del accidente. Claro que eso no significaba nada, podía ser cosa de la costumbre y que ella ni siquiera se hubiera dado cuenta esa mañana de que la llevaba puesta.

- ¿No había nada más agente?

- ¿Echa algo en falta?

- No sé, un porta-documentos, algún sobre con papeles de sus casos, su cartera.

- A causa del choque el coche ardió casi en su totalidad. Ese tipo de cosas, de haberlas, seguro que se habrán quemado. Lo siento mucho. Si hay algún documento que eche en falta y que necesite, tal vez en el juzgado o en el registro le puedan ayudar a conseguir una copia.

- No se preocupe agente, no es importante.

Por el tanatorio paso todo el pueblo, claro que ella, debido a su actividad feminista y de apoyo a la mujer, era muy conocida, y él, a causa de su cargo y de su actividad en la cofradía, era más conocido aún si cabe. A última hora de la tarde se pasaron a darle el pésame el juez y la secretaria del juzgado. A él no le conocía, hacía poco que había tomado posesión del puesto y aún no habían tenido ocasión de encontrarse en ningún acto institucional. Educado, elegante, estuvo en todo momento muy amable, pero más correcto que humano. Llegaría lejos. A ella la conocía desde hacía muchos años. Era una gallega que por amor había abandonado el frío y la bruma del norte para venirse a este rincón olvidado del sur. Claro que quien mejor la conocía era su mujer, de tanto trato profesional que habían tenido eran casi amigas. Además, la secretaria también simpatizaba con la causa feminista y ayudaba a la asociación en todo lo que podía.

- Hace poco que llegué al juzgado y lamentablemente no tuve la suerte de conocer mucho a su mujer ni de trabajar mucho con ella, pero le puedo garantizar que era una gran profesional con un gran prestigio. Así me lo aseguró mi predecesor y yo mismo lo pude comprobar lo poco que la traté.

- Y ahora, ¿Quién se va a encargar de sus casos y de sus papeles?

- No sé preocupe por eso ahora. Los casos de oficio se transferirán a otro abogado, para los privados nosotros informaremos a los clientes de que deben buscarse otro representante legal, aunque lo más probable es que el trámite sea innecesario porque seguro que el suceso ya es conocido en toda la comarca. Para los casos de la asociación, diputación asignará a

otra abogada de otra asociación cercana. Desde el juzgado haremos todo lo posible para que nadie se vea afectado.

Tomando acopio de algo de valor se aventuró a preguntar:

- ¿Y los casos personales?

El juez y la secretaria no pudieron evitar cruzarse una mirada confusa que, aunque intentaron que fuera discreta, en la frialdad del tanatorio y del momento resultó bastante llamativa.

Fue ella la que respondió con el acento cantarín de su tierra.

- Ramiro, tú ahora no te preocupes de eso, si hay algo que necesitemos de ti yo te aviso, pero tanto el señor juez como yo vamos a hacer todo lo posible para que tú te veas envuelto lo menos posible en las cuestiones burocráticas.

Al día siguiente el entierro fue multitudinario. La jornada también fue lluviosa, pero de una lluvia débil, parsimoniosa, que no dejó de caer en todo el día y que dio al acto un tono aún más lúgubre, si es que eso era posible. El ataúd de madera noble y adornado con una cruz en la tapa superior fue llevado a hombros por los ocho mejores costaleros de la cofradía, así que se podría decir que su Encarni fue llevada a la tumba como si fuese la auténtica Virgen de la Misericordia. Para que reposara adquirió un panteón en el centro del cementerio, justo enfrente de la capilla. La tumba tenía capacidad para al menos dos féretros, así él podría reposar junto a ella, a su lado, unidos para toda la eternidad, como debía de ser. Y para adornar el mausoleo encargaría una estatua en mármol negro de Nuestro Señor el Santísimo Cristo Redentor.

A la salida del cementerio se puso a recibir las condolencias de todos sus vecinos. No falto nadie, de forma que el acto de pésame se alargó varias horas. A todos los miro a los ojos, y los que quisieron abrazarle les dio un abrazo fuerte y sentido. Al final le dolían el brazo y la espalda. Por supuesto asistieron todos los miembros del cabildo y todos, sin excepción, hasta Vicente Hermoso, tuvieron palabras de consuelo, que de una u otra forma venían a decir todas lo mismo. “Ramiro, estamos aquí para lo que necesites. Ahora, más que nunca, estamos a tu lado”. En ese momento tuvo la certeza absoluta de que seguiría siendo presidente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías todo lo que le restaba de vida.

PEPE “EL POLACO”

Tú eres Józef Korzeniowski, pero todos te llamamos “el polaco”, aunque no sabemos, ni nos importa, dónde naciste ni de dónde vienes. Con tus pintas de guiri del este y con tu acento eslavo para nosotros eres polaco, y aún antes de que nos dijeras tu nombre, cosa que nosotros nunca te preguntamos, nosotros ya te llamábamos el polaco, que para nosotros ucranianos, rusos, lituanos, checos o polacos, sois todo lo mismo. Total, a nosotros nos da igual, sois todos de por ahí, y hasta la simplificación nos hace gracia y si alguien nos intentara explicar la diferencia entre unos y otros ni tan siquiera le escucharíamos y nos parecería un pedante, un arrogante, un sabelotodo.

Todas las tardes vienes aquí, a mi taberna, con tu tablero de ajedrez debajo del brazo esperando a que alguien se anime a echar contigo una partida y, aunque rara vez lo consigues, sigues viniendo con la determinación de quien tiene un objetivo claro, aprender todo lo que puedas de nosotros, que estás en pleno proceso de adquisición de la nacionalidad española y dices amar tanto a este país que tu sueño es convertirte en uno más de nosotros. Y aunque bien pensado eres como un entomólogo y para ti nosotros somos como una especie rara de escarabajo pelotero o de araña tropical, la verdad es que no nos damos ni cuenta y nosotros seguimos aquí, a lo nuestro, sin prestar la menor atención a tu presencia. Y mientras esperas a que alguno se anime a aceptar tu reto sobre el tablero de escaques negros y blancos pegas la hebra con el primer incauto. Y si no lo hay, con toda la parroquia en general. Sin tener un interlocutor claro, que eso a ti te da igual, que lo que quieres es hablar, practicar el idioma, ampliar el vocabulario, conocer nuevos dichos y giros, limar el acento con la esperanza inútil de un día poder pasar por nativo sin que se note nada más abrir la boca que no eres más que un polaco. Y con ese objetivo hablas con todos y con ninguno, charlas de todo y de nada, sacando mil temas de conversación y ninguno en concreto, que la academia de idiomas para extranjeros que hay en el barrio es cara y tú, con tu sueldo de pintor de brocha gorda, no tienes para pagarla. Además, eso está lleno de guiris como tú y aquí es donde estamos los auténticos españoles.

Y nos cuentas de la importancia que España ha tenido en la historia del ajedrez que, aunque es un juego que inventaron los indios y que llego a esta tierra traído por los musulmanes, aquí fue donde se inventó el ajedrez moderno, que por algo la principal apertura del juego se llama la apertura española, y que ya Alfonso X le dedicó todo un libro. Ramiro te dice que nunca ha visto en las películas de vaqueros a Sitin Bul jugando a eso, y el Curro que la única apertura que hay en España es la de la patada en la puerta y que tengas cuidado que así es como se te meten los okupas en la casa y que como se te metan te vas a enterar, y Marcelo que lo del Alfonso ese sí que se lo cree, que ese era un triste al que se le murió la novia muy

joven o algo así, que ahí una película del año de Maricastaña que lo cuenta, y que no le extraña que le diera por jugar a ese rollo.

Y como lo del ajedrez no tiene mucho éxito pues te unes al tema de conversación que se tercie, que de eso nunca falta aquí, en la taberna. Y claro, como hombres que somos ese suele ser el fútbol. Y a pesar de que ya llevas un tiempo viniendo parece que no aprendes y en una discusión sobre si una jugada ha sido penalti o no todavía intentas analizar la jugada, la intención del defensa o las acciones del delantero, que todas esas cosas a nosotros nos traen sin cuidado porque para nosotros es algo mucho más simple. Si es a favor de tu equipo, la cosa es penalti indiscutible, y si es en contra, el otro está haciendo teatro y está clarísimo que ni le han tocado, pero que ha aprovechado el más mínimo roce para tirarse a la piscina y que menudo cuento que tiene el gacho que a lo que tenía que dedicarse es al teatro. Y si el árbitro pita a favor de tus colores es algo claro, que hay que estar ciego para no haberlo visto, y si pita en contra es que es un cegato, o un hijo de su madre, o a saber cuánto le habrán pagado.

Pero en cuanto nos descuidamos intentas llevarnos por otros derroteros y tú, Józef, el polaco, intentas ilustrarnos de lo ejemplar que fue la colonización española, no como la de los ingleses o la de los franceses, tanto que presumen pero que cuando llegaban a un lugar tan solo les interesaba llevarse todas las riquezas que pudieran, arrasar con todo, exterminar a la población y a otra cosa mariposa. Y que todos aquellos que dicen que eso no fue un descubrimiento, que en realidad fue un genocidio, habría que aclararles, por ejemplo, lo mucho que ha beneficiado a la humanidad el intercambio de alimentos entre ambos continentes que, de ahí, y gracias a los españoles, vienen cosas como el tomate o la patata, que cómo haríamos las ensaladas o las pizzas sin tomate, y la patata, anda que no ha salvado a gente de morir en las muchas hambrunas que han asolado Europa a lo largo de su historia. Que se lo digan a los irlandeses o a los polacos mismos. Y nos hablas de un tal Fray Bartolomé de las Casas, que a nosotros eso de fray nos suena a cura antiguo, pero que el nombré sí que lo tiene de conquistador de Méjico o del Perú. Y nos cuentas que fue un gran humanista que convenció a los reyes de que los nativos de las tierras no dejaban de ser hijos de Dios y que por tanto y como tales tenían sus derechos como todo hijo de vecino. Y que la prueba está que en Estados Unidos no queda ni un solo indio, ni el Sitin Bul ese que tanto les gusta a Ramiro, que bien claro que enseñan en las películas como se lo cargaron, pero que no hace falta ir a Méjico ni a Perú para saber que eso está lleno de mejicanos y de peruanos. Que los españoles en el siglo XVI ya practicaban un mestizaje civilizado. Y sin entender muy bien en que consiste eso del mestizaje civilizado el Curro te suelta que lo que paso es que en las “calaveras” esas no iban nada más que machos, y que claro, cuando llegaban a tierra tenían todos un calentón que no veas y que por eso se zumbaban a todo lo que se les ponía por delante siempre que fuera

mujer, sin importar si era joven o vieja, guapa o fea, soltera o casada. Y que por eso fueron dejando todo aquello lleno de bastardos, por mucho que el cura ese con un nombre tan rimbombante se empeñara en lo contrario.

Y de ahí, claro, enseguida pasamos a hablar de nuestro segundo tema preferido, las mujeres. Y tú nos preguntas qué porque no vienen más mujeres a la taberna, y entonces Marcelo te mira como si fueses gilipollas y te pregunta “Pero, ¿tú eres gilipollas?”, y tú no entiendes ni la reacción ni la pregunta del Marcelo. Y entonces tenemos que explicarte que precisamente aquí venimos para estar tranquilos sin que la parienta nos esté dando la murga todo el tiempo, que si ellas viniesen aquí no podríamos hablar de nuestras cosas y estarían todo el rato charlando de sus chismorreos, que esos a nosotros no nos importan lo más mínimo. Que a nosotros lo que nos gusta es hablar de fútbol y de política. Y de mujeres, claro. Y entonces tú nos preguntas con tu lógica polaca qué si no sería mejor hablar con las mujeres en vez de hablar de mujeres, y el Curro se descojona y te dice que eso ya te lo hemos explicado, que ellas hablan de unas cosas y nosotros hablamos de otras, y que eso es así desde que el mundo es mundo y que no hay vuelta de hoja, que hay que ver, con la de tiempo que llevas viniendo al bar aún no te has enterado de nada. Y entonces tú intentas explicarnos que, si tratáramos a las mujeres mejor, mejor nos iría. Ser más educados y corteses con ellas, interesarnos por las cosas que les preocupan, tratarlas de igual a igual. A mí me intentas convencer de que así tendría el doble de clientela sin darte cuenta de que así lo que pasaría es que perdería mi clientela de toda la vida. Y cuando hablamos de la una o de la otra nos dices que no deberíamos hablar de ellas como si fueran trozos de carne. Lo que sí que aprendiste rápido es que, aunque hablemos de mujeres, nunca hablamos de las propias, que un día que te dio por hacer un comentario sobre la hija de Marcelo este te miro con ganas de cerrarte la boca de un soplamocos, que porque el Curro le freno. “Déjale, que es que no se entera. Mira “Polaco”, a las mujeres de la familia de un amigo ni se las nombra, esas son sagradas, de las demás puedes decir todo lo que te venga en gana que no vas a escandalizar a nadie”. Claro, que el Marcelo te la guardó, y desde que un día a la aprendiza de la peluquería de al lado le dio por entrar a pedir un par de cafés para llevar a unas clientas y cuando salía con una taza en cada mano tú te levantaste para abrirle la puerta, no hace más que lanzarte puyas y preguntarte si ya has ido a cortarte las puntas o a depilarte las ingles. Claro, que tú ni te coscas de que se está metiendo contigo, y eso hace que Ramiro y el Curro se reían aún más todavía y el otro se envalentona y sigue con que si te has hecho un alisado y que si tu rubio es de bote. Y así sigue hasta que alguien vuelve a hablar del monotema y entonces es cuando te deja tranquilo.

Y ahí es donde te haces de querer y te has ganado el cariño de todos. Sobre todo, cuando colocas a “La Roja” entre las selecciones más

importantes. Y lo argumentas en que pocas han sabido proponer nuevos estilos de juego que hayan creado tendencia, y por eso la comparas con Brasil y la alegría del futbol samba, que en vez de llevar un balón entre los pies parece que estén bailando, o Italia y el catenaccio, que por muy feo que sea siempre han sido fieles a su estilo y les ha dado muy buenos resultado, u Holanda y el fútbol total, que aunque al final no ganaran ningún mundial todo el mundo reconoce que la “naranja mecánica” era una máquina imparable de fabricar fútbol. Y para ti España con el tiquitaca, con tocar y tocar y tocar hasta llegar a desesperar al rival para que cometa un error defensivo, se ha colocado a ese nivel. Y en esos momentos hasta Marcelo te da la razón y te mira embelesado. Claro, que enseguida le pierdes cuando te pones a hablar de fútbol a nivel de equipo y dices que todos deberíamos sentirnos orgullosos de que todos los años varios equipos españoles lleguen lejos, a cuartos de la Champions o de la Europa League, que muchas veces hacemos pleno, y que hubiera sido muy bueno para el fútbol español que el Atleti o el Valencia hubieran aprovechado alguna de sus oportunidades cuando llegaron a jugar la final de la Champions, que el nivel del fútbol español se merece tener cuatro ganadores de la Copa de Europa y no solo dos, y entonces Marcelo te palmea la espalda y dice, “El Polaco este hay veces que parece que ya se ha enterado, pero enseguida va y la caga”, a lo que el Curro añade “Es que por mucho que lo intente es un Polaco. Majete, pero Polaco”.

Y entonces tú, Señor Korzeniowski, vas y me pides un platito para ir dejando ahí las cascaras de las gambas o de los mejillones, que adoras la gastronomía española y nos dices que qué suerte tenemos, que en pocos países del mundo se come también cómo aquí, que la dieta mediterránea es un referente en todo el mundo y que los ricos de todas partes hacen todo lo posible por imitarnos en el comer, y que la prueba de ello es que somos, junto con Japón, uno de los países más longevos. Pero por mucho que te gusten nuestros moluscos o nuestro pescado y por mucho que alabes nuestra forma de comer eres incapaz de hacer como nosotros y tirar la cáscara al suelo, que de ahí no va a pasar y total, yo tengo que barrer igual todos los días. Y yo, muchas veces y tan sólo por hacerte rabiar, tardo todo lo que puedo en traerte el platito y tú te quedas ahí, con la cabeza de la gamba ya chupada y sin saber muy bien qué hacer con ella.

Y mientras esperas con los restos del crustáceo en la mano te pones a soltarnos una de tus peroratas sin darte cuenta de lo ridículo que estás. Y como es un tema que tú crees que hay que dominar para superar el proceso de nacionalización te pones a explicarnos la ejemplaridad de la transición española, como si nosotros no la hubiéramos vivido, como si mientras ocurría nosotros hubiéramos estado encerrados en esta taberna sin enterarnos de lo que pasaba en las calles. Como si Ramiro no hubiera pertenecido toda la vida a Comisiones y no se hubiera llevado más de una hostia de mano de los grises o como si el Curro no se hubiera presentado

una vez a las elecciones en las listas del PSOE. En un puesto de reserva, pero ahí iba, aunque ahora le dé vergüenza reconocerlo. Y nos cuentas lo bien que lo hizo Suarez, convirtiendo este país que tan solo era un patio de cuartel en toda una democracia, y los huevos que le echo el 23F, que todo el resto menos Carrillo y Gutiérrez Mellado se escondieron bajo los escaños como comadrejas. Y Felipe, que, aun traicionando todas sus creencias, no dudo en hacer todas las reformas que necesitaba el país para que no solo el sistema político, también la industria, la agricultura y la sociedad se pusieran a nivel europeo. Y Aznar, que a ese le toco aplicar mano de hierro para trasformar la economía y lograr que ingresáramos en el euro, y que gracias a eso ahora somos una de las principales potencias europeas, cuando lo cierto es que en el setenta y cinco toda Europa estaba convencida de que acabaríamos a tiros, matándonos unos a otros, hermanos contra hermanos, que hasta entonces era lo que solíamos hacer cada dos por tres. Bueno, gracias a eso y a la sociedad y al pueblo de España. Y nos lo explicas con un tono casi pedagógico, como si el Curro, o Ramiro o yo mismo no perteneciéramos a esa sociedad y a ese pueblo español.

Y te quedas tan satisfecho de ti mismo y de tu discurso, Józef, polaco, que te pides un buen vino para celebrarlo, que no puede ser un tinto o un blanco de la casa. Que tiene que ser una cosecha determinada de no sé qué bodega. Que no te cabe en la cabeza que esto es una taberna humilde y no un restaurante de la Guía Michelín. Que aquí lo más que tengo es un Luis Cañas y gracias, que un caldo así no lo veis por Cracovia ni jartos de vino, y perdona el chiste barato, pero has de entender que aquí no hay sommelier ni espacio ni medios para una bodega en condiciones. Pero tú te empeñas en hablarnos de añadas y de maridaje y que como podemos comernos ese atún con ese rivera del montón, que no añade nada, y que si nos esforzáramos descubriríamos nuevos sabores. Como si Ramiro no fuera de Cenicero o como si el Curro no hubiese tomado su primer chato el día de su primera comunión. Qué no sabemos la suerte que tenemos, cuando la realidad es que él que tiene una suerte inmensa eres tú que puedes venir a mi local a tomarte una copa por lo que en tu país no te darían ni un vaso de agua.

Y entonces Marcelo intenta cambiar de tercio y saca a relucir otro de nuestros temas favoritos, los toros. Y ahí sí que te quedas callado hasta que ya no puedes más y nos vienes con que no entiendes como un pueblo tan sensible como el español puede torturar a los animales de esa forma, que entiendes que es una tradición cultural del país, pero que hasta las tradiciones tienen que evolucionar y que, aunque no lo sepamos, los toros también tienen sus derechos. Los toros y todos los animales. También era tradicional tirar las cabras de los campanarios y está claro que eso es un disparate, una barbaridad. Y entonces es a Ramiro al que le toca cargarse de paciencia, que todos los meses de mayo desaparece, que tiene un

abono en Las Ventas, y lo más que hace es decir por lo bajo “Nos ha jodido “El Polaco” de los cojones, claro, como aún está por parir “el Niño de Varsovia””.

Y entonces te vuelves acordar del vino, que claro, a estos precios no paras, que en eso sí que te has españolizado rápido. Y cuando llevas ya varios te da por decirnos que somos los mejores amigos del mundo y te pones rumboso y me dices que una ronda para todo el mundo. Y si el Ramiro te dice que no, que ya es hora de irse a casa, o el Marcelo no quiere porque ya lleva varios y luego la parienta se le mosquea, les dices que de eso nada, que la invitación de un amigo no se rechaza, ¿quién dice amigo?, ¡de un hermano! Que qué buen pueblo de acogida somos los españoles, y que generosos. Y nos hablas del Open Arms, y de que si somos una tierra de oportunidades y por eso todo el mundo quiere venir aquí a trabajar o los alemanes e ingleses a jubilarse. Y que la demostración indiscutible de que somos una gente con un corazón que no nos cabe en el pecho es que somos el país con mayor cantidad de misioneros o que somos un ejemplo en todo el mundo por cómo funciona nuestro sistema de trasplantes y por la cantidad de donantes que hay, que el número no deja de crecer cada año. Y que eso debe ser porque somos un país nacido del mestizaje, y nos hablas de la España de las tres culturas, de la escuela de traductores de Toledo, de la Córdoba de los Omeyas, con Maimónides y Averroes. Y de ahí saltas al imperio romano y de lo mucho que contribuimos al mismo, con filósofos como Séneca o emperadores como Adriano o Trajano. Y cuando dices este nombre la lengua se te atasca, que el sonido de la jota te cuesta y que ya llevas varias copas, y el Curro me mira como diciéndome, “Anda y no le pongas más que este ya lleva media tajada”.

Y hoy, polaco, has venido más contento que unas castañuelas, que son muy españolas y muy alegres, que el piano también podría ser alegre, pero hay que ver lo cenizo que se ponía el Chopin ese de tu tierra con sus polonesas, que por mucho que también amara esta tierra nunca terminó de contagiarse de nuestra alegría, claro que el pobre era tan romántico que llevaba siempre su tuberculosis a cuestas. El caso es que por fin te han dado la nacionalidad, por fin eres un españolito más con todas las consecuencias que eso trae consigo. Y nos enseñas tu DNI con un número que empieza con un número. Y nos explicas lo importante que es eso, que los maderos en cuanto que ven una identificación con un número que empieza por X o por T ya se les tuerce el morro y comienzan los problemas, mientras que en cuanto comprueban que el número empieza como tiene que empezar si uno es un españolito fetén, entonces enseguida saben que eres un más y te tratan con más respeto. Así que desde hoy ya eres español, un súbdito más del rey nuestro señor y un pringao más cogido de los huevos por hacienda. Y desde ahora, y a todos los efectos, ya eres, José Cortés. Don José o el Señor Cortés, según las circunstancias. Pepe para los

amigos. Que el nombre más español no puede ser, que ya venías predestinado.

Y se te nota que ya estás integrado en que ya no te traes el tablero ese con el que te presentabas todas las tardes a darnos la matraca. Y aunque al mus no has aprendido, que eso es de nota y uno no se convierte en musolari de la noche a la mañana, por mucho que le cambien una letra por un número, a lo que sí que has aprendido rápido es a jugar el "Tute Cabrón", que también es muy de estas tierras. Total, a mí me da igual, porque en los dos casos el que pierde paga la consumición de los otros, así que, como en los sitios elegantes, la casa siempre gana. Y te traes una baraja grasienta y persigues sin cesar a todo el mundo para que echen una partidita. Claro que en esto tienes mucho más éxito que el que tenías con los peones y con los reyes, adonde va a parar, que lo de las cartas con consumición incluida no hay que rogar mucho a la gente para que se apunten. Y lo disfrutas cuando pillas a Marcelo en un renuncio, o cuando le pisas al Curro un triunfo, y pones una sonrisa de placer inmensa cuando cantas cuarenta, pero sobre todo, lo mejor que haces es, al final de la partida, lanzar bromas y puyas a los perdedores, que no hay placer en el mundo igualable a eso.

Y ahora que eres uno más de nosotros, Pepe, Polaco, has ido a hacerte del Atleti, que Ramiro no se lo explica muy bien por qué antes nunca mostraste simpatía por la afición colchonera, pero que yo tengo muy claro por lo que es, que te tengo ya muy calado. Y es que así te puedes reír cuando pierden tanto el Madrid como el Barça. Cierto que es raro que eso suceda, pero hay el doble de posibilidades. Y además están siempre tan ocupados metiéndose los de un equipo con los del otro que a vosotros casi siempre os dejan tranquilos, a no ser que haya un enfrentamiento directo, claro. Que para eso sois los pupas y todos cuentan de partida con que perdáis, y cuando ganáis, pues hasta despertáis ciertas simpatías, entre los merengones porque así no ha ganado el Barça, y con los culés, pues más de lo mismo, pero al revés.

Y cuando a principio de la tarde estas esperando a que se monte la partida enseguida te unes a la conversación que haya y te apuntas sin dudarlo al deporte nacional de poner a parir a todos y a todo. Que menuda vergüenza que da todo, que así no hay derecho. Qué si con la inseguridad que hay en la calle no se pueden dar dos pasos sin que te atraquen, o sin que te salga un mendigo al paso o sin encontrarte un mantero. Qué la culpa de todo lo tienen los negros y los moros que vienen en patera. Que habría que dar más medios a la Guardia Civil para que los repeliera o los detuviera nada más poner un pie aquí. Que no entiendes por qué no se les puede devolver a su país en cuanto llegan, que si son ilegales, pues eso, que están fuera de la ley y que tenemos todo el derecho del mundo a proteger nuestras fronteras. Qué la culpa de todo la tienen los políticos que no hacen nada,

que lo único que quieren es pillar un escaño en el congreso para chupar de la teta del estado, trincar el sueldo y todas las dietas que tienen y luego disfrutar de un paro que ya nos gustaría a todos los españolitos. Y claro, que sí se esconden detrás de las listas cerradas y así no hay forma de saber a qué diputado dirigirte para exponerle las quejas o las propuestas. Y que luego tienen más vacaciones que un maestro, que trabajan de martes a jueves y además el parlamento lo cierran cuatro meses en verano y dos en navidades y así todo está manga por hombro. Que tenemos unos políticos que no nos merecemos, que son la vergüenza de este país.

Y tú, señor Cortés, el polaco, mientras nos sueltas tu discurso repleto de quejas, pero sin ninguna propuesta, me pides un vino de la casa, y cuando te lo pongo que donde está la tapita. Y si te pongo unas aceitunas que mira que soy agarrado, que ya me podría estirar y ponerte al menos unos tigre, que todos sabemos que si los cocino así es por qué los bichos ya huelen. Y cuando te pongo los mejillones retienes el cuenco de olivas y te zampas las dos cosas. Y mientras hablas y gesticulas vas comiendo con la boca abierta y le vas dando tragos al chato y vas echando las cascaras y los huesos al suelo. Y si en mitad de la discusión se me ocurre salir con la escoba me dices que donde voy con tanta prisa, que no te barra los pies y que ya tendré tiempo cuando os pongáis con la partida y no haya nadie en la barra o cuando eche el cierre.

Y cuando a mitad de tarde ha entrado la chica de la peluquería a devolver las tazas que se había llevado le has soltado en voz alta un piropo que ha hecho que casi se le caiga todo. Lo has dicho casi gritando y sin mirarla, que lo que querías es que se enterara toda la parroquia. Como será que la pobre se ha puesto toda colorada, el Marcelo ha soltado una carcajada y el Curro ha dicho eso de ”este Polaco…”, y tú has sonreído con satisfacción, como si hubieras realizado la hazaña más prodigiosa del mundo, y de la reacción de la muchacha y como ha salido del bar, como alma que lleva el diablo, pues no has hecho ni caso, que lo importante era que todo el mundo supiera lo machote y lo gracioso que eres, eso lo has conseguido, y la zafiedad ha quedado flotando en el aire hasta la siguiente ronda de improperios en la partida de naipes.

Y a media tarde empieza la retransmisión de la corrida de San Isidro, que para eso estamos en primavera, y tú te sientas mirando a la pantalla, que ya has aprendido a seguir los lances de la partida y los de los toros al mismo tiempo. Pero, aunque pretendas haberte convertido en un auténtico aficionado y ya te sepas el nombre del toro que mató a Paquirri y que Islero empitonó a Manolete en la plaza de Linares, y hasta estás al tanto de las principales figuras del momento y el nombre de algunas de las ganaderías, lo que aún no te sabes es el nombre de los principales pases con la muleta y con la capa. Los tercios de la lidia sí, eso sí que ya los dominas. Y entonces nos sueltas que es que los antitaurinos no se enteran de nada y

que no son más que unos fanáticos. Que está claro que el toreo es un arte y, además, uno de los más grandes, porque es un arte efímero que se crea en ese mismo instante e inmediatamente desaparece, como la improvisación en el jazz. Y que si dejara de haber corridas el toro de lidia desaparecería, porque alimentarlo y criarlo en esas inmensas dehesas sale muy caro y que haber quién iba a ser el guapo que iba a correr con todos esos gastos. Que los ecologistas no son coherentes, por un lado, luchar con que no desaparezcan especies animales, y por otro, pedir la prohibición de las corridas. Que ver una corrida de San Isidro contigo es un auténtico coñazo, que hay que ver lo que pontificas. Y un día sales con que te gustaría ir a los San Fermines a correr los encierros, y el Ramiro te responde que tú lo que quieres es ir allí a pasarte todo el día cogorza. Y tú le respondes que a ver si resulta que ahora él es abstemio y que a ver cuándo se paga una ronda, que se estira menos que un portero de futbolín.

Y el caso Pepe, Don José Cortés, polaco, es que hay que ver como vuela el tiempo, que parece que fue ayer el primer día que entraste por esa puerta con tu ropa de colores chillones, ese pelo que de tan rubio que es parece paja más que otra cosa, y esa lengua de trapo incapaz de decir “joder” como dios manda. Y así, poco a poco y como quien no quiere la cosa te has hecho uno más de nosotros. Bebes los chatos a la misma velocidad que cualquiera, pones a parir al gobierno y le declaras culpable de todo lo que pasa, lees el Marca como si contuviera la verdad sagrada y te ríes con saña del que se tercie en un momento dado. Eso sí, si el que se tercia eres tú menudos cabreos te pillas. Lo cierto es que si un día dejaras de venir a mi taberna aquí faltaría algo, ya eres una parte integrante de la misma. Pero si hay algo que no ha cambiado y que nunca lo hará, por mucho que te esfuerces y por mucho tiempo que pase, es que para nosotros eres y serás siempre “El Polaco”.

YO ESTOY MUERTO

Para Carlos Quintana
No fue un mal tipo
Descanse en Paz

Todo aquello que está sujeto a un surgir, está sujeto a un cesar.
Buda

No existía, he existido, ya no existo. ¿Qué importancia tiene?
Inscripción en una tumba romana

Lo que llamáis nacer es empezar a morir,
lo que llamáis vivir es vivir muriendo,
lo que llamáis morir es acabar de morir.
Francisco de Quevedo

La muerte es vida vivida.
La vida es muerte que viene.
Jorge Luis Borges

Yo estoy muerto. Y no quiero decir que escribiera este texto, años después falleciera, y ahora haya llegado hasta ti y tú estés procediendo a su lectura. No, nada de eso. Lo que quiero decir es que ahora mismo, en este preciso momento en el que estoy redactando estas líneas yo carezco de vida, yo ya fallecí, y para escribir estas palabras no estoy usando ni lápiz ni papel, ya que, como ser incorpóreo que soy, carezco de la capacidad de manejar utensilios materiales. Tampoco sé cuánto tiempo llevo en este estado, ya que el tiempo es un concepto que tan solo se puede aplicar mientras uno está vivo, es algo que únicamente nos afecta desde el momento en que somos engendrados hasta el instante en que morimos, después nada. Entonces, en lugar del tiempo, ¿qué es lo que hay? Eso es algo sencillo de explicar, pero complicado de entender. Imagínate que todo pasa en un mismo momento, todas las cosas suceden a la vez. Esto te hará pensar que todo es un caos y los hechos chocan entre sí, se atropellan unos a otros, o cuando menos se estorban. Lógico. Pero ahora imagínate que ese instante dura eternamente. Así es como hay espacio suficiente para que todo pueda coexistir, por mucha cantidad de cosas que haya de forma simultánea.

Y si ya fallecí, entonces pensaras que yo no soy yo, sino mi alma. Bueno, el propósito de este texto es informarte de muchas cosas, y, la primera de ellas es que el alma no existe. Esto, posiblemente sea una mala noticia para mucha gente, y una buena para algunas otras, pero créeme, es cierto. Es que es una verdad universal, o mejor dicho, una verdad eterna.

¿Entonces que soy? ¿La consciencia de lo que fui? Hum, no exactamente, aunque es posible que haya intelectuales que lo expresen de esa forma. En realidad, soy una idea en constante trasformación. Soy una idea que evoluciona por toda una eternidad que al mismo tiempo dura la mil millonésima parte de un micro instante. Y dentro de esa idea en constante cambio está incluida la idea de la persona que fui. Y este texto que ahora mismo tienes ante ti es también parte de esa idea, y hace un momento no estaba, mientras que ha estado aquí eternamente. Por eso no necesita un soporte de papel ni ser plasmado en tinta. Está y no está, y ya está. Así de simple.

Pero me he puesto demasiado metafísico y no era esa mi intención. Si sigo así te voy a perder, ten un poco de paciencia que en seguida te explico. El objetivo de estas palabras es que te sirvan de ayuda para comprender como son las cosas por aquí para que así sepas a qué atenerte y de esta forma no tengas miedo a la muerte. Créeme, no hay ninguna razón para tenérselo. En primer lugar y, sobre todo, porque es indolora e instantánea. Es como beber un vaso de agua pura, pero sin necesidad de tragar. Yo, precisamente, me encontraba en la cocina de mi casa arreglando un grifo que goteaba mientras mi mujer había salido, como todos los sábados, al mercadillo, y de pronto me encontré en este estado. Y en segundo lugar porque cosas como el sufrimiento, la culpa o las obligaciones quedan atrás.

Imagino que lo primero que querrás saber es si existe el paraíso o el infierno. No, nada de eso. Ya te he dicho que no somos almas. Somos ideas que duramos la eternidad de un instante. También supongo que querrás preguntarme si me he encontrado con mis seres queridos; con mis padres y abuelos, con mi hermano, con aquellos amigos que fallecieron antes que yo. No, eso tampoco. Insisto en que somos una idea que fluye, y mucho me temo que aquí la telepatía no existe. Estás tan solo tú en la inmensidad del universo, pero ocupando la totalidad de esa inmensidad.

Y más malas noticias. Como somos incorpóreos no tenemos sentidos. Por tanto, no podemos percibir nada. Es como si fuéramos ciegos, sordos, y careciéramos de olfato, tacto y gusto al mismo tiempo. Entonces, ¿vemos todo en negro? No, sencillamente no vemos. ¿Y nos rodea el silencio total? No, sencillamente no oímos. Lo de la falta de vista no sabría explicártelo. Imagino que eso tan sólo lo podría hacer una persona que sea absolutamente ciega de nacimiento. Lo de la falta de oído es como si te metieran en una cámara anecoica perfecta. Lo bueno es que, cuando somos corpóreos la ausencia total de sonido hace que tengamos una sensación incómoda de ir a perder el equilibrio y caernos de un momento a otro, pero aquí como no tenemos oído, pero tampoco tenemos cuerpo, eso no pasa. Otra cosa rara es la incapacidad de percibir la temperatura. Bueno, es que de eso, al no haber ni atmosfera ni materia, pues aquí no hay. Para nosotros, como animales de sangre caliente eso es algo muy raro.

¿Te acuerdas qué allá es muy común, cuando hace mucho frío, decir que se te ha metido en los huesos? Pues aquí de eso nada, ya puedas estar enterrado en una tumba de mármol en Teruel. Y lo de la ausencia de gusto, no sé muy bien que decirte, para mí lo más extraño es la falta de saliva, se me hace raro. A veces, de forma inconsciente intento tragar. Pero como tampoco tengo garganta pues nunca está reseca. Bien pensado la ausencia total de todo puede que sea lo más coherente que me he encontrado jamás.

También querrás preguntarme sobre si se echa de menos a los seres queridos que quedaron vivos en el momento del fallecimiento. Ahí sí que tengo buenas noticias para ti. Verás, no tenemos sensaciones, pero tampoco tenemos sentimientos. Conceptos como amor u odio aquí no son aplicables. Y eso es bueno porque es lo que hace que cuando estamos muertos nos suframos. No podemos sentir pena por nuestra pareja o por nuestros hijos que quedaron atrás. Pero no te confundas, eso no quiere decir que seamos seres carentes totalmente de empatía, fríos como una tumba. Recuerda que no somos seres. Entonces, ¿no recordamos a nuestros seres queridos? Claro que los recordamos, pero como no tenemos forma de saber cómo les va en su vida, no somos omniscientes, bueno, ni tan siquiera parcialmente, no tenemos ningún tipo de conocimiento de como vayan las cosas, puro no sentimos pena ni alegría por cómo les pueda ir. No tiene sentido. Imagínate que hubiera dejado a mi pareja en una mala situación económica y me tirase toda la eternidad sufriendo ante la posibilidad de que la hayan embargado la casa. Es absurdo. Puede que haya encontrado un trabajo bien pagado, o que haya encontrado otra persona con una muy buena situación económica, o que le haya tocado la lotería. Y, además, y lo más importante es que, como todo sucede en un instante, la que fue tu pareja en vida hará una eternidad que también habrá fallecido, así que es absurdo preocuparse por como la haya ido.

Entonces, si no podemos tener sensaciones ni sentimientos, ni sentimos ni padecemos que se dice en vida, y, además, como aquí no hay televisión ni fútbol, lo lógico es que creas que la eternidad es un auténtico coñazo, un aburrimiento insoportable que encima no tiene fin. Todo lo contrario, volvamos al punto de partida. Somos una idea infinita que sucede en un instante que dura toda la eternidad. Eso quiere decir, por un lado, que recordamos todo, y por otro que podemos imaginar absolutamente todo.

Empecemos con la parte de la memoria. Siempre se ha dicho que en instante de morir toda tu vida pasa por tus ojos en tan solo un instante. Aunque no sea exactamente así, ese es el concepto. Es lo más parecido a definir como es la muerte que se ha aproximado el ser humano en sus suposiciones de cómo será esta. No es que lo recuerdes todo en el momento de fallecer. Es que lo estás recordando todo en todo momento. Pero al mismo tiempo, como dispones de toda la eternidad, te puedes

recrear en un detalle específico que tú quieras con todo lujo de detalles. Es sorprendente de las cosas que tenemos almacenadas o de las que no nos acordamos. Por ejemplo, recuerdo perfectamente una vez que me cruce por la calle con una señora que estaba transportando con gran esfuerzo un sillón de oficina. En su momento no le presté la menor atención, pero ahora, sorprendente y sin ningún esfuerzo, sé con total seguridad que al abrigo que llevaba le faltaba un botón, veo que el sillón era de buen cuero y de buena madera, pero que tenía las patas traseras quebradas, como si un gran peso hubiera propinado un gran golpe sobre le respaldo, y que la mujer se encontraba tremendamente fatigada de cargar con ese mueble roto, pero al mismo tiempo llevaba una expresión en la cara que reflejaba una gran ilusión, imagino que de haber encontrado tirado en la basura ese mueble de calidad al que posiblemente ella, con un sueldo humilde, no habría podido jamás aspirar.

Y sobre la imaginación, ¿Qué contarte? Piensa que comparados con nosotros Spielberg o Almodóvar, Shakespeare o Cervantes, Dolores Redondo o Stephen King no son más que unos aficionados. Con nuestra memoria perfecta podemos recordar todas las películas que hayamos visto, todos los libros que hayamos leído, todos los sucesos que hayan acaecido a lo largo de nuestra vida. Pero es que con nuestra imaginación ilimitada podemos crear todas las películas, libros o sucesos que se nos ocurran. No hay ningún tope, ningún fin a nuestra creatividad. Podemos jugar al ajedrez con Bobby Fisher, y si quieres, después de la partida más bella de la historia, puedes hasta acabar ganándole. O puedes imaginar una película donde E.T. se enfrente a IT. Le puedes dar todo el suspense que quieras y puedes decidir como termina. Si quieres te puedes quedar en un plano puramente conceptual o, si lo prefieres, puedes imaginar hasta el rodaje mismo de la película, que sea dirigida por Isabel Coixet, si eso es lo que te apetece, y que la banda sonora sea compuesta por Beethoven o por Manuel Borraz, o ser uno de los integrantes de The Machetazo y dar un concierto en directo en el Royal Albert Hall. Te puedes poner muy profundo y pensar que podría salir de un conclave donde estuvieran Krishna, Mahavira, Buda, Jesús, Mahoma y el Gurú Nanak, y así intentar crear la religión perfecta. Aunque he de confesarte que a ninguno de estos los he visto por aquí ni han intentado nunca ponerse en contacto conmigo. O puedes ser mucho más superficial y jugar en Maracaná la final del mundial al lado de Pelé. O dedicarte a tener el sexo más tórrido que seas capaz de soñar con la persona o personas que más te pongan. No te preocupes, que aquí no hay ningún ángel flamígero que te vaya a expulsar de ningún lado como un vulgar gorila de discoteca que te echa del local por rellenarte la copa con tu petaca.

Bueno, no me enrollo más que podría tirarme así por los siglos de los siglos, y tú tendrás cosas que hacer. Pero antes de dejarte en paz, y para que no me tomes a la ligera, quiero recordarte que, yo estoy muerto. ¿Y tú?

¿Cómo estás tú? Porque si eres capaz de leer esto que jamás ha sido escrito habrá alguna razón para ello, vamos, creo yo. Si quieres salir de dudas intenta recordar el primer beso que diste o tu primer día de tu primer trabajo. ¿A qué lo puedes hacer sin ninguna dificultad? Me puedes contestar que eso son sucesos únicos en la vida de una persona. De acuerdo, pero ¿a qué también te puedes acordar de hechos sin importancia que te ocurrieron durante tu niñez? Cosas sin la mayor trascendencia y para las que no hay ningún motivo especial que explique por qué permanecen en tu memoria. Si lo prefieres, vamos a hacer una prueba mucho más sólida, un experimento científico, algo irrefutable que no se preste a interpretaciones o dudas. Intenta sentir la temperatura de tus huesos. ¿Acaso puedes? ¿A qué no? Sin embargo, lo que es indudable es que si estuvieras vivo tus huesos tendrían una temperatura. La razón, la única razón por la que estás leyendo esto es por qué esta es una Guía de Introducción, un Manual de Usuario, para todos aquellos que traspasan el umbral de ese precioso y preciso instante que es la eternidad. Sí, yo estoy muerto, y tú, tú también lo estás. Y esa es la mejor noticia que te podría dar.